



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Obras
Completas



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

FABIO FIALLO OBRAS COMPLETAS



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

FABIO FIALLO

OBRAS
COMPLETAS

VOLUMEN II
Cuentos frágiles



EDITORA DE SANTO DOMINGO
SANTO DOMINGO - REPÚBLICA DOMINICANA

1980



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ISBN 84-499-3354-4 (*Vol. II*)
ISBN 84-499-3352-8 (*Obra completa*)

Depósito Legal: B. 212-1980 (II)

I.G. Manuel Pareja
Montaña, 16 - Barcelona (26)

Impreso en España
Printed in Spain

FABIO FIALLO

CUENTOS FRAGILES



Imprenta de
H. BRAELNICH
63 Cliff Street - NEW YORK
1908





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

PROLOGO

La publicación de un bello libro debiera celebrarse como el natalicio de un príncipe. La vida es la expresión; las hazañas de la guerra, la palma del martirio sólo surgen a la luz del mundo cuando el soplo eterno de la palabra pasa sobre la frente de los héroes y los mártires. Yacen la bondad, la belleza en el fondo del corazón humano como los metales preciosos en lo profundo de la tierra; cavan las manos de la inteligencia y las sacan arriba en forma de teorías y doctrinas, literatura y ciencias; o esparcidas flotan en el éter, cabalgando silenciosas en los lomos del aire o suspensas de la lumbre de las estrellas, y nuestro oído y nuestra mirada, bendecidos por un átomo de su polen sagrado o por un rayo de su luz celestial, perciben el canto de la música y el encanto del color.

Es el dedo ajeno el que nos señala siempre el camino; pero no ignoro, en cambio, que no sirvo para crítico. Dos cosas éste necesita: ciencia e imparcialidad; la primera, no la tengo; la segunda, no la quiero. Imparcialidad es, en cierto modo, supresión de personalidad. La simpatía es el cauce natural del alma; la antipatía, una desviación. Para ser buen crítico ha de tener el hombre seca una parte de su ser, falta de esa irrigación constante del milagroso Nilo de los afectos. Confieso que soy en extremo apasionado. No conozco sino una clase de autores: los autores que me gustan. Juzgo de las obras como de las mujeres o las frutas: las pruebo, y si no me agradan, no



las paso, no obstante su virtud medicinal. Fuera de esto, hay en el crítico algo ridículo: la parte del maestro.

Tienen las líneas precedentes la ventaja de haberme puesto manos a la obra. Nunca sé por dónde principiar. La pauta me mata: la libertad en el vuelo, la independencia del reposo, el derecho al silencio, yo los necesito. Al entreabrir los labios no sé si es para la palabra o para la sonrisa; y por el cielo del discurso dejo que las nubes corran impelidas por el viento de la tristeza. Mi pensamiento es como mi planta, y la literatura como todo otro campo: erro enamorado así de las montañas como de los valles profundos. Mariposa para una flor, quisiera ser águila para un risco. Mas si veo una incitadora sombra por los espesos pinceles de los árboles pintada; si doy con el margen de un arroyuelo tranquilo, el ocio, sueño de la voluntad, rinde ésta a su albedrío.

Si la vida es expresión, ésta es arte. Los hombres valen por lo que dicen o por lo que de ellos se dice. El artista es fuente de natural expresión, espejo que revela, no las cosas, sino el alma de ellas; la obra artística es completamente distinta de la realidad porque es una realidad. Pero el artista posee el arte como se posee la onda, quebrándola, rompiéndola, sin poder asirla nunca; el río de belleza pasa, y él, postrado a la orilla, quisiera detenerlo; mas la corriente sigue, triscando, bailando, rebullendo, y sólo deja entre sus manos algunas gotas cristalinas. Estas gotas cristalinas son el arte. En verdad, lo que queda en la obra, lo que llamamos arte es la sombra del arte, no el arte mismo; el artista que lograra fijar el arte en un lienzo, en un libro, habría roto la máquina del mundo. Tal hombre moriría al tocar el fuego sagrado. Cervantes, Shakespeare, son gnomos de las profundidades celestes, enanos prodigiosos, que van saltando de astro en astro sin que por ello estén, del cielo mismo, a menor distancia que nosotros. Babel simboliza nuestra



impotencia para realizar nada perfecto, y San Lucas apartó la gloria del lote de los humanos cuando dijo: «Gloria in excelsis Deo».

Es la poesía, entre todas las artes, la más rica en expresión. Si una nota es un vivero de notas armónicas, una palabra contiene un poema; puede reflejar el mundo como una gota de rocío el cielo. Poesía es voz del silencio, claridad de los antros; para ella, la ausencia es la sombra de la presencia; el olvido, el lazo que nos une al recuerdo; la locura, la manumisión de la razón; y recoge a la mañana, en fragantes botones convertidos, los pétalos que las manos de la tarde deshojan piadosas sobre las tumbas. Platón afirma que sólo hay dos bienes en este mundo: la filosofía y la amistad, y yo digo: la poesía y el amor. Esta diferencia de pensar estriba en mi falta de sabiduría y edad; la juventud va a caballo por el mundo; la vejez, a pie. Del amor, «capitán y príncipe de perdición», no quiero hablar. Sin poesía ni amor, el corazón del hombre se inclinaría al suicidio como un árbol bajo el viento. Es más necesario el poeta que el filósofo; el ser humano es vaso terrenal lleno de celestial rocío, y éste es más poesía que verdad. Un siglo puede carecer de un filósofo, de un héroe; pero cada siglo, qué digo, cada hora produce su bardo. La Humanidad necesita una trompeta para ahuyentar a ese ladrón llamado tiempo, y el hombre decir cuanto le sugiere su diablo interior. La verdad alumbra al mundo; pero también lo alumbra el arte y, además, lo encanta. La poesía es la cantidad de mentira que el hombre añade a la verdad para volverla agradable. El verso tiene promesas superiores a los principios; revelaciones ante las cuales se pasaría Alejandro, discípulo de Aristóteles y conquistador del mundo.

El hombre traza en todas sus obras su retrato y me admira oír señalar a Byron en las suyas. Como él, todo



artista está pintado por su propia mano; y cuando no acertamos a verlo es porque no le conocemos. La obra, puede decirse, no es sino el velo que cubre al autor; y donde las facciones no se distinguen, el latido del corazón se oye. La literatura es asimismo la pintura de una época, de una edad: la antigua, rica en imágenes, pobre de imaginación; la moderna, sobria y sabia, son dos opuestos cuadros del mismo mundo vario y eterno. También en cada país las letras siguen la edad, los gustos, los progresos. El sentimiento precede siempre a la inteligencia, y todo primer esfuerzo se condensa en poesía lírica, aunque nada sea más difícil que la poesía lírica perfecta. Nuestra literatura (si puede llamarse tal lo poco escrito entre nosotros) se reduce casi toda a versos de amor o de guerra, eco fiel de la vida nacional. Poetas de estro insuperable como Salomé Ureña, Corina que vence a nuestros Píndaros; elegantes y donosos prosistas, como Galván, han producido, es cierto, obras luminosas, en medio a un mar de odas detestables; y ahogando en mi tintero a algunos a quienes sonríe Apolo, séame lícito señalar aquí a César Nicolás Penson, autor de «La vispera del combate», acaso el más hermoso de nuestros cantos; a José Joaquín Pérez, a Gastón F. Deligne y a Arturo B. Pellerano Castro

Entre la nueva generación descuella Fabio Fiallo por el corte moderno de sus versos y sus cuentos. Poeta que no toma del refresco de Lamartine el Melancólico, ni del reconstituyente de Hugo el Enérgico, ni las perlas de Zorrilla el Divino, ni la menta de Darío el Exquisito, sino el veneno, el veneno de Musset el Misántropo y de Heine el Descreído; del amante de Jorge Sand, autor de «La coupe et les Levres», de «Namouna», de «Rolla», de «Les Nuits»; y del cisne de Dusseldorf, el Byron francogermano, irónico y sentimental, que arroja disgustado la pasión que en su pecho como divina miel se cría. No pre-



cisamente que los emite, como afirma Unamuno; por más que esto no sería caso de menos valer, a mi juicio; dice Boileau que el que no imitare a los antiguos no será imitado de nadie; y esos dos príncipes de la poesía moderna arrastrarían en la antigüedad manto real. Nadie se pinta en sus obras más exactamente que Fabio Fiallo: su poesía es delicada como él, perfumada como él, soñadora como él, enamorada como él. Dardo es su verso, que va cetero al seno de las damas y el corazón les parte, como sus miradas, como sus sonrisas, como sus palabras. Hay un punto en la obra de Cervantes, de esos en que éste con su pluma toca el cielo, en que Don Quijote ve estorbado el paso de sus armas por una red de verdes hilos de unos a otros árboles tendidos; en una Arcadia ideal, Fiallo tiende sus versos como red amorosa; sólo que, a la hora del ojeo, pajarillos no, zagalas quedan prisioneras.

La familiaridad es enemiga mortal de la admiración, y, no obstante, admiro a este poeta y le coloco entre nuestros grandes de primera clase, pocos en número, aunque no faltan muchos que si no pueden habitar en el Olimpo, son capaces de hacer de su pegujal un jardín parecido al edénico. Carece de gran elevación de ideas y de riqueza en la palabra; pero es gran poeta por la actitud del alma, perpetuamente inclinada hacia ese lado oscuro y misterioso de donde viene el rayo y perciben los artistas las melodías inefables. En su «Primavera sentimental» campea y se muestra una musa que, en «Plenilunio» y «For Ever», no le cede una mínima a las del Helicón.

Como cuentista, Fabio Fiallo no ha sido superado entre nosotros; tal vez ni siquiera igualado. José R. López, Virginia E. Ortega y U. Heureaux, hijo, son cuentistas estimados; el primero tiene la soltura, la sal, la donosura; la segunda, gran facilidad narrativa; el último, fecundidad, ingenio y corte nuevo. Pero la delicadeza, la gracia, la sobriedad, la elección del tema, el desarrollo, triunfos



son de Fiallo. Fuera del autor que lo elevó hasta el cielo en el cuento de Adán y Eva, el más famoso entre antiguos y modernos, franceses son los reyes de este género, levantado por ellos del suelo al trono entre el aplauso y la admiración de los contemporáneos. Como de la mujer graciosa ha podido salir la parisiense, así el cuento moderno es la pariente del cuento. La franca y alegre risa de «La Gitanilla» no volverá sino con los buenos tiempos de la incomparable España. El cuento es hoy una sonrisa del pensamiento, sonrisa refinada, diabólica, sutil, complicada. Entre la culta Recamier y la zahareña Galatea media un escaquin de seda.

Fabio Fiallo tiene cuentos que pueden ponerse al lado de los mejores cuentos franceses. «La Inolvidable», «Ernesto de Anquises», «El príncipe del mar», honrarían una Antología. A veces la pobreza de su léxico compromete la forma que, en el género en que hablo, tiene valor independiente; su palabra sale a pistos y no gusta de adornar, al revés de otros que entunican demasiado su muñeca. En la manufactura de éstas el traje es cosa esencial y riquísima; los cuentistas extraen de su cantera esas palabras con que embellecen sus obras, piedras preciosas como el diamante o el rubí o flores tan hermosas como las rosas o los lirios, sin otra diferencia que dentro de las piedras suena un corazón, y en las flores, un alma suspira. Ni cláusulas simlicadentes, ni bellas y sonoras frases, si arcaicas matronas, si donceles neologismos, nada aparece en Fiallo de aquel artificio deleitoso con que los cuentistas suelen uncir la nota y el color, esclavos de otras artes, al carro glorioso de las letras. En cambio, la pluma es en sus manos una varilla mágica; todo cuanto le rodea desaparece: otro mundo, otros hombres, otras costumbres; el sentimiento de amor, única virtud; el soplo poético, único impulso; el objetivo de la belleza, único ideal. Escritor nefelibato, su pluma, sus alas; y mientras su cuerpo rueda entre nosotros, su alma va perdida



sobre mares y montañas. De ahí que ninguna de sus obras tenga color local, puesto que nadie como él para bañarse en el raudal de poesía que emerge de la ciudad que vio su cuna y le posee; ciudad de la cual puede decirse: «laudandis pretiosior ruinis».

AMÉRICO LUGO





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

UN PROLOGO ¹

Hubo una época, en la historia de la literatura, en que se necesitó despojar a los valerosos paladines de sus armaduras para convertirlos en pastores. Era como un ansia primitiva de respirar aire de montaña; como un deseo bíblico de beber el agua fácil de los manantios en el hueco de la mano, antes que en las copas de oro de los feudos. Los altos castillos medievales rindieron su soberbia, y los balcones de cetrería convirtiéronse en alondras rítmicas cuyo canto hacía entornar los ojos de dulce felicidad a Selvagias y Montanos, en medio del verdor de los apriscos. La exaltación de la realidad, que pudo quedar prendida como un recuerdo impúdico en las páginas de las fábulas milesias, dio paso, dentro del desenvolvimiento de la novela bucólica, a un suave encantamiento llamado por la mayoría «artificial», porque, en verdad, no se analiza a fondo el sentido de reacción saludable que esa clase de literatura pudo establecer en una época.

No es probable que el temperamento nervioso, rápido, impaciente de este siglo se asimile aquella reacción que fue del interesante siglo XVI, pero tampoco es razonable desdeñar u olvidar lo que ella significó para el espíritu de un tiempo. Porque entonces, como ahora y siempre, será salud del alma y estimulante del alma ese li-

1) Este Prólogo fue solicitado de la excelsa escritora del Paraná, cuando el título del libro era otro, y el cuento que hoy le da su nombre no había sido escrito aún. — (N. del A.) El libro se publicó con el título de *Las Manzanas de Mefisto*.



gero desvió hacia una efectividad menos tangible, hacia una desmaterialización proporcionada, diremos así, de las verdades demasiado conocidas en cuya tesitura rígida naufraga el sentimiento y se agota como un sonido inútil la vibración del arte y la belleza. Aquellas verdades, más mercenarias que osadas, llevan siempre consigo el germen del nihilismo. Son como una descarnada sonrisa escéptica que nieva sobre el idealismo en ascenso, y para quienes el camino de la perfección es sólo huella de incienso vana, espectacular y transitoria, destinada a ensalzar los dogmas de una religión estéril. Ese realismo no quiere alas, como no sean las del ángel rebelde cubiertas con el castigo de las sombras, y siente desprecio por aquella «loca propensión a extenderse» que brota de las imaginaciones elegidas. En literatura esto no es sino plano inclinado, alcaolide furtivo en cuya fórmula eterna hay, es cierto, mucho del tóxico sacado de la vida misma; pero ¿ganaremos con ello en empirismo y sabiduría, o crearemos en nosotros una percepción desencantada donde se agostarán los jardines de la fantasía, y la flexibilidad del trino quedará rendida al silencio para siempre?

Imaginar ha sido y será eternamente una esplendorosa rebeldía y una magnífica libertad. ¡Rueden en buena hora por los desfiladeros de la muerte las ideas que se ajustan al cuadrilátero riguroso de los tragaluces! El paisaje que se ve por ellos será convencional en todas las estaciones del año, si la imaginación no lo hace desbordar en alegría o en tristeza, si no le imprime el destino cósmico de la rosa náutica que es aventura inmensa de horizonte; circunnavegación ideal donde la nave del pensamiento no reconoce muros ni distancias.

Se respira en la celda y se respira en la pradera. Pero es precioso cambiar de atmósfera para poder apreciar la diferencia. Darse alguna vez al suplicio del encierro y gozar luego el panorama de las cumbres. Comprender por lógica del espíritu y, si se quiere, también de los sentidos



educados a las percepciones elegidas, lo que es pasar del aire bacterial al aire purificado por la emancipación misma de su altura. Es imprescindible que hasta allí se eleven con nosotros las cosas de la tierra, pero no es posible que ellas lleven consigo de este modo todas sus arraigadas impurezas. No es posible, puesto que hay ya satisfacción en desintegrar lo feo, lo rudo, lo malsano, a medida que la idea se eleva y se acerca al lugar de las concepciones más bellas y perfectas. Como un brillante oculto en un terrón, que llegase en vuelo de cóndor libre de escoria hasta los astros, así ha de ser la trayectoria del pensamiento destinado a abrir derrotero de luz, de vida y de armonía.

Lo dije ya una vez como un rezo lírico ante los versos de Fabio Fiallo, y lo confirmo ahora junto a estos cuentos suyos que se vienen a mi emoción lejana y escondida como los heraldos de un interamericanismo generoso: la elevación es su fuerte; una elevación innata que se hace seguir, que se hace admirar, que se da toda en espiras gráciles, con esa expresión irreflexiva de la curva artística, en cuya morbidez indolente puede ahondarse el conocimiento firme de una vida.

Fabio Fiallo no hace en este libro plástica de pose. Sus modelos tienen el movimiento dócil de la forma viva. A veces su psicología es una impaciencia, un luminoso apresuramiento que asoma a los ojos, a las mejillas, a las manos de sus criaturas... El autor no desconoce el ascendiente de los tonos anímicos sobre las seducciones del retrato físico. El sabe hacer brillar como piedras de Golconda los ojos de sus heroínas, levantando de su espíritu el iris que apacigua con sus fajas de ensueño, o el relámpago implacable, en cuyo aviso de llamas se está gestando el horror de la tormenta.

Hay en algunos de estos cuentos fruición de brevedad. Bien podrían ellos encerrarse en un tríptico de marfil primoroso, no más grande que un lirio o una mariposa.



Son como poemas furtivos donde la voz adquiere el tácito encanto de la suavidad extrema, tan honda, tan íntima, que por momentos parece que desmaya...

La inquieta sensualidad de «Venus Indómita» es quizás la que mejor podría darse al cincelado profundo, misterioso, triste. Entre las muy breves, esta narración es la más insinuante de todas. La mujer que allí aparece tiene la significación alegórica de una naturaleza gigante y primitiva. Su belleza pálida podría no estar de acuerdo con aquel empuje ancestral que alza el oleaje de la sangre hacia las exageraciones instintivas. Pero su fría palidez, infiltrada de ocultos sesgos de gracia y de malicia, es llama blanca, trémula, ardiente como la sangre, y bajo su desvanecimiento el delirio de la pregunta final se estremece ya como un rugido lejano de la selva.

Fabio Fiallo, en cultivo de su modalidad, ha elevado aquí el motivo de una manera felizmente visible. La poesía es siempre para sus relatos, como la fuente corintia para las Musas, una consagración y una ofrenda. Ella modula y distrae las percepciones materiales hasta el aliviamiento. Es como una filosofía estética que convence en musicalidad, color y forma por sobre todo otro principio. La espiritualización que llega por esta vía puede muy bien ser un proceso; pero es un proceso que, como la carrera de la virgen Camila sobre los trigales, no dobla ni quiebra la predisposición serena de las almas.

Nótase una custodia de elegancia en todas estas páginas. La vieja herencia hispana se transparenta sin llegar a ese sibaritismo del vocablo que sólo deseamos para las obras madre de un idioma. Las expresiones no buscan la palabra más vistosa, sino la más exacta, dentro de esa exactitud muy relativa que aleja al arte de las rigurosidades de la ciencia.

Todo es aquí dúctil a la comprensión como una cadencia conocida que extiende sus giros en la noche. La exposición de los hechos supone al narrador ágil y ligera-



mente humorístico a veces, que mezcla a la risa limpia un poco de llanto silencioso.

El episodio vivido adquiere, por sobre el observado a la distancia, un vigor persistente, muy parecido a la conquista de esa sinceridad que por momentos cobra toda la potencia avasalladora del dolor; toda la energía de las tintas vibrantes puestas a desnudarse bajo la lumbre de oro de un mediodía tropical.

En «Cleopatra», «Soika» y «Esquiva», aquella cualidad esencial es fuerza oculta que anima el relato.

En el retrato que Fiallo hace de su Cleopatra, antonómica, las seducciones paganas se entrelazan al candoroso éxtasis de las flores ingenuas. Hay contrariedad, una admirable contrariedad de rasgos en este retrato; uno de los más felices del libro. Diríase que, como en el Juicio Final de Miguel Angel, se debaten en aquella originalísima Lucy los arrebatos gentílicos con las lágrimas puras de un arrepentimiento cristiano. Su andar es un asombro de liviandad; un policroismo de refracciones tersas, donde nadie sospecharía aquella «mutilación de las alas sobre los hombros».

Lucy lleva consigo el augurio de la serpiente de Cleopatra. Ella vela y ajusta cada vez más sus anillos fatales en torno a su existencia pecadora. Pero el último acto de esta difícil vida no logra aclararse con la luz opalina y trágica del cuadro de Guido Reni. El enigma se suspende sobre la muerte a modo de oscura interrogante que tememos, el amor enfermo conteste todavía de allá, de lo profundo del pecho mordido de angustia y de misterio...

Para desvanecer tal temor, casi instintivamente, nos acercamos la creación entre sobrenatural y humana que perfila «Esquiva»; la diáfana heroína de los pies sigilosos; escultura plena del ensueño en cuyos ojos vaga el sonambulismo estelar de mil nostalgias, la inconfesada melancolía de lo irreal, frente a las sugerencias de la tierra.



«Esquiva» delata al poeta, porque todo en ella es cálida euritmia; perfección de gracia y sutileza; construcción febril que por momentos se volatiliza con aquella sangre de rosas blancas de sus venas... Mas, ella llegará un día a la conjunción de unos labios fríos; llegará serena, trashumante, envuelta en el peplo frágil de los sueños, y será mujer y será visión como lo fue al aparecerse en el espejo...

¿Cuál de las otras heroínas se le asemeja?

El amor es el tema fervoroso de este libro, pero de sus mujeres sólo «Esquiva» lo diviniza, porque ella es siempre anhelo irrealizable y lejano; teoría de estrellas cruzando en largo y religioso brillo un cielo en fuga de azul, que no ha de alcanzarse nunca...

Fabio Fiallo demuéstrase, además, como un hábil concertador del diálogo en aquellas narraciones que, como «La Cita», «Manzanas en Sazón» y «Rivales», exigen esta forma interpretativa. La conversación es movida, elegante, jamás inoportuna. Al hablar, sus personajes dan una idea concisa de sus caracteres. El ingenio roza la frase y la colorea sutilmente sin que el artificio se haga maniifiesto. Las borrascas eróticas que agitan algunos de estos cuentos, no sobrepasan al empeño lírico, ni sofocan a un temperamento dado a las emancipaciones delicadas.

Fiallo —él mismo lo dice— es un impulsivo. Su vida cívica obedece a esa fuerza que, para sus convicciones de patriota, no prologa, sino que define noblemente los actos.

Este ánimo pronto es el nervio vivaz de su literatura, donde podemos anotar ahora dos tendencias; una de las cuales es eminentemente moderna: la síntesis. Pero no busquemos en tal síntesis, el afán de cubicar por debajo de apariencias rápidas, con lo cual se complica mucho del arte de estos días. Estamos pasando por la época de una geometría honda, que en vano quiere traducirse en líneas. Esto no nos es ya extraño ni aceptable, aunque quizá tenga la ventaja de un sacudimiento sísmico ante el



cual se aprecian mucho los fuertes cimientos de la calma. Por otro lado, difícil resulta evitar el roce de ese avance que, al final de cuentas, no viene a ser sino un grito de juventud, agresivo al principio como toda invasión a suelo extraño, y tolerable al último por poco o mucho derecho de conquista.

En los insertos sintéticos de Fabio Fiallo hay un principio de evolución que no llega, sin embargo, a destruir su convicción romántica, y aquel deseo dilatado de expresarse a la manera poética que le es enteramente suya.

El tradicionalista no representa aquí al cultor del «folklore», sino al celoso cuidador de su sensibilidad.

¿Y no es ésta una de las formas de dar mérito a las propias dinastías del espíritu?

El autor prefiere el tema galante, de donde, no pueden excluirse las intrigas sociales y las bellas mujeres. El interés de los argumentos denota una técnica segura, sin la cual no podría existir el máximo cuentista que suscribe este libro. Los desenlaces sorprenden al ánimo, pero no desilusionan con una premeditación que, además de advertida, pudiera ser sistemática. Las inesperadas once mil vírgenes, azucenas vehementes que siguen a Don Juan en su paso por el Puente de los Suspiros; el imperativo triunfal y un poco maligno de Clara de Soto; la sonrisa esclava de Soika moribunda, no son un procedimiento, sino una consecuencia llevada a su lugar sin extorsiones; con esa sencillez lacónica que suele ser también patética de terminación en las más difíciles situaciones humanas.

Fabio Fiallo se reafirma en estos Cuentos poeta e imaginativo exquisito.

Preferimos siempre esto al prosaísmo crudo, donde la belleza es una utopía atrabiliaria que sonríe con sonrisa de enigma. Y eduquémonos al sentido del ritmo que no puede separarse de Dios ni puede separarse del verso.

En síntesis, este libro ha sido escrito por un verdadero adorador del ritmo; por un enamorado de las dispo-



siciones armónicas, que, como lo creyó Leibnitz, presiden el mundo.

Es, repetimos, el libro de un poeta. Y los poetas, aun cuando persigan nuevos y extraños derroteros, serán siempre sacerdotes del ideal; caballeros errantes del ensueño en un viaje hacia el azul, que es infinito...

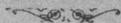
ANA MARÍA GARASINO

Paraná, julio de 1934.



FABIO FIALLO

PLAN
DE ACCION Y LIBERACION DEL PUEBLO DOMINICANO
(MENSAJE A LAS ASOCIACIONES INDEPENDIENTES DE
JOVENES DE LA REPUBLICA DOMINICANA)



YUBR
CUENTO





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Y U B R ¹

I

Fue el capitán Heinrich von Foederer, de los famosos Húsares de la Muerte, quien propuso:

—¿Si fuéramos a hacerle una visita a mi amigo el conde Mizzca?...

A no más de dos kilómetros alzabase la pesada mole de la sombría mansión señorial, cuyas torrecillas, con agudos remates de hierro, apuñalaban la celeste bóveda gris. Detrás del castillo, muy atrás, el Prosna era una ancha cinta de acero, que pretendiera aprisionar en un gracioso movimiento de ondulaciones la lujuriosa cabellera de los bosques de Pleschen.

Y hacia allí nos pusimos en marcha. Empero, cuando ya habíamos ganado la mitad del tortuoso camino, alguien, deteniéndose por un instante, gruñó:

—¡Diablo!

—¿Qué decís, teniente Henkel?

—¡Diablo! —repitió éste—. Muy fatigado estoy; pero, en verdad, os digo que no me hace maldita la gracia el toparme ahora con ese oso blanco de la Siberia, después de sufrir, durante más de seis horas, las burlas de vuestros condenados lobos, capitán.

—Dijérase que aún no ha pasado el mal humor que os produjo la muerte de *Leal*.

1) Yubr, especie de bisonte ruso.



—¡Mi pobre *Leal*!

—Yo también abrigo mis temores de no ser muy gratamente recibido por vuestro cosaco. ¡Vaya un tipo! —dijo el profesor Bieber, ex procurador del Estado.

—¿Y eso por qué?

—¡Qué sé yo! Desde el misterioso asunto de la calle Kronprinz paréceme que no ha de mirarme con buenos ojos.

—¿Qué tuvo que hacer en ese asunto mi amigo?

—¡Dios y él lo saben!

—Si mal no recuerdo —observó mi compatriota Alvarez—, se habló mucho entonces del extraordinario parecido que existía entre la víctima y el conde.

—En efecto; las primeras diligencias pretendieron establecer que la persona asesinada era el castellano de Mizzca; pero este error fue debido, no sólo a aquella notable semejanza física, sino a las aviesas revelaciones de un mujik, que a poco desapareció sin dejar rastro alguno de su pícara persona.

—¿Y cuál fue el resultado del proceso?

—Sin duda, el de siempre —dijo Henkel—; «el muerto al hoyo y el vivo a la hogaza».

—Sí —añadió el profesor Bieber—, el crimen se hundió en el misterio, después que a duras penas logramos establecer la identidad de la víctima.

—¡Ah! ¿Quién era él?

—Otro ruso de la Lithuania, lo mismo que el conde Mizzca, y cuyo nombre era Mikail Ogarev.

—¿Le conocía el conde?

—Aquel día del crimen había sido huésped del castillo; y por cierto que al despedirse tomó erradamente la capa del conde por la suya propia, constituyendo tal circunstancia otra de las raras coincidencias de ese maldito proceso.

—Pero no veo en nada de lo que me habéis referido,



señor profesor, motivo alguno que os haga pensar en un mal recibimiento por parte de mi amigo.

—Había olvidado deciros que sus respuestas en el proceso fueron tan secas y restringidas, que me vi obligado a pedir se procediera con él a un nuevo interrogatorio.

—¿Y fue entonces más explícito?

—En modo alguno; esta vez no quiso contestar sino con gruñidos.

—¿Con gruñidos?... ¿Podríais precisar, señor profesor, la fecha de ese nuevo interrogatorio?

—¿Cómo queréis que retenga en la memoria tal niñería?

—¿No sería, igual al de hoy, un día primero de mes?

—Quizá; ¿mas ello qué importa?

—Mucho, para quien conozca las costumbres del castillo Mizzca; y de fijo que a las seis de la tarde de ese mismo día, si hubierais visitado al conde, habríais salido encantado de su recibimiento, y para vuestras actuaciones judiciales hubierais adquirido todos los detalles que mi amigo conociera sobre el asunto.

—Perdonad, capitán; pero aquel día ni la Santa Inquisición habríale arrancado una palabra a vuestro gran señor ruso.

—¿Tenéis empeño en conocer aún esos detalles?

—¡Claro que sí! Pues aunque abandoné hace tiempo la carrera judicial, este crimen sigue siendo una de mis preocupaciones más tenaces, no obstante los cuatro años transcurridos desde su comisión.

—Pues bien, ya estamos a las puertas del castillo; entremos; pero he de rogaros de antemano el compromiso formal de perdonar a mi amigo todas sus incorrecciones y brusquedades hasta tanto no llegemos, cuando menos, a su Oporto.

—¿Por qué tan extraña exigencia?

No hubo lugar a la contestación; delante de nosotros alzaba sus corpulentos hombros un cosaco de barba tan



ondulante y procelosa como el Danubio. Sólo al reparar en el capitán Foederer modificó un tanto su ceñudo entrecejo.

—¡Hola! Dwinska, ¿está en casa el señor conde?

—Sí, señor capitán; pero...

—No está visible; ¿verdad, Dwinska?

—Verdad, señor capitán; no está visible.

—¿Nos ha sentido llegar?

—No, señor capitán.

—Y bien, Dwinska, ya lo veis; somos cinco extraviados cazadores muertos de fatiga, de hambre y de sed. ¿Desde cuándo el noble castillo de Mizzca da con sus puertas en las narices de quien pide un banco para descansar, una torta para su estómago vacío y una copita de *vodka para su garganta reseca*?

El cosaco parecía anonadado por la contrariedad, pues era visible su respeto por el capitán Foederer. Tras algunos minutos de sombrío silencio, refunfuñó:

—Sin embargo, peor fuera para todos que os dejara pasar... Hoy es primero de mes, señor capitán.

Este formuló entonces tres extrañas preguntas:

—¿Gin? ¿Whisky? ¿Straka?

El cosaco se inclinó, asintiendo con la cabeza ante la última interrogación, y dejó rodar por su barba una palabra que no entendí.

—¡Diablo! —exclamó Foederer retrocediendo instintivamente dos pasos—. ¡Diablo! Peligroso fuera dejarse ver en plena crisis de *klik*. Pero, de cualquier modo, necesario es que usted nos dé acogida siquiera sea en la planta baja del castillo. Llévenos a su madriguera, Dwinska.

El cosaco no se movió. En tanto, el profesor Bieber le devoraba con sus severos ojos de juez inquisidor.

—¡En marcha, Alexis Koniakov! —ordenó entonces el capitán Foederer, con su voz más ruda de mando.

El cosaco sufrió un estremecimiento como si aquel



nombre evocara en sus recuerdos lo incontrastable; se inclinó hasta el suelo y nos abrió paso.

Si la sombría pieza a la cual se nos condujo era una madriguera, a juzgar por sus adornos y mobiliarios, bien podía considerársela la guarida de un capitán de bandidos que no desdeñaba los placeres de Baco: sables, estoques y dagas de varias clases, pistolas, escopetas de caza, un mausser de largo alcance, y grillos, esposas, dos knuts, veíanse colgados de la pared en perfecto orden; contrastando con tales instrumentos de sangre y fuerza, erguidos y brillantes cuellos de canecas, ánforas y botellas de todos los vinos y todos los licores.

Dwinska puso sobre la mesa una bandeja con copas variadas; mas, cuando se disponía a servirnos, sonó un timbre en lo alto y tras sus vibraciones estalló un verdadero huracán de patadas contra el pavimento que nos servía de techo, y chocar de sillas que rodaban, y de cristales que se rompían con estrépito.

De un salto el cosaco se lanzó fuera de la pieza. Por nada del mundo hubiera yo aceptado su puesto en el recibimiento que se le hizo. Se escucharon voces de cólera y violentas interjecciones en dialecto eslavón; por último, un cruel chasquido rasgó el aire.

A poco volvió Dwinska. Sangriento verdugón cruzábale sien y mejilla; pero ni una sola palabra de protesta en los labios, ni un pliegue de disgusto en la frente. Aquel terrible latigazo era, sin duda, una costumbre ya.

Por el contrario, al tomar una botella de Oporto, entre el bigote y la barba se entreabrieron sus labios con una larga y bondadosa sonrisa, retuvo un guiño picaresco para el capitán Foederer, descorchó su botella y se alejó en un brinco.

Media hora después, que nosotros supimos aprovechar remojándonos las fauces con un rico Madera y Jerez de lo añejo, el cosaco estaba de vuelta.

Sin precipitación alguna esta vez —como si para él



ya no existiera arriba el peligro del látigo— desalojó la mesa, que cubrió con blanco mantel y fina porcelana. Vinieron en seguida los fiambres más exquisitos del arte culinario ruso, cuya noble fama es bien conocida: lonjas de jamón cocido en azúcar, rica morcilla de faisán, anchoas de Dronstein, pastelillos de caviar, vol-au-vent de huevas de carpa, ánades silvestres a la Orloff, un delicioso pastel de codornices y dos asados de presa: venado y jabato; todo fuertemente salpimentado, como para hacer más imperativa e inextinguible la sed.

—Los señores están servidos —anunció Dwinska con la ceremoniosa formalidad de un consumado maestra-sala. Diríase que este personaje había cambiado, dentro del mismo escenario y en pocos minutos, no sólo de maneras, sino también de semblante; al malhumorado y tosco cosaco del portal de entrada había sucedido en modales, acento de voz y cortesana expresión de fisonomía, un perfecto e inteligente mayordomo de casa noble y hospitalaria.

—Señores —dijo—, he aquí todo lo que puedo ofrecer de comer; en cuanto a bebidas, las bodegas de su excelencia están bien provistas, y sería una verdadera satisfacción para su excelencia saber que os habéis dignado pedir a este vuestro humilde servidor, cuanto se os antoje que no veáis en ese escaparate.

Después, dirigiéndose al capitán Foederer, le dijo misteriosamente:

—Dentro de dos horas.

—Está bien, Dwinska; mas, ahora, podéis retiraros a descansar; no os necesitamos.

El cosaco no se hizo repetir la despedida, sino que nos abandonó inmediatamente.

Nunca manada de lobos hambrientos se arrojó con tan famélico apetito sobre un opíparo festín de carne fresca, como nosotros sobre el que nos había preparado Dwinska. Durante más de una hora, sólo el diálogo chis-



peante de los rebosados cristales interrumpía, a veces, el apretado discurso de los cubiertos y la vajilla.

Fue Alvarez quien, mitigado ya el hambre, propuso:

—Brindo, señores, por nuestro amable y muy discreto anfitrión, a quien en otro día, sin duda más oportuno que el de hoy, hemos de significar nuestro agradecimiento.

—¿Y por qué no hoy mismo?

—Porque presumimos, capitán, que hoy mismo no pretenderéis llevarnos a su presencia —repuso Alvarez.

—Andáis equivocado, amigo mío, pues tan pronto hayamos terminado de pasar a cuchillo esta plaza que Dwinska nos rindiera a discreción, haremos anunciar al conde Mizzca el deseo que nos anima de presentarle nuestros respetos.

—Sin compromiso alguno por mi parte de soportarle con paciencia las groserías de su borrachera —afirmó el ex procurador.

—¡Ah!, para entonces, os encontraréis, mi querido Profesor, en presencia del anfitrión más fino y agradable que pudierais desear.

—Explíquese usted, capitán —dije a mi vez, ardiendo de impaciencia por conocer las costumbres de aquella extraña mansión señorial.

El interpelado se sirvió de nuevo algunas anchoas, un pastelillo de caviar, dos lonjas de jabato, vació de un sorbo una copa de Chambertin y, entre bocado y bocado, comenzó:

—Ante todo, he de haceros saber que el primero de cada mes es día extraordinario en esta casa; hasta las seis de la tarde los criados se van de huelga, y solamente dos seres parecen habitar el castillo: el señor conde Mizzca y su fiel mayordomo, ese incomparable Dwinska...

—¡Valiente bribón! —interrumpió el Profesor Biebes—. Que el Kaiser me haga colgar si este mismo co-



saco no fue el mujik que en el asunto de la calle Kronprinz desapareció inopinadamente dejándome burlado.

—Sí; desde el principio de vuestro relato así lo adiviné.

—Pero aquel perillán era completamente lampiño.

—Y éste se ha dejado crecer la barba.

—Era calvo.

—Y éste usa peluca y una gorra de piel que no se quita jamás.

—Pero, en fin, detalle negativo importantísimo: aquel individuo era más pequeño de talla.

—Y éste sabe contraer la suya hasta perder seis y ocho pulgadas. ¡Ah!, yo le conozco bien, pues durante la última primavera fui por dos meses huésped de este castillo y el conde lo dedicó a mi exclusivo servicio. Dwinska es todo un estuche de habilidades útiles, y para el conde Mizzca un mayordomo insustituible... Pero, continúo mi relato: Al amanecer, el conde se hace servir su desayuno, compuesto, regularmente, de huevas, pescado fresco, algún pastel de ave y estas excelentes anchoas de Dronstein que con tan fina y obsequiosa insinuación abren las ganas de beber, rociándolo todo con una copa de Pomard o de ese viejo Jurancon que tenéis por delante, señor Profesor. En seguida practica una hora de esgrima con Dwinska, que es una espada de primera fuerza, o sale de paseo. Hasta entonces, el conde es un ser normal, aunque un tanto silencioso, entregado, sin duda, a algún viejo recuerdo que se relaciona con aquella fecha mensual que ya conocéis. Pero si es su *día negro*, al abandonar la sala de armas, o al volver de su matinal recorrida, mi amigo pide Gin, malvado licor que tiene la mala cualidad de trastornarle su excelente educación; después se entrega al whisky, tórnase sombrío y brusco, y si voces articula, son gruñidos. Fue en tal hora cuando os dignasteis, mi querido Profesor, hacerle interrogar. Por suerte, no estaba aún en su *Straka*, que es ese añejo



y endiablado aguardiente que tanto os ha gustado, Henkel, y que el conde Mizzca no prueba sino en su día negro de cada mes. Y aun así, ¡cuántos disgustos no le ha proporcionado! Sangrientos duelos con viejos camaradas; pleitos judiciales por maltrato a la servidumbre; enojosas querellas con sus vecinos terratenientes; y, entre todos, su disgusto de mayor tristeza, la pérdida de su perro *Yubr*, muerto de un tiro de pistola por su propia mano, y cuyo recuerdo será siempre como un hierro candente en sus entrañas. Y lo peor es que el conde, al siguiente día, no recuerda nada de estos desgraciados incidentes, aunque alguno de ellos le obligue a comparecer en el campo del honor y frente a un viejo camarada... Mas, ¿qué veo, Alvarez; habéis terminado ya de almorzar? ¿No probaréis de aquel riquísimo pastel de codornices, ni de este magnífico pernil de venado? Es lástima que los españoles de hoy, en Europa y en América, se estén dejando aniquilar por el hambre. Vuestros antepasados, los fieros conquistadores de Flandes, tenían mucho más fuerte el estómago, y de ahí aquella superioridad de músculos y aquella fuerza en las garras con que apresaron los más vastos y ricos dominios del mundo, y pusieron a su constante servicio el carro del sol... Teniente Henkel, os recomiendo encarecidamente no abuséis del Straka.

—¡Bah! —respondió el aludido, y de un trago vació una copa del terrible aguardiente.

—A propósito de straka y otros nombres bárbaros —dijo entonces el capitán Foederer, para atraerle de nuevo a sus interesantes relatos del castillo Mizzca—, ¿queréis explicarnos, amigo mío, el significado de esa palabra *klik* que el cosaco os dijo en voz baja y que vos repetisteis por dos veces con la extraña emoción de un temor?

—Klik, en ruso, quiere decir *aullar*, y Dwinska la emplea para significar la hora del paroxismo en el furor del conde. En tales momentos su exasperación no tiene



sino dos géneros de expresión: los aullidos de una fiera que quiere lanzarse sobre su presa, y el *knut*, o sea ese cruel látigo que a vuestra espalda cuelga de la pared, y que poco ha tan sangrienta huella marcó en la faz de Dwinska. Teniente Henkel, os vuelvo a recomendar encarecidamente no toméis más *straka*.

—¡Bah! —repitió el aludido, y, como la vez anterior, de un sorbo vació su copa.

—Por fortuna —prosiguió Foederer—, el *klik* marca también el principio del desfallecimiento de mi amigo; Dwinska le sirve, luego, dos, tres, cuatro copas de Oporto, y el conde se rinde sobre la mesa. El fiel mayordomo transpórtalo en brazos a su alcoba, le da una fricción de agua de colonia, y hácele beber algunas gotas de no sé qué elixir, dejándole dormir. Una o dos horas después el conde se levanta ágil, fresco, rozagante, y entonces es el más perfecto *gentleman* y el más amable *causeur* que he conocido.

—Gracias, mi querido von Foederer —dijo desde la puerta una voz fuerte, pero tan bien timbrada, que sus vibraciones producían un encanto en el oído—. ¿Se puede entrar?

—Adelante, conde.

Todos nos pusimos de pie, a excepción de Henkel, que al instante de hacerlo se desplomó en su silla.

—Perdonad, señores, me presente sin hacerme anunciar; pero ese pobre Dwinska está roncando en la antecámara, fatigado por sus faenas de hoy. Sin duda, mi buen amigo von Foederer os habrá detallado las costumbres de esta casa, y a sus verídicas explicaciones sólo me falta añadir que los camaradas del capitán Foederer me dispensan gran honor cuando se dignan estrechar mi mano y aceptar mi hospedaje.

Todos nos inclinamos ante aquella amable presentación, hecha con gracia incomparable por el hombre de más distinción que hasta entonces habíamos visto. El



conde Mizzca podía ser señalado como uno de esos raros y fuertes ejemplares de belleza varonil que en cualquier salón de la más encumbrada aristocracia se conquistan con su sola presencia la simpatía y el respeto de los hombres y la admiración un tanto curiosa del elemento femenino. Era a la vez fino, ágil y vigoroso, y como el Hermes de Praxiteles tras la pureza de las líneas y la esbeltez de las formas, dejaba traslucir aquella fuerza y aquella energía interior que muy pocos seres poseen, mezcla feliz de voluntad y músculo, y que con tanta facilidad podrían someter a una turba en rebeldía como domeñar una fiera en furor.

El capitán Foederer hizo las presentaciones. Al llegar el Profesor Bierber, la frente del conde se contrajo en un esfuerzo de recordación, estrechó la mano del ex procurador y díjole:

—He de agradecer muy especialmente a mi amigo von Foederer esta agradable sorpresa de ponerme en relaciones de amistad con persona de tan preclaros antecedentes, y a quien desde hace tiempo admiro por su vasta ilustración jurídica.

El Profesor hizo una profunda reverencia, tratando de ocultar en vano la íntima satisfacción que le causara aquel encendido elogio.

Pero cuando llegó el turno de Henkel se produjo un incidente.

—Hola, Mizzca; ¿por qué matasteis mi perro? —dijo, agarrándole con torpe familiaridad por un hombro.

Las palabras del borracho causaron en el conde tan honda y súbita impresión, que por algunos segundos perdió toda continencia; tomóle el brazo, y doblándose como una débil caña, exclamó:

—¿De qué perro habláis?

—Diablo, conde Mizzca, ¡soltadme! ¿De qué perro os he de hablar, sino de *Leal*, mi pobre perro, que Foederer y vos matasteis hoy en la caza?



No obstante la enojosa situación en que esta inconveniencia de nuestro amigo a todos nos colocaba, mi atención, más que en la incongruente escena, estaba fija en su actor principal, el conde Mizzca. Aquella fuerza interior de que antes os hablé manifestábase ahora en todo su esplendor por dos órganos de su expresión: los ojos, que parecían incandescentes y que en la obscuridad tal vez habrían alumbrado, y su voz, metálica y vibrante, imponiéndose de tal modo, que todos los circunstantes —mis compañeros me perdonen— parecíamos gentes sometidas a su voluntad.

Sin esfuerzo visible, el conde modificó su actitud; soltó a Henkel e inquirió con reposado acento:

—¿Ha perdido este caballero algún perro?

El capitán Foederer intervino entonces para explicarle cómo aquella mañana, al disparar él sobre un lobo que todos perseguíamos con encarnizamiento, el perro de Henkel se interpuso y recibió una bala de rifle debajo del omoplato izquierdo, quedando muerto instantáneamente.

El conde miró con simpatía al teniente y le dijo:

—Os compadezco de todo corazón, caballero; muchas veces un perro vale más que un hermano.

Después, dirigiéndose a todos, expresó:

—Veo que aún no habéis terminado con esa pobre mesa que Dwinska hubo de serviros a toda prisa; perdonadle; ya sabéis que su jornada de hoy ha sido terrible... Os espero a comer; cuento que me dispensaréis este honor. Dwinska vendrá en breve y os conducirá a los departamentos que he mandado se os preparen, a fin de que descanséis un poco. En cuanto al caballero Henkel, no os preocupéis; su completo restablecimiento corre por cuenta de Dwinska, que es un especialista en la materia; yo os lo aseguro. Adiós, señores.



II

En la mesa del conde, terminados los postres, hizo sus alborozadas reverencias el champagne.

Nuestro anfitrión, que durante toda la comida había permanecido taciturno, no obstante sus esfuerzos por mostrarse complacido y jovial, vació de un sorbo su rebosada copa, encendió un habano, y como si le empujara una irresistible preocupación, formuló esta extraña pregunta:

—¿Creéis vosotros que un perro tenga alma?

Embargados tal vez por lo imprevisto de la interrogación, todos nos mantuvimos callados.

Pero la mirada del conde, fija en Alvarez —recién doctorado en la famosa Universidad de Breslau, y que por tal circunstancia debía de tener la mente fresca y bien nutrida de disquisiciones metafísicas—, parecía esperar de éste una contestación categórica.

Mi compatriota hubo por fin de hablar y se expresó así:

—Los neoplatónicos, al igual que nuestros bisabuelos los primitivos habitantes de la tierra, pensaron que sí; y aunque los estoicos entonces, y después Descartes y Leibnitz se pronunciaron por la negativa, la teoría más socorrida por los contemporáneos inclinase a reconocerles alma, cuando menos, a los animales superiores. En cuanto a mí —no obstante mi devoción por Plutarco, que sostiene con calor las argumentaciones de los neoplatónicos—, preferiría encontrar pruebas menos equívocas que las caprichosas conclusiones de la pura especulación.

—Pues bien, dignaos escucharme —dijo el conde, como si lo que él fuera a exponer resolviera la tan debatida controversia.

—Yo tenía un amigo; el más cariñoso, el más inteligente y el más abnegado de los amigos. Nadie como él



sabía interpretar por una simple sonrisa de mis labios la fuerza de mis alegrías interiores, y las gozaba; así como nadie le igualaba en inquirir por los pliegues de mi frente las tempestades de mi alma, ni tan intensamente como él las sufría. De mis simpatías dábale él cuenta antes que yo mismo, y saltaba alegre al verlas llegar; y así también, un gruñido de su garganta advertíame con antelación del peligro que se acercaba, aunque este peligro viniera con los brazos cruzados y bajo el ropaje más amable y engañoso de los afectos... Y ese amigo incomparable, ese fidelísimo compañero, ese camarada único de mis horas de confianza y de mis noches de vigias, una tarde rodó exánime a un disparo de mi mano, en aquel día, sin duda, borracha de fatalidad...

El conde se detuvo por un instante.

En el amplio salón que nos servía de comedor habría podido escucharse el vuelo errante de una libélula.

—Pues bien —prosiguió—, en mis placeres, no; no en mis horas de alegría; pero en mis noches de hondas tristezas y abatimiento, el alma de mi pobre *Yubr* llega a mí, posa su cabeza en mis hombros, se me echa a los pies. Yo la siento. Yo la escucho... Y ahora mismo, en este instante en que sufro tan dolorosamente bajo su recuerdo, bastaría que yo entrara solo a mi alcoba para que viniera a mí, me lamiera las manos, se me arrojara al pecho y me prodigara las muestras más ardorosas de su perdón y las más suaves caricias de su consuelo...

El conde inclinó la frente. Flotaba en el aire tantísima tristeza, que hasta los cigarros encendidos permanecían ociosos.

—¿Y podríais contarnos, señor conde, si en ello no hubiera inconveniente alguno, en qué ocasión se produjo el primer contacto entre vos y el alma de *Yubr*? —preguntó el Profesor Bierber.

El interpelado alzó la cabeza y tuvo un minuto de vacilación, que asomó a sus ojos; después llenó su copa



de un dignísimo Arbois, que superaba en excelencias a todos los champagnes, encendió un nuevo cigarro, contempló el humo retorciéndose en espirales, y con reposado acento dijo:

—Será, ésta que vais a oír, la escena más interesante de cuantas hayáis presenciado en la vida, o bien de cuantas os hayan sido relatadas.

La ansiedad de todos nosotros se hizo tan aguda como el más intenso dolor.

—Fue una noche de diciembre —comenzó el conde—. Yo debía asistir a una cita, largo tiempo deseada. No obstante, como era demasiado temprano aún, para entretener mis impaciencias tomé un libro y me senté a leer. Súbito una ráfaga de viento penetra en la alcoba y me deja a oscuras. ¿Por dónde se había colado aquella ráfaga? No traté siquiera de averiguarlo; hice nuevamente luz y reanudé mi interrumpida lectura. Mas cinco minutos no habían transcurrido cuando el mismo fenómeno vuelve a producirse, esta vez con mayor ímpetu que la anterior. Enciendo de nuevo la lámpara, y maravillado ahora de tan inexplicable fenómeno, dóime con ahínco a la tarea de inquirir sus causas. Registro balcones y ventanas. Inútil pesquisa; todo permanecía herméticamente cerrado. Pero suena la hora de la cita y me apresuro a tomar mi gabán. Nueva sorpresa y nueva contrariedad inexplicable: ¡el que encontré en mi guardarropa no era el mío! Empero, me lo echo encima precipitadamente y dispóngome a salir... Y entonces... entonces vuelve a producirse el estupendo fenómeno, esta vez con el ímpetu de un huracán. Yo siento su violencia, percibo sus aullidos, me baña el rostro su humedad. Mas no, no es el huracán. ¡Es *Yubr*! Es mi *Yubr*, que me lame las manos, que me salta al pecho, que me impregna la cara de su aliento, cálido y jadeante; que me empuja y me empuja hasta echarme en un sillón, y que no me abandona sino cuando yo, que conozco sus maneras, que me



interpreto su lenguaje, que adivino las expresiones todas de su angustioso ruego, le prometo que esa noche me quedaré en casa, que no saldré a la calle, que dejaré de acudir, en fin, a la anhelada cita...

—Dwinska, sírvame una copa de Arbois —mandó el ex procurador, que desde hacía rato mantenía sus ojos de juez inquisidor fijos en el cosaco.

Después, dirigiéndose al conde, preguntó:

—Y eso acontecía en la noche del 20 de diciembre de 1908, ¿no es cierto?

—Sí, señor Profesor... Mas, ¿qué os pasa, Dwinska? ¿Por qué servís champagne cuando se os pide Arbois, y por qué rebosáis la copa hasta hacerla derramar?

—¡Perdón, excelencia!...

—Y decidme, señor conde: ¿a qué atribuíis la desesperación que creísteis notar en el espíritu de *Yubr*? —inquirió de nuevo el ex procurador.

—Esa noche me acechaba un peligro de muerte, al cual escapé gracias a la intervención de su espíritu; pero no sin que otra persona allegada a mí pereciera en mi lugar.

—¿Mikhail Ogarev?

—Sí; el asesino de Mikhail Ogarev fue a mí a quien creyó matar.

—Dwinska, otra copa de Arbois —mandó nuevamente el ex procurador del Estado, vaciando la suya en dos sorbos.

Pero las manos del cosaco parecían azogadas, y al inclinar la botella sobre el cristal del Profesor se cubrió de vino el blanco mantel.

—¡Dwinska! ¡Dwinska! Decid: ¿qué os pasa? ¿Qué tenéis?

—¡Padrecito mío, perdón para tu siervo!

En los ojos del conde asomó entonces la expresión de una repentina sospecha, que era, al mismo tiempo,



como una visión de horror. Aquellas pupilas debían de quemar cual dos ascuas.

—Alexis Koniakov, presunto asesino de Mikhail Ogarev, ¡tres pasos al frente!

Y la voz que de tal modo se imponía era tan terrible, que los que allí la escuchamos esa sola vez no la olvidaremos jamás.

Automáticamente, como movido por un resorte, el co-saco avanzó hasta colocarse frente a su señor, juntó los talones, alzó abierta la mano derecha al nivel de la frente y tomó la actitud de un correcto y bravo militar que compareciera ante un Tribunal de honor.

—Alexis Koniakov, ¿sabéis quién era Mikhail Ogarev?

—¿Debo hablar delante de estos señores?

—Sí, Alexis Koniakov; debéis decirlo todo delante de estos señores, que son ahora vuestros jueces.

—Mikhail Ogarev —articuló el acusado con voz clara y sin que se advirtiera en su entonación signo alguno de temblor ni miedo— era hijo de Soika, la bailarina, y hermano bastardo de su excelencia Sergio Vladomiro Mikhailovich, conde de Mizzca, y murió la noche del 20 de diciembre de 1908, por traidor. Yo lo maté.

—¡Ah! —exclamamos todos.

—Explicaos, Alexis Koniakov —dijo el conde con acento sereno.

—Fue *Yubr* quien me advirtió los peligros que representaba para el castillo Mizzca cada una de las disfrazadas visitas de Mikhail Ogarev. Y así, siempre era necesario poner en cadenas al bravo guardián para que no devorara al traidor cuantas veces venía a preparar sus pérfidas combinaciones contra el señor conde Mizzca, su hermano y bienhechor. Sí, *Yubr* sabía que quien apaleaba cruelmente y sin motivo alguno a la servidumbre, que quien provocaba el odio de los vecinos terratenientes destrozándoles cercas y plantaciones, que quien desconsideraba por el más fútil motivo a los amigos y huéspedes



del castillo, dejando concertado un duelo para el día siguiente, era el hijo de Soika, la bailarina. Y todo ello gracias a la extraordinaria semejanza de sus facciones y su estatura con las del señor conde, a quien antes hacía beber *straka* hasta la embriaguez, y aun Dios sabe cuál otro brebaje, para imposibilitarlo en su alcoba y entonces suplantarle y comprometerle en cualquier trance de muerte, que le permitiera, por fin, a él, el bastardo, heredar la fortuna de los Mizzca, de acuerdo con una cláusula testamentaria del antiguo conde, y la cual disponía que en caso de muerte sin sucesión, los bienes de su excelencia pasaran a ser propiedad de Mikhail Ogarev.

Pero el odio de *Yubr* se hacía cada día más insuperable y amenazador —continuó el cosaco—, y el bastardo se decidió a suprimir por medio de una siniestra trama de tiro al blanco a su irreconciliable enemigo. Al efecto, preparó cautelosamente una pistola sin proyectil, que entregó al señor conde, y otra cargada, con la cual se quedó él. *Yubr*, encadenado a más de tres metros del blanco, no cesaba de ladrar furiosamente y de hacer inauditos esfuerzos por romper sus eslabones. Su excelencia alzó la pistola a la altura de los ojos, y, como era su costumbre, sin hacer puntería ni vacilar un segundo, apretó el gatillo. Una doble detonación resonó... *Yubr* dio un salto, lanzó un lastimero quejido y cayó muerto.

Un estremecimiento de indignación recorrió los nervios del auditorio.

—Continuad, Alexis Koniakov —mandó el conde, con la fría impassibilidad de un juez extraño en absoluto al hecho que se averiguaba.

—*Yubr* había muerto; pero alguien que vio al bastardo, no disparar sobre un gorrión —según declaró él—, sino bajar su pistola en dirección del noble animal y hacer fuego, quedó desde entonces en acecho del traidor...

Un día la inopinada presencia de Mikhail Ogarev en el castillo y a la hora precisa en que el conde daba su



matinal paseo, me llenó de alarma. Le vi hurgar el correo de mi señor, escoger un sobre rosado, cuya procedencia me era bien conocida, abrirlo cuidadosamente y copiar algunos párrafos de la misiva en él contenido; tomar después la capa del señor conde, poner en lugar de ésta la suya propia y, sigilosamente, abandonar el castillo...

—Y esto sucedía la mañana del 20 de diciembre de 1908.

En el pequeño auditorio se produjo un murmullo.

—Todo lo que había visto hacer a Mikhail Ogarev —repuso Dwinska— encerraba a mis ojos un pavoroso misterio, que era indispensable descifrar. Sin dar aviso a nadie abandoné también el castillo, híceme un disfraz a mi manera y me lancé en persecución del traidor. El billete que le vi copiar debía servirme de indicio seguro para encontrar sus huellas. En efecto, al atardecer, un pobre mujik era la sombra inseparable de Mikhail Ogarev.

Al llegar aquí tuvo el cosaco un momento de indecisión.

—Proseguid, Alexis Koniakov.

—Pues bien; a las ocho de esa noche el bastardo, protegido por la capa de su hermano, penetra en una casa a la cual el señor conde debía llegar una hora más tarde, se hace anunciar con el nombre del esperado y penetra en el salón. Una dama, al verle, se arroja loca de contento en su seno; mas al ser estrechada, siente ella que aquellos brazos no son los brazos del amado, comprende que es víctima de un siniestro engaño y retrocede espantada, queriendo escapar. Pero aquel hombre era un villano de la peor especie, que había ido allí a violar una novia ajena y a esgrimir en la sombra un acero fratricida... Por suerte el mujik velaba; penetra en el salón, agarra al miserable por el cuello, arrástralo a la calle y le hunde su puñal hasta la empuñadura en el corazón.



—¡Ah!... —dijo el ex procurador, dejando, sin embargo, apuntar a sus labios un recóndito pliegue de ironía.

—¿Y presenció la *panna* Romanowna la muerte de Mikhail Ogarev? —preguntó el conde, esta vez con la voz henchida de emoción.

—No, excelencia; la *panna* Romanowna no presenció la sangrienta escena, e ignora todavía que el cosaco Dwinska y el mujik que tan oportunamente intervino en su defensa son una misma persona.

—De modo que nadie asistió a la muerte de Mikhail Ogarev —insinuó con su cortante y pausado acento el ex procurador del Estado.

—Sí, alguien estuvo allí.

—¿Quién?

—*Yubr*.

—¡*Yubr!*... —exclamamos Alvarez y yo a un tiempo, mientras el Profesor Bierber acentuaba más y más el sarcástico pliegue de su ironía.

—Sí, *Yubr*... Fue él quien me puso realmente en la pista del bastardo; él, quien me empujó con fuerza irresistible dentro del salón de la *panna* Romanowna; él, quien me ayudó a apresar al traidor y a arrastrarle a la calle sin consentirle movimiento alguno hacia sus armas.

—Está bien, Dwinska —pronunció el conde. Y con suprema autoridad de perdón extendió su diestra al fiel servidor, que se arrodilló para besarla.

Todos los comensales, ante aquel final, respiramos con desahogo y beneplácito; todos, a excepción del Profesor Bierber, quien adelantó de nuevo su busto sobre la mesa con la visible intención de continuar su interrogatorio.

Pero entonces se produjo fuera, abajo, quizás en los fosos del castillo, o en cualquiera otra sima todavía más honda y tenebrosa, un extraño rumor de súbita acometida y lucha jadeante. Resonó un feroz aullido... y una mutilada imprecación... y un supremo grito... y un estertor...



Y tras breves segundos de angustiosa expectación, agitaronse, sacudidas y estrujadas por una poderosa fuerza desconocida, las pesadas cortinas del salón, oscilaron medrosas las luces, cayó con estrépito un cuadro del muro, y, por encima de nuestras cabezas, sudorosas y frías, una ráfaga húmeda dejó en el ambiente su pútrida emanación de fosa removida, y en nuestros crispados nervios un largo estremecimiento de pavor.

El ex procurador, muy pálido, trató de sonreír...



FLOR DE LAGO

I

No me es dado recordar ahora el nombre del lejano país de ensueño y sangre en donde reinaba a la amplia medida de sus caprichos y veleidades el muy poderoso y temido monarca de este cuento. Las crónicas reseñan maravillosas fábulas de sus riquezas y espantosos horrores de sus crueldades. De éstas bien sabía el pueblo que las sufría en un silencio de tumba, y de aquéllas, gozándolas sin tasa sus dos odiados favoritos: el gran chambelán, ministro de los Placeres, y el gran verdugo, ministro de los Suplicios.

Y, sin embargo, este rey, a pesar de su poderío, era un ser infeliz, el más infeliz de los seres. Su viejo y duro corazón no había amado jamás. ¿Hay acaso desgracia más grande, tristeza más sombría e infinita que el horrendo martirio de no sentir el amor?

Pero sucedió que un día de caza, yendo en la ardorosa persecución de un espantado ciervo, entróse con algunos de sus cortesanos por intrincado bosque, y a mucho de trepar montes y romper malezas, salieron a un valle limitado por un límpido y sereno lago, sobre el cual inclinábase, en ávida actitud contemplativa, blonda y desnuda, una mujer, una ninfa quizá.

A pesar de la finura de sus líneas, de la gracia de sus contornos, de las pomposas promesas de su adolescencia, que se rompía ya en ufanos brotes de primavera,



quizá era su deslumbrante blancura lo que principalmente atraía la admiración, poniéndola en éxtasis. Esa blancura parecía formada de una esencia superior a su carne misma, y fluía del cuerpo en un tenue resplandor.

Al verles llegar sus pupilas —dos orgullosas amatis-tas de un tierno violeta, tan diáfanas y radiantes, que el pincel de los crepúsculos en vano trataría de imitarlas ni en límpida transparencia ni en la aristocracia del color—, si mostraron asombro y desagrado, no fue por vergüenza, sino que, al contrario, poniéndose ella en pie cuan esbelta era, mostró así a la ardiente codicia de los ojos que la devoraban todo el candor de su desnudez impecable y todo el temprano y florido rosal de sus encantos.

Cual tigre que tras largos días de abstinencia siente de súbito el olor y el deslumbramiento de una presa tibia y palpitante, el monarca se abalanzó a ella, que se irguió entonces en un gesto de insuperable soberanía, y el real enamorado reprimió su impulso.

—¿Quién eres?

—Flor de Lago.

—¿Tus padres?

—Nadie.

—¿Dónde vives?

—Aquí, bajo estos árboles, poblados de pájaros cantores, y sobre este lago, que me copia en el día como un sol y como una estrella en el silencio de la noche.

—Soy el rey; ¿quieres venir a mi alcázar?

—No.

—Te digo que soy el rey...

—¿Qué me importa?

—Vasallos: tomadla en brazos y llevadla a palacio.

Ella de nuevo se irguió, orgullosa y vibrante.

Los vasallos avanzaron algunos pasos; mas al llegar junto a la doncella retrocedieron. Alzábase tan alba y tan hermosa en su sencilla desnudez, que tocarla habría sido profanarla, y nadie se atrevió.



Por vez primera encontrábase el monarca frente a una fuerza más poderosa que su voluntad. Cambió de tono, y de déspota incontrastable se hizo el más sumiso de los esclavos. Y era que por primera vez también su duro corazón se hacía sentir impetuoso y violento, queriendo romper las espesas paredes de su cárcel.

—Ven —le dijo suplicante—; te daré riquezas como no las soñó nunca la reina de mayor gloria, poderío y ambición. ¿Amas el ardiente astro del día porque desde su altura quiebra, enamorado, sus lanzas de oro en tu esplendor de nieve? Sobre el trono en que te sientes, un dosel de topacios haré tallar más radiante que el sol. ¿Prefieres en tu cuerpo las pálidas caricias de la luna? A manera de lírica antorcha, mis artífices aprisionarán la luz de tu alcoba en una red de perlas orientales, cuyos reflejos serán más suaves y misteriosos que los de esa romántica lámpara de la noche. ¿Te seduce el brillo azul de las estrellas titilantes? Jóvenes esclavas, númeradas y adolescentes siervas circasianas, al peinar tus cabellos los sembrarán de una constelación de diamantes más puros y refulgentes que todas las estrellas del cielo.

—¡Oh! Me encantaría adornar mis cabellos con una sarta de estrellas, y contemplarme así, de noche, en la tranquila superficie de mi lago; mas ¿qué son los diamantes?

El monarca sacó de su escarcela un objeto que ofreció a la gentil interlocutora. Era su estuche de caza, invaluable obra de arte, en que el oro desaparecía bajo el bordado de las gemas. Al tomarlo ella, el fulgor de las piedras, heridas por el sol, causó un deslumbramiento en los ojos. Mas después, ya acostumbrada a su brillo, lo examinó con curiosidad. En uno de sus extremos erigíase en botón un rubí de nobles destellos, y al tocarlo funcionó un resorte.

Flor de Lago lanzó un grito de sorpresa; allí en el



hueco que había dejado la escondida tapa, irradiaba su propia imagen.

—¿Es esto un diamante?

—No; es un espejo.

—¿Y hay en tu palacio muchos espejos?

—Tu cámara real será tapizada con esos cristales.

—¿No me engañas?

—Te lo juro.

—Pues bien, llévame.

El rey dio un salto de alegría. Pero como pretendiera entonces envolver en su manto a la doncella, preguntó ésta:

—¿Para qué?...

—No se entra desnudo a la ciudad.

—Bah...

Y deshaciendo el haz de sus cabellos, los partió en dos bandos, que rodaron con mimosas ondulaciones de serpiente, la una por la espalda, la otra sobre el seno, hasta ir ambas a besar sus pies, dejando envueltas las maravillas del cuerpo en una larga clámide de oro.

Los heraldos hicieron resonar sus bronces por todos los ámbitos de la ciudad, anunciando la llegada de la princesa Flor de Lago, y el pueblo desbordóse por calles y plazas. Y al verla aparecer, envuelta sólo en el fulgor de sus cabellos, y más bella que las estatuas de todas las diosas, con delirante entusiasmo la proclamó «la maravilla de las maravillas».

II

Acaso fue el instinto de su propia conservación lo que impulsó al pueblo a aquel estruendoso recibimiento. A poco de su exaltación al trono, Flor de Lago se hizo conceder la prerrogativa del supremo perdón. Por esta nueva dignidad, las funciones del gran verdugo quedaron



reducidas a la nada. Sobre las múltiples sentencias de muerte que a diario presentaba a la firma de su señor —siempre seguidas de pronta ejecución— ella extendía un rizo de sus cabellos y la gracia de la vida quedaba de pleno otorgada. Y las oraciones públicas, que antes mascullaban odios y maldiciones, terminábanse ahora con un férvido voto, puesto en sagrado cántico por un lindo paje, trovador del trono:

«¡Oh, reina; dulce y hermosísima reina! Más esplendorosa eres que el sol, más diáfana que la luna, más fragante que las rosas, más límpida que el agua, más pura que el fuego, y plena estás de gracia, sabiduría y bondad.»

Empero...

Flor de Lago no había querido consentir traje alguno sobre su hermosura, ni admitir en la alcoba nupcial a su esposo y señor; conservándose así, desnuda y virgen como una flor.

Y el rey sufría horriblemente. Amaba por primera vez con todo el ímpetu de su corazón salvaje, que era ahora la carne de todas las heridas silenciosas y espantosas de los celos, y sobre las cuales la maldad de ambos favoritos —que se sentían cohibidos y postergados— derramaban el vidrio pulverizado de sus insinuaciones péfidas.

Bien que Flor de Lago, entregada a la dulce contemplación de su propia imagen, no daba ocasión ni a las sospechas ni a los celos. Su amor único era su belleza; su única pasión, sus espejos. Frente a ellos, coronada de rosas y azahares, pasábase las horas en un éxtasis sonreído y sin tregua.

Aunque a veces el recuerdo del abandonado lago y del lejano bosque, poblado de pájaros cantores, alzaba en su corazón la romanza de las nostalgias y un vaho de melancolía nublabla la límpida amatista de sus pupilas. Entonces, para distraerla, se hacía venir al pie de su



ventana al paje trovador del trono, que en su sonoro laúd entonaba las más tiernas canciones del amor, de la querella, de los ruegos y de las lágrimas. ¡Oh! ¡Qué fielmente interpretaba aquel bello doncel, a la vez que el corazón de la reina, anegada en vagas tristezas y ansias imprecisas, la pasión desbordada, suplicante e infeliz de su señor!

Y los dos favoritos velaban... velaban...

III

Una romántica noche de luna las nostalgias de Flor de Lago rompieron por fin en sollozos. De un vuelo se hizo venir al pie de la altísima ventana al trovador. ¡Oh, pálido numen de las tristezas indecibles! ¡Oh, silfos impalpables de las armonías atormentadas y misteriosas! ¿Dónde encontrasteis aquellas notas del reclamo amante y del ruego irresistible que puso el cantor en su laúd? Los ruiseñores enmudecieron para escucharlas; la blanda sonrisa de los céfiros tornóse en queja al diáfano murmullo de la fuente en lágrimas...

Al apagarse la última nota de la dulcísima endecha, una flor cayó a los pies del cantor. Pudo él recogerla, pudo besarla; mas, ¡ay!, no la pudo ocultar. Dos rudos centinelas, servidores ambos del gran verdugo, echáronse encima, derribáronle en tierra, atáronle fuertemente con su flor en la crispada mano y pusieronle con cadenas en la horrible prisión de los Suplicios.

Ante aquella pretendida prueba de un amor criminal —que los retorcidos detalles de los dos favoritos hicieron aparecer irrecusables— los celos del monarca estallaron con el fragor de un volcán. Se dictó por castigo del paje desleal el descuartizamiento. En cuanto a ella... También ella sería castigada...

Mas ¿de qué modo? ¿Quién la tocaría con sus ma-



nos? ¿Qué contacto se atrevería a profanar aquel prodigio de la blancura impecable y de la belleza absoluta?

La noche entera se pasó en terribles deliberaciones.

Por fin, el gran chambelán, maestro de esgrima en esas sutiles estocadas que no hacen brotar sangre; pero que hieren el corazón, dejándolo consumirse en larga y cruenta agonía, inventó un horrible suplicio contra Flor de Lago. Y pues nadie la podía tocar para recluirla en prisión, su misma cámara sería su cárcel; y se romperían todos los espejos de su alcoba, a fin de privarla —¡oh, espantoso y refinado tormento! ¡Oh, suplicio el más horrible y sutil!— de su único gran placer y de su único risueño orgullo: la contemplación extática de su albur y su belleza.

No obstante la crueldad de tan horrendo castigo, la sorda inquina del gran verdugo no se dio por satisfecha, y soplando en las ascuas de los celos reales, insinuó a su vez con hábil perfidia:

—Paréceme, sin embargo, que debería dejarse una puerta abierta al magnánimo perdón de nuestro soberano.

Este respiró con angustiosa esperanza.

—¿Qué proponéis?

—He ideado que antes del descuartizamiento del infame trovador se proceda, en suplicio inicial, al cercén de la pecadora diestra, que aún conserva la flor del crimen; pues no he de ocultaros, señor, que las torturas más espantosas han sido insuficientes para hacerle soltar su presa a este impenitente amador de la reina...

El monarca trituró entre sus dientes una maldición.

—¡Y bien! —prosiguió el rencoroso favorito—. Que ella asista con toda la corte a ese suplicio inicial, y si en el momento preciso del cercén logra reír feliz delante de los grandes dignatarios y del pueblo, a quien también haré convocar, que perdonada sea, señor, porque habrá demostrado con esa risa su inocencia, o cuando menos,



su arrepentimiento. Mas si, por el contrario, una actitud doliente, o vergonzosas lágrimas compasivas, vienen a confirmar su culpabilidad y vuestro deshonor, entonces...

—Entonces —rugió el rey— seré yo mismo el ejecutor inexorable de la esposa desleal.

Ambos ministros cruzaron una rápida y furtiva mirada de satisfacción.

IV

Cruelles noches y parsimoniosos días tardáronse en la construcción del estrado y los demás preparativos para el suplicio del cercén. Era esa tardanza el anticipado paladar de dos hambrientas hienas al devorar su segura víctima.

En tanto, la infortunada Flor de Lago encerrada yacía en su alcoba, convertida ésta, desde la inicua destrucción de los espejos, en una fúnebre y pavorosa antecámara de la muerte.

Por fin, contiguo a la ventana real se alzó el estrado en que tomarían asiento para presenciar el suplicio del cercén todas las damas y caballeros de la corte. En el centro se colocó el tajo. También para el pueblo se habían construido múltiples y extensas graderías, obligándosele a asistir, bajo la amenaza de sangrientos castigos.

¡Qué rígida y qué yerta, pero cuán hermosa en su completa desnudez de estatua, apareció frente al tajo la infortunada reina! ¡Y qué blanca! ¡Qué alba!... Diríase que en aquel frío mármol, que era su cuerpo, sólo esta albura tenía vida, expresión, alma. Un alma que fluía como un perfume e impregnaba el ambiente de tristeza, desolación y piedad.

Y cuando se hizo comparecer, entre pesadas cadenas, al mísero trovador, la altiva impasibilidad de la reina se acentuó más y más. Aquella rigidez era espantosa.



Con paso sereno y ademán lleno de gracia avanzó el reo hacia el tajo. Sus labios, plegados por una sonrisa de íntimos regocijos, parecía que iban a entonar su canción más feliz. Dos asistentes del gran verdugo adelantaron sus cáñamos para fijar del madero mortal aquella mano, que aún conservaba entre sus crispados dedos la amada prenda del ideal por quien moría. El los rechazó con un gesto de nobleza y dignidad. Llevóse la flor a los labios. La besó larga y calladamente... Después, cual si su diestra fuera el delicado tallo de aquella flor, la extendió con suavidad sobre el tajo.

Había llegado la hora suprema de la tragedia.

Movióse entonces el gran verdugo con toda la solemnidad de su alto decoro; sacó de una funda de piel, oro y pedrerías, la ancha y corva cimitarra de los suplicios; dio dos pasos hacia su presa... Mas se detuvo; a pesar de sus terribles órdenes de absoluto silencio, un espeso y anhelante murmullo se hacía escuchar. Era la unisona oración de todo el pueblo pidiéndole a su Dios acordara este milagro imposible, el de hacer brotar una alegre risa en los fríos y apretados labios de su amada reina.

Alzóse por fin la ancha cuchilla, cuyo fúlgido acero despidió un relámpago...

Fue un relámpago tan sólo, y la duración de ese relámpago, un solo segundo.

Pero un segundo inmenso, un segundo infinito para Flor de Lago, que en la bruñida hoja del corvo acero pudo contemplarse toda entera... Y entonces, al ver reflejado en aquel relámpago el florido jardín de sus encantos, al verse otra vez tan áurea, tan blanca; al mirarse de nuevo tan hermosa —¡oh, más hermosa que nunca!—, de su corazón, henchido de súbita alegría y de esplendoroso orgullo, brotó como el chorro de una fuente de cristal, su risa fresca, bulliciosa y triunfante, que envolvió en un tropel de locas armonías el golpe seco y brutal del cortante acero al caer sobre el tajo...



EL BUSTO DE MARMOL

A Jacinto López

¿Mis celos? No sé, en verdad, cuál era el fundamento de mis celos. Tristán, el delicado pintor de flores, el amable paisajista, era, por el afecto y la intimidad, un hermano. En mi mesa su puesto estaba entre Margarita y yo, y en nuestros paseos al campo, ella, tenida de su brazo, le hacía recitar poesías musicales y dulcísimas, que yo aplaudía encantado de su talento.

Esta dote de una rima pomposa y llena de frescura, que el pintor afectaba desdeñar por sus lienzos de flores, era quizá la seducción más poderosa que Tristán ejercía para hacerse amar locamente de las mujeres; y yo, que lo sabía, pensaba en ello a mi pesar cuando le contemplaba de la mano con Margarita, corriendo a campo traviesa, ora al alcance de un nido de ruiseñores, siempre distante, ora en busca de una flor silvestre, cuyo hallazgo era motivo de algún madrigal respetuoso, pero, ¡ay!, demasiado tierno y siempre oído con visible alegría.

Además, allá en la sala de nuestra casita, alguien me mantenía en constante suspicacia; no con sus palabras, pero sí con su expresión maligna, mañana y noche, cuantas veces Margarita me besaba a la hora de salida o de la entrada.

—¿No es cierto que era locura ceder a la sugestión insidiosa de aquel busto de mármol que sobre la dorada mesa del espejo se reía burlona y perversamente? Locu-



ra era, y no obstante, cuántas veces, con un pretexto fútil, alejé de mi lado a Margarita para interrogar impaciente aquel blanco rostro risueño y malvado:

—¿Qué pasa aquí cuando yo no estoy?... Tristán... ¿verdad?...

Y el maldito busto sonreía... sonreía... ¡Oh, desesperación! ¡Oh, rabia!

Una mañana, en el momento de ofrecirme sus labios para despedirme, Margarita me anunció que ella también intentaba salir.

La sorpresa que me causó esta determinación, nada extraña en sí, no pasó inadvertida a los ojos de Margarita, quien me miró asombrada y preguntó el motivo de mi emoción. Me reí estrepitosamente para tranquilizarla y desorientarla; la besé y partí.

En la calle tracé mi plan. Mi reloj marcaba las siete y treinta; iría a la oficina hasta las nueve. Hora y media era plazo bastante para que ella dictara sus órdenes en la casa y se arreglara con la coquetería que le era habitual.

¡Una hora! Vaya que una hora es larga cuando la impaciencia nos muerde el corazón y precipita sus latidos.

Al fin no pude contenerme más, y minutos antes del término fijado por mí mismo, tomé el sombrero y me lancé en dirección a nuestra casita.

Ya en el umbral casi me arrepentí. ¿No era indigno lo que hacía? ¿Ni qué motivos claros tenía yo para aquel procedimiento? ¿Acaso no seguía siendo Margarita invariablemente buena y cariñosa? No obstante, entré.

—¿Margarita?...

La doméstica, sorprendida con mi inesperado regreso, balbuceó algunas palabras, en tanto que el busto de mármol sonreía, sonreía más perversamente que nunca.

¡Oh, yo sabré encontrarla!

Ya en camino, reflexioné. Era necesario tomar pre-



cauciones para que la infiel y su cómplice no pudieran escapar.

Cuando llegué al estudio de Tristán, éste salió precipitadamente a recibirme.

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? —me preguntó asiéndome del brazo y queriendo obligarme a tomar asiento en la salita de recibo.

—¿Que qué me pasa? Ven y te contaré —le respondí, mientras trataba de acercarme a la pieza contigua, que yo sabía era, a la vez, estudio de pintor y alcoba de tenorio.

La cortina estaba corrida. Sin embargo, hubo algo que por un segundo me paralizó el corazón. Era el ambiente que de allí emergía. Sí, aquel ambiente yo lo conocía, era el mismo que ella oreaba con su presencia. El perfume que venía del estudio y se me entraba en los pulmones y me envenenaba el alma; era su perfume, el olor de su persona, de su carne, de Margarita.

Cerré los ojos y vacilé. Tristán me tomó con fuerza entre sus brazos.

Mi desfallecimiento no duró un minuto. En el instante mismo en que yo volvía en mí, una ráfaga de aire entreabrió la cortina rápidamente, y percibí, sobre la alfombra que cubría las losas del estudio, desnudo y blanco, el pie de Margarita.

¡Ah, la infame! Y de un salto caí adentro...

Cuando Tristán, sorprendido, llegó junto a mí, yo me cubría, avergonzado, el rostro con ambas manos... En el estudio del pintor lo que creaba aquel ambiente de perfume era un gran cesto de flores recién cortadas.

Una de aquellas flores, un lirio blanco y hermosísimo, yacía sobre la alfombra.

* * *



Jamás he querido decir a Margarita por qué esa mañana, cuando regresó a nuestra casita de amor, encontró roto en mil pedazos, por el suelo, el busto de mármol; aquel busto que elevaba sobre la dorada mesa del espejo su blanco rostro, sonriente y malvado.



EL ULTIMO RAMO

A Federico Uhrbach

Era una tarde de carnaval. La amplia calle, las aceras, los portales y los balcones rebosaban de mujeres vistosamente ataviadas. El panorama contemplado desde lejos, sugería a la extasiada fantasía la idea de una gigante enredadera que, cuajada de flores preciosísimas, trepara las columnas y muros de los edificios hasta alcanzar el techo.

Mi compañero, un poeta, amable cincelador del verso aristocrático, tendió su vista de águila para abarcar los garridos atrincheramientos de las beldades, y luego, con fruición no exenta de cándido orgullo, contempló nuestros pertrechos de asalto. Una montaña de flores colmaba la elegante victoria. Procedimos al orden de batalla: claveles, pensamientos, miosotis, en manojos primorosos, serían simples proyectiles, y tuvimos por granadas explosivas, de uso especial, los pomposos ramos de crisantemos y los de olientes rosas.

Yo dicté el plan general: nada de tonterías, que no haya un solo desperdicio, que no se diga de un derroche imbécil. A las bonitas únicamente, y adelante.

En menos de dos horas nuestro almacén de guerra se vio exhausto. Sólo un ramo quedaba. Era un precioso ramillete de rosas en botón que ambos habíamos respetado por acuerdo tácito, sin duda por ser el más hermoso.



—¡Para la más bella! —dijo mi generoso compañero al cedérmelo, con el deslumbramiento de las rosas en sus grandes ojos de poeta.

—¡Para la más bella! —repetí enardecido.

Y de pie en el carruaje que avanzaba al paso, comenzamos la revista de las beldades. Este ramo... ¡Oh!, este ramo no saldrá en ningún caso de mis manos, pensaba, sino para rodar hecho alfombra a los pies de una Exquisita.

De pronto, una grande ola humana, hirviente y ruidosa, en el delirio de la fiesta, detuvo nuestro coche. En aquel punto, la gigante enredadera, a ambos lados de la calle, se estremecía bajo un inmenso soplo de febril entusiasmo, mientras en una ventana asomaba tímidamente su cabeza una mujer aislada. ¿Qué edad tendría? Imposible precisarlo, pues era uno de esos originales enigmáticos que la misma adolescencia sorprende con la frente surcada de arrugas, y lo que es peor todavía, con el alma henchida de penas y de lágrimas. Infelices viajeras de la vida, extranjeras aún en sus mismas caravanas, que llegan al término fatal sin que una vez siquiera la amistad las acaricie entre sus brazos, ni el amor las bese en la boca.

Asomábase ésta a su ventana en la actitud medrosa de su vida siempre humillada; y en su marchita frente, en la expresión de sus ojos desolados, en la contracción de los labios, había algo de una infinita tristeza, insólita. Mirándola así en la fascinación de aquella fiesta que jamás fue para ella, de aquellos homenajes que nunca le habían sido tributados, de aquellas aclamaciones que su miserable feminidad no había alcanzado ni una vez... Mirándola así aspirar aquel ambiente que en sus pulmones debía penetrar cual hálito ponzoñoso de dolor, de injusticia, de inconformidad, sentí como la alucinación de un



gran martirio, de un martirio lento, silencioso, cruelísimo, nunca reparado por nadie, y como un devoto de la suprema compasión, arranqué mis rosas y las arrojé en pétalos sobre aquella frente abatida.

Mi compañero me estrechó en sus brazos.



LA DOMADORA

A José E. Rodó

Derrochados que fueron en empeño inútil de seducción, los regalos costosísimos, las ovaciones estruendosas, las súplicas, las promesas, los juramentos, el noble mancebo hubo de rendirse a la tiranía de su pasión, y un día, como trompetazos de escándalo, resonaron en la Corte los esponsales del joven marqués de Valle Alegre con Gilda la Domadora.

Y como su cuñado, el grave senador, pretendiera hacerle algunas reflexiones respecto al origen de la novia, contestóle así, al principio, con tono alegre el apasionado doncel: —Sí, ya sé que la misma Gilda ignora quién fuera su progenitor; mas yo que he estudiado el caso por lo que me atañe, puedo afirmaros con orgullo que la estirpe de mi amada es muy superior a mi rancia estirpe.

—¿Os burláis?

—De ningún modo.

—¿Y en dónde podría yo beber el agua encantada de esa preciosa fuente de información?

—En el mismísimo museo del Louvre. Después venid conmigo, y a poco de reparar en mi novia, con ojos de artista observador, fuerza os será confesar que sólo una descendiente legítima de la Suprema Belleza ostentaría tan exquisita semejanza con la Venus de Milo.

—Cuidado, Marqués, no sea esa peligrosa hermosura



la única dote atávica que de Afrodita os aporte vuestra esposa.

—Basta, senador, que cualquiera que no fuerais vos pagara bien cara la osadía del pronóstico.

Y se separaron, adusto el uno, torvo el ceño del otro.

Por alegre acuerdo dispusieron los dos enamorados que la boda se efectuara en la barraca. Y allí fue la brillante ocasión del arte decorativo para lucir talento y gastar caudales en el embellecimiento de aquel raro nido de amor. Mas, si la economía fue proscrita como ignominiosa pordiosera, en cambio la discreción más absoluta fue exigida por el Marqués como cláusula primordial de su contrato con los artistas.

En tanto, la anhelante curiosidad de las damas de la Corte, irritada por el misterioso silencio que envolvía a la barraca, inventaba los despropósitos más absurdos. La una sabía, por información que no admitía posibilidad de error, que cada mañana el Marqués, vestido de «clown», gastaba largas horas en hacer peligroso aprendizaje sobre un elevado trapezio; la otra hablaba cavernosamente de alquimia, hechicerías y nigromancias; y una tercera, bajo la fe de su juramento, afirmaba tener sobornado a alguien «de adentro», que le contaba cómo el noble amante luchaba pecho a pecho con el oso, tiraba de las orejas a la pantera, y consentía que Azís recostara la cabeza en sus hombros y se durmiera: Azís, el león nómada, el celoso favorito de Gilda.

Repartieronse, por fin, las invitaciones para la boda. Excepción hecha del grave senador, todas las relaciones del Marqués se apresuraron a concurrir a la ceremonia, con la evidente seguridad de que allí se les serviría plato muy sabroso en que saciar su voraz murmuración. Mas, al entrar en la barraca, atónitas se quedaron, y la breve boca que traía un sarcástico mohín de interrogación en la punta de los labios, si desplegó su púrpura fue para un acento circunflejo en homenaje de sorpresa y admi-



ración: la barraca era el poema realizado de una fantástica leyenda oriental, un cuento maravilloso de las Mil y Una Noches, la gruta encantada del país de los gnomos. Y la heroína de aquel poema, el hada de aquel cuento, la maga de aquella gruta era Gilda. De las orgullosas patricias que habían acudido allí como a un torneo para ostentarse, justar en lid de coquetería, triunfar y sonreír, no hubo quien no palidciera de rabia o envidia ante la Domadora, que a todas eclipsaba, ya por su hermosura, ya por su arrogancia, ya por la deslumbradora riqueza de su toilette.

La ceremonia terminó sin ningún otro incidente que el susto que causó en la remilgada concurrencia un poderoso rugido de Azís el favorito, quien, por empeño de su dueña, había alcanzado que su jaula fuera instalada en una pieza contigua a la alcoba nupcial. Y como no se halló otro motivo que sirviera de pasto a tanto diente menudo y blanco, de miel a tanta lengua afilada y roja, fue el extemporáneo rugido el objeto de los comentarios.

—¡Qué ocurrencia de gitanilla, plantarle al novio allí, como un ayuda de cámara, aquel espantoso león!

Por la mañana, al dejar su mitad de blando lecho, Gilda hizo resonar en la barraca su canción como un clarín de alegrías. Besó dos, tres, muchas veces la hermosa cabeza que aún descansaba sobre la almohada, y en tanto que él volvía a dormirse, corrió a saludar a sus amados compañeros de bohemia y de gloria.

—Azís, mi buen Azís, ¿qué tienes? ¿Por qué estás triste? Y le golpeaba el anca, y le peinaba la guedeja con sus dedos cargados de sortijas, y le abrazaba el cuello. Después fue a los otros. Al verla, el mono hizo mil cabriolas, el oso gruñó dulcemente, la pantera le lamió las manos, y los pájaros rompieron en una orquesta que era como un concierto de alabanza a su juventud y a su hermosura.

De súbito, algo se escuchó que hizo estremecer de espanto a la Domadora. Fue como un pavoroso rugido que



ahogara entre sus potentes vibraciones las notas tristísimas de un lamento.

En un salto llegó Gilda a su alcoba. ¡Horror!... El pecho del adorado era una fuente de la cual surgía a borbotones toda la sangre de sus venas. Y la gitana, que era ahora otra fiera, se abalanzó sobre Azís, para estrujarlo, para pisotearlo, para pulverizarlo.

Ya las manos, extendidas como garras, le habían asido violentamente la melena. El león ni siquiera intentó defenderse. Tan sólo alzó los ojos y los fijó en Gilda. ¡Qué mirada aquella! Qué mirada tan llena de sumisión y dulzura, tan llena de algo muy raro, de algo nunca visto, algo que era luminoso como el amor, y más triste que la queja, más triste que el lamento, más triste que el sollozo, más triste, mucho más triste que el reproche...

La Domadora bajó lentamente la cabeza hasta tocar con ella la frente del león, y así estuvieron abrazados y confundidos un breve rato. Cuando Gilda alzó el rostro, dos lágrimas corrían por sus mejillas, mientras una fresca mancha de sangre lucía sobre la extraña sonrisa de su boca como una orgullosa enseña de triunfo desplegada al sol.



LA LECCION DEL CAOS

A Manuel Díaz Rodríguez

Al choque de las copas y la algazara de los brindis, habían sucedido las chispeantes narraciones de la bohemia y los cuentos de aventuras.

Tocábale su turno a Raúl, a quien ya conocéis: el más apuesto y afortunado doncel de nuestra bulliciosa juventud.

Y con acento que la emoción de los recuerdos hacía halagador y tierno, dio principio a la historia de su primer amor.

Ella, como yo, contaba quince años. Se llamaba Ondina. ¡Qué hermosa era! Tenía dorado de sol en los bellos, blancura de lirio en la tez, azul de cielo en los ojos, sonrosado de caracol en las mejillas, rojo de sangre en los labios, olor de ámbar en la nuca, florescencia de espuma en el seno, y atrevimientos de voluptuosidad en las formas.

Una tarde, su tío, el maestro de escuela, comenzó la clase así: «El caos, señores...» ¡Qué pedante era aquel maestro de escuela!

Pero frente a mí, mirándome mucho y sonriendo dulcemente, estaba Ondina, que aquella tarde tenía, más que nunca, azul de cielo en los ojos y rojo de sangre en los labios.

Y contemplándola olvidé la clase, y cuando me interrogaron no supe explicar «la derrota de las tinieblas he-



ridas por la luz»... ¡Qué pedante era aquel maestro de escuela!

Después, al abandonar el plantel, mis compañeros se mofaban de mí que me quedaba solo y en penitencia porque no sabía la lección del caos.

Y en penitencia estuve, y solo, hasta la hora en que Véspero se inclina para besar a su amada melancólica: la Noche.

A esa hora llegó Ondina.

—¡Carlos, tú aquí todavía! ¿No sabes aún la lección?

—¡Oh, sí, ya la sé!... Y hundí mi rostro en las espesas ondas de sus cabellos, y besé su nuca hasta embriagarme de olor de ámbar.

La venda había caído de mis ojos, y atropelladas por raudales de luz, de mi cerebro de adolescente huían despavoridas las densas sombras del misterio.

Sin embargo, ¿podéis creer, amigos míos, que yo, que tan esplendorosamente había comprendido en esa noche «la derrota de las tinieblas», no supe al día siguiente la lección del «caos»?

Y al abandonar el plantel, mis compañeros volvieron a mofarse de mí, de mí que me quedaba solo y en penitencia; pero esperando con ansia febril la hora en que Véspero se inclina para besar a su amada melancólica: la Noche.



TIRANIAS

A Froilán Turcios

Buena viejecita, buena viejecita, siempre triste y llorosa siempre, dime, ¿dónde murió tu hijo?

—Mi pobre hijo murió en las horribles prisiones de Siberia. El Zar, el infame Zar de Rusia, lo sepultó, cargado de cadenas, bajo montañas de hielo, para apagar en aquel ardiente corazón de patriota su odio al tirano de nuestra desventurada Polonia.

—¡Qué muerte tan dulce tuvo tu hijo, buena viejecita! Pereció en las horribles prisiones de Siberia, sepultado su ardiente corazón de patriota bajo montañas de hielo; pero odiando hasta el último latido al infame Zar de Rusia, su opresor, Infeliz, ¡ay! infeliz de mí, que muero, como tu hijo, entre cadenas; pero amando hasta el último latido a la tirana que amontona sobre mi ardiente corazón todo el hielo de su ingratitud y su desdén.



ENTRE ELLAS

A Manuel S. Pichardo

En la elegante alcoba de una de nuestras damas más hermosas y distinguidas, charlaban y reían cuatro amigas a la siguiente tarde de una noche de baile. Entre ellas, Clara de Peñafiel, Amalia Garcés de Monte Verde, la viudita Julia de Ríoalto y Elena de Brabante.

Son las dos primeras tan conocidas en nuestro gran mundo, que incurriría en delito de necedad quien intentara suministrar noticia alguna sobre el fastuoso tren de vida que ambas arrastran. No por su riqueza, sí por su hermosura, sí por su elegancia, sí por su talento, las rivaliza y aun algunas veces logra eclipsarlas la encantadora Julia. En cuanto a Elena de Brabante, si por joven no la conocéis, sin duda habréis escuchado ya el clarín que pregona su belleza y su gracia, y hasta su exquisita candidez, a pesar del año cumplido que lleva de casada.

Nunca descuidé la oportunidad de escuchar tras la cortina estas conversaciones íntimas del elemento femenino. Algunos consideran la acción poco delicada, pero los incautos que así piensan no miran en la mujer lo que ella es: una encarnizada y pérfida enemiga, a quien se debe acechar en todo instante para no dejarla sorprendernos a ninguna hora.

—¿Qué os contaba Fernando, algún pequeño escándalo? —preguntó Clara a la de Monte Verde.

—No; acercóseme tan sólo para inquirir mi opinión



sobre un tema de amores que discutía con vuestro joven amigo Raúl.

Si la entonación con que fueron subrayadas las últimas palabras no hubieran bastado a señalar un nuevo pecadillo de la hermosa señora de Peñafiel, sin duda que el repentino calor que le empurpuró el semblante la hubiera delatado.

—¡Hola! —exclamó Julia—. ¿Con que ya Raúl se permite opinar en amores? Mucho progreso y desenfado es ese para quien hace aún tan corto tiempo cumplía sus veinte años en un colegio. ¿Y qué discutían?

—Sí; ¿qué discutían?...

—¡Bah!, tranquilizaos. No es ninguna de esas arduas cuestiones psicológicas que tienden a dar al traste con nuestro amable imperio femenino. Por el contrario, la argumentación de Raúl deja comprobada aquella dulce ingenuidad que vos elogiabais tan apasionadamente en mi té del martes último, ¿os acordáis, Clara?

Por única contestación la aludida se sonrió deliciosamente. Verdad, verdad que esa sencillez, que ese candor, que esa asombrada inocencia de Raúl constituía su mayor encanto.

—¿Y bien?...

—Raúl pretende que el amor no es según quien lo inspira, sino según quien lo siente.

—Vaya una ingenuidad.

—¿Acaso no es así? —insinuó tímidamente Elena de Brabante.

—No —dijo Amalia.

—¡Imposible! —exclamó Clara.

—¡Nunca! —afirmó Julia.

—¿Por qué?

—Porque entonces...

—¿Entonces?...

—No podrían existir esas situaciones delicadas que tan a menudo son, en el alma de la mujer, su encanto y



su angustia, su delicia y su tormento, su alegría y su inquietud, haciéndonos vivir a un tiempo mismo y en un mismo día, dos y hasta tres vidas distintas y opuestas.

Los hermosos ojos de Elena expresaban la más profunda sorpresa.

—Juro que no os entiendo.

Las otras se rieron. Y Clara, su antigua compañera de colegio, le habló así:

—Oyeme, pequeña. ¿Recuerdas las lecciones del joven abate Marsillac? Pintábanos con tan vivos colores la peligrosa seducción de Luzbel, que tú, en más de una ocasión, me hablaste de la atrayente semejanza que pretendías encontrar entre nuestro hermoso profesor y el ángel rebelde, y fuerza me era de noche acompañarte en tu celda, para evitarte, entre mis brazos, las alucinaciones que padecías creyendo tu cuerpo entregado a Satán mientras tu alma permanecía en el Señor.

Todos aquellos palpitantes recuerdos de su vida de colegiala bañaron de indecible rubor la blanca frente de Elena. Sí, se acordaba..., se acordaba de esas y de muchas otras cosas...

Amalia contó a su vez:

—Sé de una amiga nuestra que nunca ha podido amar a un solo hombre, porque una extraña e insuperable fuerza de compensación la obliga a buscar en el uno las cualidades contrarias que faltan en el otro. Y así, en duelo desigual, por su causa, murió un dulce y tímido poeta a manos de un arrogante y fiero militar; y también por su amor, el noble príncipe de un país del Norte, alto, vigoroso y rubio, en una noche oscura, sintió penetrarle hasta el corazón todo el acero de un primer espada, ágil, nervioso y moreno, quien, pensando en su dama, subió a la horca, y sonreía..., sonreía...

A pesar del tono placentero con que fueron narrados ambos tristísimos episodios, las tres amigas comprendieron que la hermosa y correcta señora de Monte Verde



acababa de confiarles dos páginas sangrientas de su vida elegante.

—¿Entiendes ahora, Elena?

La interpelada vaciló antes de contestar; después, con una voz que la emoción henchía de vibraciones misteriosas, preguntó a su vez:

—¿Conocéis a Gastón?

—¡A Gastón de Brabante!...

—Sí; ya sé que le habéis visto, ya sé que habéis hablado con él, que le habéis tratado, y sé también que conocéis su vida porque está escrita a rasgos de proezas gloriosas en los anales de nuestras guerras. Pero no sé si habéis reparado que es el más amable de los héroes y el más arrogante de los hombres, que tiene los cabellos rubios, no como el oro, sino como el sol; la frente blanca, no como la leche, sino como el mármol; los ojos azules, no como el cielo, sino como el mar; y que es erguido, no como una palma, sino como una montaña. Así, la noche de nuestras bodas, cuando veníamos para el nido que su amor me había preparado, hubo como un milagroso incendio de sombras, la noche se hizo día, y los árboles, los balcones, las almenas y las altas torres se inclinaban para vernos pasar, y me felicitaban.

—¡Y bien!... —exclamó la impaciente Julia interrumpiendo aquella loca peroración de enamorada.

—Y bien, que ese hombre tan aparentemente dotado para inspirar un amor que fuera como una magnífica explosión de aurora, un amor que fuera como una irresistible invitación a la alegría, al placer y a la vida, es la más absoluta negación de vuestra célebre teoría.

Estas últimas palabras, aunque pronunciadas con el acento de una vaga y tierna melancolía, rebosaban sarcasmo.

Las tres oyentes, como heridas por el más inesperado de los desastres, se miraron entre sí con estupor.

¡Qué!... ¿Era esto posible? Y ellas que le envidiaban



aquel esposo, tan amante al parecer, y tan lleno de vida, de juventud, de lozanía. ¡Oh, tristecita, cuán digna de lástima era!

Entonces, Clara, con el derecho que le concedía su larga intimidad de colegio, la tomó en sus brazos y después de besarla apasionadamente en la boca, preguntóle:

—Dinos, ¿desde cuándo vienes sufriendo en silencio tu desgracia, infeliz?

—¿Qué desgracia?

—Esa que hace a tu esposo una negación absoluta de nuestra teoría.

—Mas, ¿es esto una desgracia? No y mil veces no. El sol que nos ilumina es muy hermoso, ¿quién osará negarlo?; pero cuánto más hermoso lo hallaríamos si nos fuera dado contemplarlo desde las tinieblas del no ser en un viaje de regreso a la vida. Cristo es Dios, no por su sabiduría infinita, ni por su bondad eterna, ni por su doloroso paso por la *vía crucis*, en donde la huella de cada caída fue una estrella, ni por la suprema gracia de su perdón desde lo más alto de la agonía, sino por su muerte y su gloriosa resurrección... ¿Que desde cuándo data esta felicísima desgracia mía? Pues desde aquella hora que ya os conté. Figuraos que esa noche el amor que mi Gastón inspira, en vez de producir ante mis ojos asombrados la maravilla de una explosión de aurora, los cerró blandamente..., blandamente, bajo el ala de su caricia..., sumergiéndome en la inconsciencia de una muerte, que no por breve fue menos deliciosa, y que era como un sopor dulcísimo, como un sueño en los umbrales del paraíso, a la sombra del más joven, vigoroso y fragante manzano en flor.

Las tres amigas prorrumpieron en una alegre carcajada, mientras Elena escondía en el seno de Clara su lindo semblante enrojecido.



EL CASTIGO

A Gastón Deligne

Desde los balcones del Casino, el extenso paseo, inundado de gente, parecía la paleta desordenada y brillante de un dios que fuera artista y loco.

A la distancia, los trajes de las damas confundíanse con los abigarrados disfraces, y muchas veces, lo que al principio parecíanos hermoso cesto de flores, resultaba, de cerca, vehículo cualquiera que en haz apretado conducía, pongo por caso, un Mefistófeles, dos pierrots, un arlequín y un polichinela.

Los carruajes avanzaban al paso, detenidos a cada instante por las olas de la muchedumbre. De muchos de ellos volaban, como flechas dirigidas a nosotros, epigramas y agudezas de la ocasión.

—¿Cuál de los dos es el Judas?

—¡Qué par de anzuelos tira el diablo para pescar incautas!

—¡Cuán mal acompañados están entrambos!

Un dominó que conducía con mano ejercitada las riendas de una carroza llena de enmascarados, gritó sin detenerse:

—Oye, poeta malvado, aquí va tu víctima.

Mi compañero se estremeció. Aquella broma casual había dado en el blanco.

Y, desde tal hora, ociosos fueron cuantos esfuerzos empeñé para sustraerle a esa sombría abstracción en que



su espíritu se hundía de continuo, aun en el vértigo de la orgía.

Yo le contemplaba con dolor. Cuánta diferencia, ¡ay!, entre este taciturno compañero y aquel camarada de otros días, alegre, decididor y genial, que con tanta gentileza prendía su inspiración alada en el corazón de una mujer hermosa, como clavaba su ágil acero en el pecho de un adversario.

Todos ignorábamos la causa de este cambio en el carácter de Carlos. Rico y hermoso, célebre por sus aventuras, sus duelos y sus románticas extravagancias, a la par que por el triunfo de sus versos, muchos sospechaban que aquella brusca transformación era cansancio; su sombría tristeza, flor de hastío; hez de saciedad, la amarga sonrisa.

—¡Oh, juventud, juventud —exclamé—, qué hermosa eres! ¿Recuerdas, amigo mío?

Carlos me asió bruscamente del brazo y dijo con la más honda emoción:

—Sí, me acuerdo, me acuerdo... Ella vino a mí y me invitó a bailar. Accedí, no tanto por cortesanía, cuanto por curiosidad. ¿Quién será esta mascarita fina, nerviosa y delicada? Su disfraz de corte caprichoso dejaba al descubierto el nacimiento de los hombros, y bajo el magnífico toisón de los cabellos, rodando en ondas hasta la cintura, el cuello parecía doblegarse con esa gracia llena de timidez que es como un encanto especial de la mujer a los quince años.

Un breve antifaz de raso negro con lentejuelas de oro, que contrastaba encantadoramente con el rojo encendido de la fresca boca y la blancura de los dientes, añadía, a la vez, nueva seducción a su misteriosa belleza y mayor incentivo a mi ardiente curiosidad.

Sobre el motivo de una flor que abría en su seno comenzó mi galantería. La dije mil cosas banales, al principio; pero después, arrastrado por esa irresistible influen-



cia que en mis nervios ejerce un ambiente de música, perfume y alegría, mi palabra tornóse insinuante y ardorosa. ¡Oh, lo juro!, al menos en aquella hora, las frases que brotaban de mis labios eran sinceras. La amaba, la amaba. ¿Sin conocerla? Sí, sin conocerla, y tal vez, ¡ay!, por eso mismo: sin conocerla...

Ella me oía con arrobamiento. Fuertemente estrechada, mientras la orquesta ejecutaba un turbulento vals, yo la sentía palpar sobre mi pecho, y era su corazón como un ave que rompiera sus alas en la reja de su cárcel.

Al principio costábale esfuerzo responder a mis preguntas. Comenzaba una frase y el rubor se la cortaba dos, tres, cuatro veces, y sólo a fuerza de astucia, de pérfidos halagos y de engaños, logré que fuera cediendo hasta confiarme su secreto; me amaba, me había amado sin haberme visto jamás, y a causa de mis versos, que ella leía de noche y repetía después de acostada, como se dice una oración querida. Por conocerme había concurrido a aquel baile, donde estaba segura de encontrarme, porque su corazón se lo había predicho, y su corazón siempre le era fiel.

Tanta candidez ni me detuvo ni me impresionó siquiera. Por el contrario, mientras ella, con su ingenua confesión, ponía tan de manifiesto la blancura de su alma, yo perfeccionaba el plan de la más siniestra emboscada. Tomé de una silla un amplio capuchón color rosa, que alguien había dejado allí abandonado, se lo eché encima para hacerla inconocible de los suyos mismos, y con aquella insolente audacia que todos vosotros me aplaudáis como una cualidad bizarra, la saqué del baile y la hice entrar en mi coche.

Y más tarde, cuando ella, sintiéndose feliz en el abismo adonde mi cobarde empellón la había hecho rodar, quiso arrancarse el antifaz, mi mano la detuvo.

—¡Oh, no! —la dije—. ¿A qué desgarrar el ropaje más hermoso de esta ilusión? ¿Por qué romper el ensueño?



Tu frente, tus ojos, tus mejillas, sin duda son cosas muy bellas; pero que de fijo he visto ya en alguna otra parte, y de las cuales quizás estoy saciado; mientras que tu incógnito, tu misterio, la absoluta ignorancia de tu nombre y tus facciones, será el único placer de mi vida que no me cause disgusto o aburrimiento.

Aquellas palabras le produjeron un efecto mortal. Murmuró algo que no entendí, me rechazó con horror, abrió la portezuela y se lanzó a la calle, hundiéndose en la sombra de la noche. Nunca más la he vuelto a ver...

—Sin embargo, Carlos, no encuentro que ese episodio valga tu infinita tristeza —observé por calmarle.

—Espera, espera.

Y de su cartera sacó un papel amarillento, que decía:

«El fruto de tu maldad ha nacido. Es un varón, que llevará un nombre honrado, el de aquel que a pesar de mi falta me hizo su esposa. Como por un refinamiento de tu perversión moral no quisiste conocer a la madre, tampoco conocerás al hijo. Ese será tu castigo.»

—Ahora, dime: ¿cuál de esos que van por la vida, entre esa muchedumbre, es mi hijo?...



ERNESTO DE ANQUISES

A Dulce María Borrero de Luján
Homenaje)

Los que sobreviven de la brillante juventud que hace veinte años poblaba nuestros salones y llenaba los teatros y conciertos, no pueden haber olvidado a Ernesto de Anquises, aquel extranjero, orgulloso, derrochador y excéntrico, que en dos años de vida elegante se captó entre nosotros la envidia encubierta de los hombres y la admiración gloriosa de las damas, las cuales, a causa quizá del color marmóreo de su tez y de la soberbia hermosura de sus facciones, le llamaban «el pálido Luzbel».

¿Quién era? De ¿dónde había salido? Por saberlo, así como por indagar el motivo de la eterna tristeza grabada en su frente, la encantadora viudita Natalia de N... habría sacrificado gustosa una temporada entera de sus noches de triunfos.

Pues bien, de este Ernesto de Anquises es la historia que voy a referir con todos los detalles que escuché de sus labios una noche lluviosa y fría de diciembre.

* * *

Cuando la novia se presentó en la sala donde se nos aguardaba para proceder a la ceremonia nupcial —comenzó Ernesto de Anquises—, un murmullo de admiración brotó de todos los labios, y crecido en onda rumo-



rosa agitó los ámbitos del salón. ¡Cuán hermosa era y qué bien resaltaban sobre el traje inmaculado y bajo la diadema de azahares el color sonrosado de su faz y el oro pálido de sus cabellos! Y en tanto que yo recogía enorgullecido aquel respetuoso homenaje de la concurrencia, miraba, palpitante de amor, a mi novia.

De repente me estremecí. A mi espalda, uno de los invitados pronunció estas palabras:

«¿La veis cuán bella?... Pues bien; dentro de breves años será una carroña asquerosa, y después un horrible esqueleto.»

¿No es cierto, amigo mío, que en ocasión semejante esta frase resultaba una inconveniencia monstruosa? Me volví, queriendo indagar con la vista a su autor. No le reconocí, y me alegré de que así fuera, ya que el momento no era el más oportuno para demostrarle mi indignación. Bien pronto olvidé este incidente. ¿Quién en mi lugar no habría hecho lo mismo?

Y no lo recordé hasta cinco días más tarde, cuando, absorto en la contemplación de sus encantos, me sentí de súbito asaltado por aquel pensamiento espantoso. En verdad, ¿qué será de tanta perfección luego que el buitre sombrío de la muerte clave sus garras en esta presa tan hermosa, sonrosada y fresca? ¡Bah! ¿Por qué pensar en ello? Y rechacé tal idea como se rechaza una preocupación asediante.

Pero ¿quién aprisiona el pensamiento? ¿Quién le pone cadenas a la imaginación? Esa misma noche, y en el instante en que la amada, en el santuario de la alcoba, rodeaba con sus brazos mi cuello, un rápido estremecimiento recorrió mis nervios. Allí, entre ella y yo, pegada a mi oído, resonaba más burlona y más fría la frase del importuno invitado: «¿La veis? Es una carroña asquerosa, un horrible esqueleto.» Y sentía que aquellos brazos que me acariciaban eran un par de huesos, y los besos de su boca me parecían las mordeduras de unos maxila-



res descarnados, y en lugar de sus ojos yo veía dos cuencas oscuras y profundas, que me infundían pavor.

Después de esa noche... ¿A qué continuar con los detalles de mi conducta infame? Esquivada al principio con disimulo, rechazada más tarde con aspereza, la infeliz esposa, que en vano, ora con súplicas, ora con altivez había tratado de averiguar los motivos de mi extraño alejamiento, principió a languidecer y a sufrir de un mal misterioso, que lentamente fue minando su constitución delicada, y al poco tiempo, postrada ya en el lecho de muerte, mi mirada escudriñadora podía estudiar en su lívido rostro lo que en breve sería aquel trágico montón de huesos.

¿Lástima entonces? ¡Oh, no! Y ella tampoco se engañó. Los demás, los que me veían penetrar a cada instante en su alcoba de moribunda y sentarme callado, sombrío, a la cabecera de su lecho, sí creían en mi dolor; pero ella leía en mis ojos como en un libro abierto, y sabía que yo entraba allí para estudiar, y si posible era, precipitar con mi presencia la consumación de aquel crimen, mudo y espantoso. ¿Cuándo me vería libre por siempre de ella?

Al fin, una mañana de temprano sol alegre, mis amigos me acompañaron a enterrar el cadáver de la que había sido para el mundo mi adorada compañera.

Y cuando una hora después, cumplido este deber, volví a casa, qué satisfacción experimenté al encontrarme solo y libre. ¡Libre por siempre! Y para cerciorarme, para convencerme de mi inmensa dicha, para gozar mi júbilo infinito, recorrí su aposento, buscando y analizando todas esas huellas que la muerte deja al pasar.

* * *

—Y después, Ernesto, ¿no has amado otra vez?

—¿Amar otra vez?... Escucha: cinco meses más tarde



emprendí un viaje. Necesitaba alejarme. ¿Acosado por los remordimientos? ¡Oh, no! Nunca sus sombras fatídicas habían perturbado mi sueño. Pero tenía que huir lejos, muy lejos, adonde me fuera imposible realizar un nuevo anhelo, que se había apoderado de mí con empeño tan tenaz como aquella otra obsesión. Y viajé mucho, muchísimo, internándome en las regiones más apartadas y desconocidas de uno y otro hemisferio. Todo fue inútil, y al cabo de breves años regresé, vencido, subyugado por el fatal dominio de este inquebrantable deseo: quería desenterrarla, tocarla, saciarme en la contemplación de aquel esqueleto que tanto me había hecho sufrir. Y la misma noche de mi llegada corrí al cementerio, soborné al sepulturero y me hice abrir su sarcófago.

Sí, allí estaba... Era este mismo haz siniestro de huesos el que yo sentía, pegado a mí, en las interminables noches de mi suplicio. Estos eran los brazos que hacían nudo de mármol en torno de mi cuello y me ahogaban, esta boca las mandíbulas descarnadas que me mordían, estos ojos las dos órbitas sin luz que me infundían pavor... Y con todos aquellos despojos huí a casa.

Cuando llegué a nuestra alcoba de desposados volví a contemplarlos, y en esta contemplación me sorprendió la aurora.

En el día hice un esfuerzo y salí. Vagué por la ciudad todas las horas del sol, queriendo ahuyentar los recuerdos.

Inútilmente... Aquí estaban, en mi cerebro, como un enjambre de hormigas laboriosas que trabajaban sin cesar. Ya éste me traía un rayo de luz muy suave, que antes había sido una mirada angustiosa; esotro una ondulación triste, y reconocía en ella la última sonrisa amante de unos labios que contraía el dolor; aquel, una nota armoniosa desvanecida en un sollozo, que mi oído recordaba. Después, las hormigas se multiplicaron. Ahora no se ocupaban de simples detalles y trabajaban sin cesar



en la obra completa. Cuando por la noche volví a mi casa la reconstrucción estaba terminada, y como un loco me arrojé sobre aquellos huesos y los besé infinitamente. Sí, esta era... esta era su frente pensativa y hermosa, estos sus ojos grandes, rasgados y brillantes; esta su boca, pequeña y encendida, en donde se anidaban las sonrisas cándidas y las palabras tiernas; estos sus brazos, que formaban dulces cadenas de amor en torno de mi cuello; estos los pies graciosos y breves que supieron de mis ardientes caricias de enamorado. La besaba, la besaba infinitamente. Y bajo el calor de mis labios yo sentía renacer, palpitante de amor, su carne tibia, mórbida y perfumada... ¿Que si he amado otra vez?... Ven...

Con fuerza sobrehumana Ernesto de Anquises me arrastró consigo, abrió una puerta y me hizo penetrar en una suntuosa alcoba. Allí se alzaba un tálamo. Sobre el tálamo dormía un esqueleto.



EL BESO

A Ismael E. Arciniegas

Un día el viejo monarca de los gnomos me dijo:

—Pagado estás, ¡oh, poeta!, del carmín que bulle en los labios de tu amada; mas, si quieres aceptar mi apuesta, convencido quedarás de que un rubí de mi corona humilla el rojo de ese carmín.

—¿Y qué apostarías, señor?

—Mi espada de combate, que ostenta por empuñadura un solo diamante extraído de mis dominios de Golconda, mi lecho de amores, tallado en una esmeralda, y mi carro de topacio, que en irradiaciones vence al sol.

—¿Cuál de mis tesoros te dignarás escoger, ¡oh, poderoso monarca!, en cambio del valor de tu apuesta? ¿Quieres el velo impalpable de mi Musa, o el ritmo arrullador de mis estrofas, que hace palpar de amores el corazón de las vírgenes, o la copa de oro en que los sueños imposibles me escancian su bebida inmortal que ahuyenta la tristeza?

—No, poeta, guarda esas miserias indignas de mi cetro y mi corona. Yo tengo por velo el manto de la noche, cuajado de pedrerías; por estrofas, el ritmo atronador de los torrentes despeñados, y son los volcanes la copa donde bebo el licor de llama que enciende mi sangre y ahuyenta las tristezas. Quiero...

—Habla. Cualquiera que sea el tesoro que me exijas queda aceptado.



—Pues... tu amada misma.

—Mucho pides, y no alcanzarían las riquezas todas de tus arcas subterráneas para compensar el más leve átomo del tesoro que pretendes; pero la apuesta hecha está.

* * *

¡Ay, era muy hermoso aquel rubí arrancado a las entrañas de la tierra, y razón tenía el viejo monarca de los gnomos para mostrarse tan orgulloso del ardiente fulgor que irradiaban las mil facetas de la sangrienta piedra!

¿Fue la timidez, fue la ansiedad de la apuesta? No lo sé. Lo cierto es que mi amada aquel día estaba temblorosa y pálida como nunca. Su boca ya no era la encendida flor del granado, sino un marchito pétalo de magnolia. Perdida estaba para siempre, y en vano se debatía llorosa y suplicante. El viejo gnomo la reclamaba con acento que su repugnante pasión hacía más odioso.

Trémulo de dolor y de impotencia, me arrojé en sus brazos, y en un beso de angustia indecible puse todo mi amor.

El viejo gnomo lanzó un grito horrible, y lleno de rabia huyó a su caverna para devorar a solas la cólera de su humillación.

Mi beso hábíale arrebatado el triunfo, incendiando con su fuego los labios de la amada, que aparecieron, más que nunca, rojos y lucientes.



EL PRINCIPE DEL MAR

A Francisco de Villaespesa

Aquel cuartito de Octavio era un caprichoso museo de exquisitos despojos femeniles. Allí se encontraban trofeos de todas las conquistas, laureles de todos los triunfos.

Pero ni la cajita de palo de rosa, donde alguien había sorprendido el oculto tesoro de la más hermosa y rubia y ondulante cabellera; ni el fino pañuelo de batista que ostentaba una corona de marquesa por blasón; ni el abanico de blonda y nácar, evocador de cierta leyenda sangrienta; ni la blanca liga de desposada...; ni los dos antifaces, negro y rojo el uno, rojo y negro el otro, que aún parecían conservar, frente a frente, la misma actitud hostil que una noche adoptaron al encontrarse en aquella misma alcoba sus respectivas dueñas; ni la sugestiva zapatilla azul que Octavio no tocaba sin besar, digna del breve pie de la Cenicienta; nada, nada mortificaba tanto mi curiosidad como la sarta de lindos caracolitos guardada devotamente en rico estuche de marfil. ¿Acaso este ateo impenitente abrigaba la cándida superstición de los amuletos?

Una noche, por fin, interrogué a Octavio:

—¿Y esto?

—¿Eso?... ¡Ay!, es una historia bien triste la que me pides; la historia de un amor irreal.

Yo miré con extrañeza a mi amigo.



—¿Te sorprende la palabra en mis labios?

—¿A qué ocultártelo?

—Pues escucha: todas las tardes ella bajaba a la playa y allí acudía yo tan sólo por verla saltar descalza, de roca en roca, hasta alcanzar el abrupto peñón que se erguía en el mar, casi a la orilla, frontero al viejo torreón del castillo. Y poniendo aquel soberbio pedestal a su temprana hermosura, se hacía contemplar de las ondas, de las ondas a las que ella hablaba con la gracia y la majestad de una reina enamorada.

¿Qué les confiaba? No sé. Sin duda, embajadas de amor, que las coquetuelas, modulando su canción de espuma, corrían alegres y presurosas a recibir, y presurosas y alegres se llevaban.

Una tarde... ¡Oh!, estaba más bella que nunca. Su flotante cabellera blonda parecía llenar el aire de átomos de oro, y en el azul de sus grandes pupilas se reflejaba algo de la imponente y bravía inmensidad del mar. Traía al cuello esa sarta de caracolitos, que ha sido aguijón de tu curiosidad.

Vino a mí, se sentó a mi lado, sobre el césped, y me dijo:

—¿Sabes que me llaman loca?

—¿Quién?

—Ellas, las envidiosas. Las que odian mis cabellos porque él los besa, y mis ojos porque él se mira en ellos.

—¿El?...

—Sí, el príncipe del mar, mi novio.

Y al decir así sacudió con arrogancia sus cabellos.

—Cuéntame tus amores, preciosa niña.

Miróme breve instante en silencio; después, con acento que un recuerdo doloroso convertía en murmullo, me contó:

—Tú sabes que la tarde que enterraron a mi pobre madrecita quedé sola, sola en el mundo. Yo estaba muy triste, y una noche, para llorar con más desahogo, vine



a orillas del mar y aquí caí dormida. Súpolo el príncipe, y en su carro de perlas, tirado por cuatro tritones; acudió a consolarme. Me rogó que no sufriera, y me dijo que yo era muy bonita y que él se casaría conmigo.

—¿Cuándo es la boda?

—No sé; mucho tarda ya esa hora de suprema ventura. ¡Oh, esperar!... ¡Qué duro es esperar cuando el tiempo no marcha con la violencia con que palpita el corazón!

Y mientras exclamaba así, miraba con sus grandes pupilas azules a las ondas que alegres murmuraban su canción de espuma.

—¿Por qué esperar?

—Mi palacio aún no está concluido. Un palacio hermosísimo de granito, más blanco que el mármol, con galerías de nácar, rutas de perlas y bosques inmensos de coral. Serán mis pajes los delfines, y las ondinas, mis doncellas. ¡Qué feliz voy a ser! ¿No es verdad?

—Sí, muy feliz.

—Todas las noches, durante mi sueño, viene el príncipe a visitarme. ¿Ves estos caracolitos? Cuentan las veces que nos encontramos. Tengo muchos, muchos; ellos alfombran mi cabaña. Hoy estamos a trece y ya tengo doce.

Después prosiguió como en un ensueño:

—Mi príncipe, ¿cuán bello es! Tiene la cabellera negra y ensortijada; la frente, pálida y hermosa; los ojos, tristes y soñadores; el pecho, alto y vigoroso; el talle, elegante y fino; el ademán, firme y cortés. Cuando cierro los ojos y le contemplo tan bello, siento impulsos de correr a su encuentro y lanzarme al mar.

—Te ahogaría.

—No, los tritones me recogerían, y en su carro conduciríanme al palacio; pero temo que mi príncipe se enoje. Y se alejó susurrando dulcemente un canto de amor. Tres días después ocurrió el hecho fatal. Corrí a la



playa, donde yacía tendida sobre el abrupto peñón que tantas veces había servido de soberbio pedestal a su hermosura. Un hilo de sangre corríale por la sien y manchaba de púrpura el oro de sus cabellos; por sus labios, amoratados, parecía aún vagar una sonrisa, sonrisa de mujer enamorada que corre al encuentro del amado, y del cándido cuello pendía la sarta de caracolitos que habían marcado las horas felices de aquel mes.

Los conté: doce. ¡Eran los mismos que me había enseñado! Desde aquel día no había vuelto el príncipe, y la visionaria se había lanzado al mar en su busca.



LA DERROTA DE EROS

A Luis Berisso

¡Oh!, juventud viril, hermosa y galante juventud, que en el esplendoroso salón del baile girabas anoche, incesante, en torno de mi amada, queriendo atisbar tras el fino calado de los encajes aquel blondo lunar que semeja en su seno una luminosa chispa de estrella; oye, atenta, la leyenda de ese lunar, hermosa y galante juventud viril.

* * *

Una mañana, Psiquis la ideal dijo a Eros, el dioscecito triunfador de dioses: hoy es el aniversario de nuestras bodas, ¡oh!, divino esposo, y para celebrarlo flamea ya en la dorada pira el fuego sagrado reclamando las víctimas propiciatorias. Id a la tierra en busca de dos palomas absolutamente impolutas.

Eros bajó a la tierra.

¿Os acordáis vosotras, ninfas epigeas? Una vez Céfiro, sorprendido en la alcoba de mi adorada, alegó, para disculpar su osadía, que el fragante ambiente que allí flota habíale inducido a tomar por los dominios de Flora aquel delicioso sitio.

¡Cómo mintió el rapaz adulando a Flora!

La mansión de mi amada no se embalsama con flores. En su balcón prende una espesa enredadera, sembrada sólo para preservar la alcoba de las ardientes miradas



de Febo. Y si allí se aspira un ambiente más suave y grato que el de todos los vergeles, prodigio es de su cuerpo inmaculado, gracia de su carne irreal, virtud de su propia esencia.

A este balcón llegó Eros, y a través de la tupida enredadera inquirió.

Mal veladas sus formas por la transparente gasa dormía la adorada, mientras los sueños acariciaban y movían blandamente su seno virginal, hecho de nieve imposible, de nieve perfumada y tibia. Y a Eros se le antojó que aquel cándido seno palpitante era un nido en el que se arrullaban dos palomas impolutas, con sendas rosas sangrientas en los picos.

Y presto a cumplir su misión, Eros tomó de la aljaba una flecha, la hasta entonces irresistible flecha de aguijón diamantino, tendió el arco y disparó...

¡Oh, maravilla! ¡Oh, pasmo! Partida en mil pedazos cayó al suelo la vibradora saeta, dejando apenas sobre el cándido seno, hecho de nieve imposible, de nieve perfumada y tibia, ese leve puntito blondo, que en vano tratabais, jóvenes incautos, de atisbar tras el fino calado de los encajes, y que semeja una luminosa chispa de estrella.

Rota la aljaba, pálido el semblante, anegados en lágrimas de indignación los ojos, Eros, el dioscecito triunfador de dioses, voló al Olimpo a ocultar en los amantes brazos de Psiquis su inaudita derrota y su impotente rabia.

Y es que para los dardos del amor mi amada, ¡ay!, lleva una armadura impenetrable: la insensibilidad.



LA CICATRIZ

A Udón Pérez

Se hablaba de amores.

De repente, Juan, aquel viejo lobo de mar que había naufragado seis veces y que narraba con rostro impasible escenas atroces de abordaje, saqueos e incendios, dejó caer su poderosa mano sobre la mesa y exclamó:

—¡Oh, las mujeres!

Nosotros nos miramos. Hacía largo tiempo que charlábamos sin reparar en él, que con la pipa en la mano, permanecía callado, apurando una tras otra, muchas veces, su copa de ginebra.

—Juan se ha dignado nombrarlas; señores, oigámosle.

Las sillas se estrecharon en torno del viejo marino, cuyo rostro se había tornado de taciturno en sombrío, apareciendo negra la honda cicatriz de la frente. Después dejó escapar la pipa y preguntó:

—¿Recordáis a... Pedro?

El nombre le había costado un esfuerzo inaudito, como si al pasar por la garganta la hubiese desgarrado.

Pedro de Montel, ¿aquel brillante oficial de Marina, que murió asesinado villanamente en un café? ¡Cómo no! Hasta yo, que era el más joven, lo recordaba. Y recordábamos el misterio que había dejado envuelto en la más completa oscuridad tan horrendo crimen. Su cuerpo, con el corazón partido, fue hallado en el mismo cuarto donde algunas horas antes había cenado con varios amigos.



Los mozos declararon que el matador, disfrazado de Pierrot, había huido precipitadamente, dejando abandonada en el sitio de la tragedia a una infeliz demente.

—Pedro no murió asesinado; sucumbió en brega encarnizada y fiera, pero leal. Escuchadme: El otro... Al otro llamémosle Julián. Juntos habían llegado de aquel largo y penoso viaje de cinco años, y juntos bajaron a la playa y tomaron el camino de la ciudad. Era una noche de Carnaval, y la algazara de las alegres comparsas conmovía dulcemente el corazón de los dos camaradas, a quienes los recuerdos henchían de placer. Al llegar frente al antiguo café se detuvieron. ¿De quién partió la invitación a penetrar en el lugar maldito? No sé, no lo recuerdo ya. Entraron, y a pesar de aquellos cinco años de ausencia, impresos con tan rudas penalidades y tantos sufrimientos en el rostro de los dos marinos, fueron reconocidos, reconocidos y aclamados por los que allí se encontraban. ¡Qué andanada de felicitaciones! ¡Como que habían salido ilesos de aquel horrible naufragio frente al cabo de Buena Esperanza! ¡Quién lo hubiera soñado, después de tan largo tiempo que se les creía muertos! Fuerza era celebrar la resurrección ante una buena mesa y escuchar, de boca de los mismos héroes, los detalles de aquella aventura terrible.

Pedro se resistía. Aún no había visto a Marina, su hermanita única, a quien él al partir había dejado al cariño de su buena tía, la superiora del convento.

La fatalidad, empero, puso en los labios de aquellos amigos súplicas tan persuasivas, que Pedro se quedó entre ellos.

Cuando se sirvieron los postres, ya los comensales habían «arriado los trapos» de tal manera, que todos, excepto Julián, tenían perdida la brújula. A éste se le ocurrió entonces salir furtivamente del cuarto donde cenaban y deslizarse a la calle. Llevaba su idea. En una guardarrópia de Carnaval vistió un traje de Pierrot, y de



seguida torció rumbo hacia los arrabales. Poco esfuerzo costóle adquirir lo que buscaba. Su hallazgo reunía las condiciones apetecidas: juventud, belleza y descaro. El traje de Colombina le sentaba a las mil maravillas, haciendo resaltar la hermosura de las formas y la blancura de las carnes. Pedro, indudablemente, le envidiaría su buena suerte... Cuando llegó al café, ufano, con su «presa al remolque», la sala estaba desierta, y en el cuarto reservado, Pedro, solo, con la botella delante, cabeceábase como una fragata sin timón.

—Pedro, navecita pirata. (Por este nombre designaban ellos dos a las mujeres del mundo alegre.)

—¡Eh, mascarita!...

No acabó. Colombina dio un grito espantoso y se echó hacia atrás.

Pedro se arrojó sobre ella y le arrancó la careta.

—¡Perdón, perdón!

—¡Marina!... ¡Marina!... ¡Ira de Dios!... Defiéndete tú, que la traes, miserable.

Y una terrible bofetada resonó en el café.

La riña fue ruda y breve. Aquellos dos hombres se lanzaron «al abordaje» con ímpetu feroz. Durante algunos momentos se estrecharon tan fuertemente, que las palpitations del corazón del uno resonaban en el pecho del otro. Al fin, Pedro rodó al suelo como una masa inerte. El «otro», comprimiéndose una gran herida en la frente, huyó despavorido, llevando para siempre en el alma el alma de Caín. ¡Oh, las mujeres!

Y Juan, aquel viejo lobo de mar, que había naufragado seis veces, y que narraba con rostro impasible escenas atroces de abordaje, saqueos e incendios, lloraba como un niño al recordar a Pedro, y se desgarraba la frente queriendo arrancarse de allí la honda cicatriz.



EL RAYITO DE SOL

A Andrés Mata

¡Oh, Silfo, dulce Silfo de los sueños, no retengas hasta después del alba a mi amada en su blando lecho, nido de seda, crisálida de blondas; abrevia, abrevia tus cuentos de hadas, y esas canciones deliciosas que en su alabanza te dijo un barbudo gnomo, príncipe, músico y trovador!

Por la celosía de la alcoba donde se eleva aquel blando lecho —nido de seda, crisálida de blondas— penetró curioso el primer rayito de sol de una fresca mañana de abril. ¡Oh, qué deliciosa mansión! —exclamó, mientras aspiraba con deleite el ambiente que mi amada impregna del aroma de su carne—. ¿Estaré por ventura en el camarín de Primavera, mi hermosa amiga?

Y cautelosamente se acercó al lecho.

Quedóse extático el rayito de sol.

No, no es Primavera, no es mi dulce amiga —prorrumpió en una explosión de sorpresa y despecho en que la envidia se rompía de admiración—. Primavera es más sonrosada, pero menos bella. Ni hay rosa recién abierta que tenga la fragancia de esta flor, que es su boca, ni lirio que rivalizar pueda en blancura con este cándido cáliz, que es su garganta. ¿Será... la Noche? ¡Oh, sí, la Noche es; la bella, la pálida, la casta Noche, con su manto de sombras luminosas!



El deslumbrado rayito creía sombras luminosas el haz incomparable de cabellos esparcidos sobre la almohada en desorden encantador.

He aquí —añadió mientras besaba las negras pestañas que el sueño mantenía unidas—, he aquí las flechas, las sutiles flechas que en las altas horas del silencio hieren de amor el corazón de los mortales felices y que ahora velan la luz de los dos luceros crepusculares.

Si no me persiguieran las Horas importunas con su incesante y fastidioso tic-tac, ¡ay!, con cuánto placer quedaríame en este delicioso sitio.

¿Y por qué no?... ¿Acaso no podré, esta vez siquiera, satisfacer mi deseo, cumplir mi ambición y ser feliz?

Esto diciendo, hizo un precioso mohín de niño voluntarioso, sacudió la ensortijada cabellera en son de reto, plegó las alas, y quedo, muy quedo, se acostó sobre el seno de la adorada, con la frente como hundida entre dos puñaditos de jazmín. Y dulcemente embriagado se durmió...

* * *

Vosotros recordáis, ¡oh, mis camaradas!, aquella mañanita de abril que se prolongó por todo un día. Los graves doctores de la ciencia pronosticaron un cataclismo, y la religión, un castigo. En tanto, mientras las Horas, trastornadas, vagaban en silencio, vosotros para ahuyentar el tedio, huésped importuno de nuestra mesa de bohemios, escanciabais el opalino absinthe, y reáis estrepitosamente de la ciencia, de la religión y de mí; de mí sobre todo, a quien aquel rayito de sol hacía desesperar de celos.

¡Oh, Silfo!, dulce Silfo de los sueños, no retengas hasta después del alba a mi amada en su blando lecho —nido de seda, crisálida de blondas—; abrevia, abrevia tus cuen-



tos de hadas y esas canciones hechiceras que en su alabanza díjote un barbudo gnomo, príncipe, músico y trovador. Que un rayito de sol, ¡oh, dulce Silfo!, no vuelva a provocar las sarcásticas carcajadas de mis compañeros de bohemia, ni a irritar mis celos.



LA CONDESITA DEL CASTAÑAR

A D. Ramón del Valle-Inclán

La pequeña Susana, nueva doncella de la condesita del Castañar, no puede ocultar ni su pena ni su inquietud. Va, viene, se desespera. Ora apoya la frente contra la puerta de la alcoba, donde su joven ama debe estar padeciendo las más espantosas torturas; ora se arranca de allí para no escuchar, para no saber nada. Y se retuerce las manos, y llora en silencio, y reza.

Pobre doncellita, tan compasiva y tan adicta. Hace ya algún tiempo, más de una hora tal vez, que aquella angustia la ahoga, apretándole el pecho hasta rompérselo. Ella hubiera querido estar junto a su ama, prodigándole sus cuidados, consolándola, fortaleciéndola, besándola en los pies; pero la condesa, que bajo el exterior blanco y delicado de un lirio guarda el alma orgullosa de su rancia estirpe, con un altivo gesto impaciente la hizo salir de la alcoba, quedándose sola. ¡Sola con su verdugo!

Sí; un verdugo. ¡Quién lo había de pensar, que aquel señorito de modales suaves, de mirada bondadosa, de rostro tan bello, fuera un verdugo! No era Susana una muchacha curiosa; mas el caso era excepcional, y así fue cómo, al breve rato de haber salido, cerrada ya la puerta de la alcoba, pudo ella escuchar la voz del uno, acariciante, ¿quién lo negaría?, pero enérgica y varonil, y el rumor de la otra, que era como un ruego, como una queja, como un arrullo.



Y tras algunos minutos, que fueron muchas horas de sufrimiento, Susana creyó escuchar súplicas entrecortadas y apagados sollozos. Después vibró la cristalina carcajada de la condesa, cual si hubiese caído presa de una crisis nerviosa.

Y la doncellita se la representaba en el rojo sillón, sin fuerzas, agotada bajo el terrible instrumento, o desmayada quizá sobre la *chaiselongue*, donde ella acostumbraba a reclinarsse en las horas del bochorno.

Escuchad...

Esta vez el eco repercutía claro, distinto: aquellas eran súplicas, eran sollozos, eran dulcísimos lamentos.

¡Dios mío, Dios mío! Y el señor conde ausente, como todos los días, a esta misma hora.

Resonaron pasos en la alcoba. ¿Por ventura habría todo terminado?

De un salto Susana se apartó. No quería ser sorprendida allí, junto a la puerta, en asechanza, como una vil espía. ¡Eso, jamás! La indiscreción de una doncella fue siempre el vicio más detestable a los ojos de toda dama principal. Ni quería tampoco alejarse demasiado, sino mantenerse a la mano por si su querida señora tenía necesidad de algún cuidado. Y para verla también. ¡Oh! Debía estar muy interesante con sus rubios cabellos en desorden, la faz pálida, los ojos tristísimos, y en los labios la huella del infame instrumento torturador. Por fortuna, ya nunca más se necesitarán los servicios de este señorito, que a pesar de su hermosura y su distinción es un verdugo.

La puerta se abrió y aparecieron...

Ella... En verdad os digo que estaba interesantísima, encantadora, exquisita. El adorable desorden de sus cabellos precipitábase en cascada por los hombros como una prodigiosa lluvia de fuego, y bajo sus reflejos la blancura de la garganta adquiriría el tono esplendoroso de la nieve intocada.



Pero no, la condesita no estaba pálida, sino encendida como una ardiente amapola, y eran sus ojos dos estrellas alegres, y tenía los labios húmedos, húmedos y brillantes cual si hubieran devorado mucha miel, toda la miel de un riquísimo panal.

El le tendió la mano, preguntándola:

—¿Cuándo podré volver?

—Mañana... Todos los días, a esta misma hora.



VENDETTA

A Manuel F. Cestero

Y mientras yo, con asombro, le escuchaba, el poeta proseguía :

Así, transformando e impregnadas del veneno de mis rencores las potentes garras, hendí los aires y penetré en su alcoba.

Ella dormía. Sobre la candidez del lecho destacábase, más blanca aún, su olímpica belleza, que sólo la castidad del desnudo protegía, envolviéndola como un impalpable velo esplendoroso. La contemplación de tanta maravilla capaz era de rendir la más heroica voluntad, tornándola en humildísima adoración, y temiendo por todos mis odios y por mis terribles juramentos de venganza, desaté mis ímpetus...

El ruido de mis alas la despertó. Al verme alzó los brazos en brevísimo ademán de ruego y quiso incorporarse; mas me lancé a ella con tan violento impulso, que apenas si tuvo tiempo para dirigirme su última mirada. Una mirada indefinible, llena de amor tristísimo, póstumo, imposible...

Mis potentes garras se habían hundido en su seno hasta encontrar el hondo corazón, y la sangre salía a borbotones, pintando de rojo la muelle almohada, los blancos linos de la cama y el leve cortinaje de gasa. Después corrió por la alfombra, inundó la alcoba y subió alegremente, alegremente, como el agua de una fuente rumo-



rosa. En la marejada de sangre los muebles flotaron cual despojos de una embarcación deshecha. Y flotó también el lecho, y sin abandonar mi presa azoté el oleaje con mis alas, y me bañé en sus ondas de púrpura, perfumadas y calientes...

La embriaguez de este supremo goce me produjo el vértigo.



LA INOLVIDABLE

A Enrique Henríquez

Tic-tic. Tic-tic.

¿Quién osaba turbar con aquel ruido el dulce sopor de la siesta?

No sería por cierto *Michulinda*, la traviesa gatita blanca, que tenía de su ama la brillantez de los ojos, visibles en plena oscuridad, la piel llena de voluptuosidades eléctricas, el andar silencioso, como quien va de caza, y las garras siempre ocultas y dispuestas siempre al arañazo traidor. *Michulinda* hacía una semana ya no retozaba con las breves pantuflas de armiño, ni saltaba a la cama, ni se escondía tras los pesados pliegues del cortinaje de damasco. Una mañana, su ama hizo llamar al tapicero y le dijo:

—Llevaos a *Michulinda* y preparadla con esmero; la quiero para descansar mis pies.

El buen hombre dejó asomar a sus ojos toda la interrogación de su asombro; mas ella abrió los labios en una sonrisa y enseñó sus dientes, menudos y crueles. El buen hombre tembló y se llevó a la gatita. ¡Pues era claro! ¿Quién la iba a contradecir cuando ella se ponía nerviosa?... Y allí estaba, extendida delante del lecho, la suave piel blanca, que aún conservaba raras voluptuosidades eléctricas.

* * *



Tic-tic. Tic-tic.

El importuno ruido continuaba. Y no lo producía tampoco *Fru-Frú*, el diminuto pájaro-mosca, que tenía de su ama la ligereza del vuelo, la volubilidad del gusto y la pequeñez del corazón. Su jaula era toda la alcoba, en la cual revoloteaba incesante, y para su regalo, porque era exquisitamente goloso, picoteaba en la boca y en el seno de la Adorada ya un clavel sangriento, ya dos albos lirios gemelos.

Una tarde su ama hizo venir a la modista y la dijo sonriente:

—Tomad a *Fru-Frú* y ponedlo con las alas abiertas en el sombrero de primavera que me estáis adornando.

Y la modista, enjugándose una furtiva lágrima de compasión, obedeció sin chistar. ¡Pues era claro! ¿Quién no se sometía a su capricho cuando ella ordenaba, sonriendo de cierto modo?... Desde entonces, allí, sobre el precioso sombrero de primavera, lucía *Fru-Frú* el azul cambiante de su plumaje, y era, con las alas abiertas y el cuello tendido, su actitud presuntuosa la de una feroz ave de rapiña que volara a hacer presa en la sonrosada orejita, parecida a un pétalo de rosa.

* * *

Tic-tic. Tic-tic.

Veamos, veamos quién es el que así se atreve a interrumpir la tranquilidad de la siesta, obligándome también al recuerdo de la Pérfida, cuya imagen ya he jurado olvidar a todo trance.

Y Gontrán saltó del lecho.

No hubo de impacientarse buscando demasiado; era el reloj de oro, el elegante cronómetro inglés, que ostentaba en su tapa interior una preciosa miniatura de la Amada, obra páciente de un ilustre cincel.

Ni siquiera vaciló para escoger el arma que había de



servirle contra la frágil prenda, y la preferida fue desde el principio una enorme maza de combate, que había perdido su forma sobre muchos yelmos sarracenos cuando Godofredo de Bouillón rescataba el Santo Sepulcro. El ponderoso acero cayó terriblemente sobre la delicada joya, pulverizándola.

Después Gontrán se vistió malhumorado y se echó a la calle.

* * *

Era la media noche.

Tic-tic. Tic-tic.

¿Otra vez?...

¿Y quién a esta hora?

De seguro no sería la estatua del jardín, una Ondina, copia en mármol de la Hermosa, de quien no sólo las formas reproducía, sino la blancura impecable y la frialdad y la dureza; y la que, con una concha levantada por la diestra en alto, hacía que se desparramara sobre su cuerpo toda el agua de la fuente, con un rumor delicioso, que muchos escuchaban temblando, porque resonaba, en el silencio de la sombra, como el eco de la pequeña carcajada de la Ingrata. También aquella obra genial de un célebre escultor había caído en pedazos al capricho de su ama, en una pálida noche de neurosis, bajo los golpes de un sumiso y rudo leñador.

* * *

Tic-tic. Tic-tic.

¿Aquel ruido produciríalo la fina copa de Bohemia, en la que ella, la madrugada anterior a su horrible traición, había bebido champaña hasta embriagarse? Bien pudiera ser que el glorioso cristal conservara aún la alegría de haber estado en su boca, de haber vibrado en sus dien-



tes. ¿Acaso quien probó una vez de sus labios logró olvidarla nunca?

Mas no, no era tampoco el fino cristal de Bohemia, pues ya recordaba que la Bebedora, en un raro acceso de júbilo, había arrojado la copa al suelo, pisoteándola después hasta reducirla a añicos bajo el rojo tacón de sus botitas, mientras se reía como una loca.

* * *

Tic-tic. Tic-tic.

Veamos, veamos quién es el importuno que así se atreve a profanar la quietud del sueño, y lo que es peor aún, a despertar la imagen de la Perjura, que he jurado olvidar a todo trance.

Esto diciendo, Gontrán saltó de la cama y se puso a buscar.

Todo lo registró el pobre amante abandonado: la alcoba, el contiguo *boudoir*, lleno de perfumes femeniles y de recuerdos turbadores; el saloncito azul, en donde ella, los jueves, radiante de hermosura y gracia, servía su *five o'clock tea* a los íntimos; el largo corredor; el vestíbulo que conducía a la planta baja; la alameda de los tilos con su banco de piedra, que sabía de muchos coloquios ardorosos; el estanque de los cisnes, y por último, la selva limítrofe.

¡Inútil pesquisa!

Y para desesperarle más, adonde quiera que iba llegaba junto con él, tal vez más perceptible a cada paso, el irritante rumor.

Tic-tic. Tic-tic.

Parecía como si la Fementida, oculta tras algún biombo, se burlara de él con su pequeña carcajada irónica.

Y esta ilusión se hizo más completa cuando se acercó a la *chaiselongue*, mudo testigo de tanta escena amante...

No, tampoco... Allí sólo encontró una liga con el monograma de la Desleal grabado en la hebilla de oro.



Gontrán se dejó caer en el mueble, y presa del mayor abatimiento cruzó las manos sobre el pecho.

Tic-tic. Tic-tic.

—¡Ah, traidor! ¿Eres tú quien la guarda? Espera... espera... Y en dos saltos llegó junto a la panoplia.

Esta vez vaciló antes de escoger.

¿Sería la fuerte lanza del buen Cid, Rui Díaz, Castellano de Vivar, ante cuya arremetida desmoronábanse las torres y rendíanse los alcázares?

Gontrán examinó con sus dedos la aguzada punta. No, era muy roma.

¿Vibraría la flecha del feroz Caonabo, indómito cacique de Managua y primer héroe de la libertad en el continente del Nuevo Mundo?

Gontrán la pulsó con la vista.

Tampoco; era muy débil.

¿Serviríale la gumía de filo envenenado, obsequio de un cazador de leones númeradas?

Gontrán midió la hoja.

Imposible; era muy corta.

¿El alfanje turco tal vez?

Gontrán lo blandió en el aire.

Menos aún; desconfiaba de su temple.

¿La espada del centro, una tizona enorme, compañera fiel de Oliveros, par de Francia, y gemela de Durandarte?

Para probarla, Gontrán descargó un tajo sobre la maza que había pulverizado, además del cronómetro inglés, tantos yelmos sarracenos.

Y la maza quedó partida en dos.

Tic-tic. Tic-tic.

—Espera... espera —decía Gontrán mientras afilaba el templado acero.

Tic-tic. Tic-tic.

Diríase que la risa, pues ya no quedaba duda de que era su pequeña carcajada, se hacía más y más burlona.

—Espera... espera...



Y con perfecta sangre fría apoyó el pomo de la espada contra la pared, y cuidadosamente, muy cuidadosamente, púsose la punta en el costado izquierdo.

Tic-tic. Tic...

Gontrán apretó con fuerza y... rodó por el suelo.

¡Oh, rabia! La espada se había partido.

En tanto, dentro del pecho resonaba, más burlona que nunca, la pequeña carcajada de la Inolvidable.

Tic-tic. Tic-tic. Tic-tic.



GLORIA

Su nombre hace soñar con bellas ilusiones...

A Amado Nervo

¿Oís?... Es el Príncipe Amor que hace resonar mágicamente su cuerno de caza bajo los balcones de Gloria. Una vez la vio, una tan sólo —en la penumbra de un sueño quizá—, y prendado quedó para siempre el real mancebo gentil. Por hallarla otra vez, por gozar de nuevo el encanto de su presencia, los milagros de sus ojos, hizo locuras que vivirán eternizadas en la deliciosa rima de los rondeles delicados y los madrigales exquisitos.

Y no la encontraba...

¿Yacería en la Selva de los Ensueños?...

Allá se fue su Alteza confiado en que como pista bastaría el rastro luminoso y el perfume que dejaban los cabellos de la adorada. ¡Valiente pista! Un fulgor igual al de cualquier astro, y un aroma que Céfito robaba a la blonda cabellera al rizarla como un rebelde pabellón pirata. Y así resultó inútil aquella anhelante pesquisa detrás de los árboles más olorosos: el sándalo, el cedro y los naranjos florecidos. Los lagos también le atraían a engaño, cuando en la apacible soledad de la noche copiaban en su cristal el rastro fugitivo de alguna estrella errante.

Desesperado el Príncipe hizo resonar el aire con los acordes de su cuerno de caza, a cuyo hechizo se pobló



la selva de mancebos y doncellas que iban cogidos de la mano al Ideal.

Pasó la más hermosa.

—¿A mí, Príncipe? —preguntó entrabriendo los labios a la alegría.

Era la Bella del Bosque durmiente, y la tristeza del desaire marchitó la sonrisa en flor.

Pero ella, la Anhelada, no pasó.

¡Cuánta tristeza en la corte del Príncipe Amor!

Hasta que un Silfo juró descubrirla, y se llevó por todo indicio este apunte de la cartera de su Alteza: «Es un rayito de sol que fuera como un claro de luna.»

Hábil pesquisidor fue el Silfo. Desde entonces allí se está el Príncipe, al pie del romántico balcón, haciendo resonar su mágico cuerno de caza.

Abre, Gloria...



LAS CEREZAS

A Rubén Darío

Cuando yo sumaba apenas trece años, ya la Adolescencia había ceñido a la blanca frente de mi prima Eulalia quince botones de sus rosas más fragantes y lozanas. ¿Cómo, pues, resulta que al volver hoy la vista desde el umbral sombrío de mis treinta y cinco años, me encuentro a mi prima, no sólo radiante de juventud, hermosura y gracia, sino, más que nunca, firme en sus veinticuatro abriles recién cumplidos?

¿Increíble?

Sí, un poco, cuando menos.

Verdad es que el ligero esquife de aquella dulce vida siempre bogó al blando impulso de los céfiros, sobre las aguas encantadas del lago Ensueño, escoltada por una ronda de cisnes ideales que fingían alba escuadra de góndolas graciosísimas, mientras en las risueñas márgenes cercanas susurraban sus diálogos suaves las margaritas y los heliotropos.

En tanto que la funesta nave de mi vida...

Pero... hablemos de mi prima.

Cuenta ella que siendo muy niña, dos lustros tal vez no tenía, era golosa en sumo grado; y que un su primo, zagal fuerte y buen mozo, llevábala por los campos en busca de cerezas que el truhán cambiábale por besos cobrados con profusión.

Y cuenta ella también, que una fresca mañana la ino-



cente pareja correteaba en busca de nidos por la apartada heredad de un tío, cuando de improviso vieron venir sobre ellos el toro más espantoso y feroz. Tenía los cuernos retorcidos, y largos y afilados como puñales. Merced a una cercana caverna adonde la arrastró su animoso compañero, podía ella contar ahora aquel fiero trance, el más apurado de su vida. La entrada del salvador refugio fue atrincherada, aunque no muy fuertemente, sin duda; y en tal escondite hubieron de permanecer horas enteras, escuchando los terríficos bramidos del minotauro, temblorosos de miedo y estrechamente abrazados. Por fin llegó el tío, puso en fuga al bicho y pudieron ellos abandonar la caverna.

Y yo, héroe de ambas hazañas, apenas si me reconozco en esa fantástica leyenda creada por la romanesca imaginación de mi bella prima.

Mis recuerdos son así:

Una tarde sorprendíame Eulalia devorando un puñado de frescas e incitantes cerezas; tanto más frescas e incitantes, cuanto que acababan de ser pilladas en el cercado ajeno. Ya en su relato confesó mi prima que de niña era golosa, yo afirmo que también era rapaz en sumo grado. En esta ocasión de las cerezas, prevalida de sus fuerzas, arrebatóme mi botín sin dársele un ardite ni de mis derechos ni de mis protestas. Hombre ya, he podido convencerme que la acción de Eulalia era perfectamente correcta y fundada en los más rudimentarios preceptos de la práctica internacional, que acumula derechos a quien cuenta con mayores fuerzas acumuladas.

Comióse ella, pues, tranquilamente mis cerezas y cuando ya sólo quedábale una, vino a mí y me la brindó, tendida entre sus labios, con la condición de que había de tomarla sin auxilio de las manos. Alcéme en la punta de los pies para alcanzarla como érame ofrecida; mas mi prima, que gustaba de burlarme, ocultó con presteza el delicioso grano y mi boca hambrienta sólo apresó su



boca, empapada aún en el jugo de las cerezas. Rió ella de mi engaño y tornó a chasquearme con la misma treta ; mas, a la tercera vez, mantuve la roja y ardiente presa entre mis dientes hasta que fui servido con la mitad del codiciado fruto.

Desde esa tarde quedó instituido aquel juego, y tal presteza adquirimos en ejecutarlo, y con ello tan grandísimo gusto sentíamos, que en ocasiones una misma cereza pasaba de su boca a la mía, de mi boca a la suya, infinidad de veces, y todos nuestros entretenimientos anteriores fueron relegados al olvido.

Pero, a medida que se internaba la estación escaseaban las cerezas. Un día propuso Eulalia :

—¿Si fuéramos mañana temprano a buscarlas en la heredad del tío Juan?

—No, que nos regañan.

—¡Calzonazos!

Hirióme aquella expresión como la punta cruel de un látigo, y dije :

—Iremos.

A la mañana siguiente, allá íbamos por la verde campiña, matizada de flores silvestres, poblada de pájaros cantores, inundada de luz estival.

Los propósitos de Eulalia en aquel día eran de los más raros y graves: no quería jugar, no quería correr, no quería saltar. Quería que paseáramos del brazo, como grandes personajes, bajo la sombra de los álamos gigantes que tendían su arcada sobre el camino, y que habláramos de cosas serias: de la vida, del amor.

Yo no entendía una jota de tales temas, pero confieso que en aquella hora todo mi ardiente anhelo se cifraba en complacer a mi prima, a quien encontraba lindísima con su corpiño azul y su sombrero amarillo de paja, bajo cuyas alas escapábanse, ondulantes, hasta la cintura, dos trenzas de oro, dos chorros de sol.

Andábamos, andábamos. Y mientras ella hacíame pre-



guntas o muy tontas o muy hondas, yo respondía como mi escasa ciencia de la vida dábame a entender. ¿Un nido? Pues un nido es un cestito de paja y hojas secas suspendido en la rama de los árboles por la mano de Dios, como las estrellas. ¡Quién sabe; acaso las estrellas también sean nidos!

Riose Eulalia y comenzó su explicación.

—Un nido... Un nido es...

De súbito prorrumpió en un grito de terror, y asiéndome fuertemente por la mano echó a correr. Nada hay más contagioso que el miedo. Aunque yo desconocía en absoluto cuál era el peligro que nos amenazaba en aquel instante, corrí como un gamo a la par de mi prima que no me había soltado. En pocos minutos llegamos a una caverna conocida con el nombre de la Cueva de las Brujas, y sin detenernos, arrastrándonos como reptiles, nos metimos por su estrecha boca.

Ya adentro traté de inquirir la magnitud de aquel peligro e interrogué a mi prima.

—¡Cómo! ¿No viste el espantoso toro que nos venía encima?

Yo prorrumpi en la más estrepitosa carcajada.

—Pero Eulalia, si era la vaca berrenda del tío Juan, que tú conoces tanto como yo.

—Te digo que no, que era un toro espantoso, con los chifles retorcidos y aguzados cual puñales.

Y como yo continuara burlándome, ella comenzó a sollozar angustiosamente y a suplicarme:

—Primo, por Dios, por la Virgen Santísima, atrinche-
ra esa entrada, ciérrala, tápala.

—Pero ¿de qué modo?

—Con tu chaqueta, con mi sombrero, con mi corpiño. Y diciendo y haciendo quitóse rápidamente ambas prendas.

Ya sabía yo que no corríamos ningún peligro; pero como no encontraba otra manera de tranquilizar a la ate-



rorizada Eulalia, accedí a sus ruegos, y con una vara que encontré por tierra, y su sombrero y mi sombrero, y mi americana y su corpiño, cubrí la entrada de nuestro refugio.

El llanto de mi prima iba cesando gradualmente; pero no su miedo, a juzgar por la ansiedad con que se pegaba más y más a mí.

Estábamos sentados en el suelo. La oscuridad que ahora reinaba en la caverna no me permitía distinguir sus facciones, pero yo sentía su brazo desnudo rodear mi cuello y su aliento entrecortado bañar mi rostro.

El aroma de aquel aliento trajo a mi memoria los recuerdos palpitantes de nuestro juego favorito.

—Si al menos tuviéramos aquí una cereza —dije.

Sin apartarse de mí se incorporó ella ligeramente preguntándome, a la vez, con acento indefinible de ternura:

—Verdad, ¿quieres una cereza?

Y la sentí hurgar entre su ropa; en la falda, en los bolsillos, entre el seno quizá...

Después, con una blanda presión de su mano me hizo inclinar la cabeza, mientras me ponía entre los labios algo que yo creía una cereza...

Y reanudó su interrumpida lección del camino:

—Un nido... Un nido es...



LA ULTIMA HAZAÑA DE DON JUAN

A B. González Arrili

Después...

Un Serafín, en funciones de alguacil de estrados, pronunció en alta voz:

—¡Don Juan Tenorio!

Con paso mesurado y firme, alta la frente, más que nunca cargada de temeraria insolencia la mirada, y en los labios la habitual sonrisa de amores, que era como una roja enseña pirata desplegada a todas las conquistas, avanzó el impenitente amador.

Aún en la vida extraordinaria de don Juan fue insólito aquel instante de triunfo. Tras la pausa de un prolongado silencio —impuesto por la extasiada admiración de todos ante este verdadero prodigio de gracia seductora y varonil belleza— tendió sus alas el vuelo ardoroso de un comprimido enjambre de suspiros femeniles.

¡Oh, qué hermoso era!

Y en el minuto en que la Perla de Mágdala abandonaba, palpitante, los pies del Nazareno, para volver el fino y voluptuoso jazmín de su semblante, he aquí que Teresa de Jesús, también subyugada, interrumpía uno de sus adorables éxtasis, y al encontrarse aquellos dos anhelos que iban impetuosos al gentil recién llegado, se produjo un choque de miradas, y dos súbitos relámpagos de cólera brotaron a la par. La dolorosa expresión de Jesús intervino entre ambas, cuyos fulgores cayeron entonces, como dos espadas vencidas y rotas, a los pies del Nazareno...



Restablecida la tranquilidad, comenzó el plenario.

Todos los delitos del engaño, del fingimiento, de la hipocresía, de la perfidia, de la fascinación; todos los crímenes del sensualismo, de la voluptuosidad, de la lujuria, de los apetitos carnales más desenfrenados; todas las crueldades y todos los horrores del egoísmo, de la ingratitude, del abandono, del negro y pavoroso olvido, habían sido perpetrados a sangre fría, y sellados con su inevitable gesto de hastío, por aquel bellissimo mancebo que ahora escuchaba la larga enumeración de esos hechos monstruosos con frente altanera y labios plegados por el desdén.

Un solo ademán de ira súbita, durante el animado debate, alteró por un segundo la fría impavidez de su altivo continente. Esto fue cuando se oyó llamar «felón» por la voz áspera y rencorosa del de Ulloa. Dio un salto y llevóse la diestra al cinto. No estaba allí su fiel acero vengador... Mas, reportóse al punto, y con el poderoso dominio de su firme voluntad resolvió no hacer ya caso de aquel proceso, ni del viejo Comendador, ni de los otros testigos, alcahuetes y rufianes entre los que veía a su propio escudero, ni, mucho menos, de las dos mil trescientas víctimas traídas allí para su cargo, y que, lejos de acusarle, defendíanle ardientemente, confesándose ellas mismas culpables de seducción, de coquetería, de liviandad, de lascivia; todo por salvarle y merecer de él, siquiera en aquel trance, una mirada de gratitud y de recordación. El alegato de doña Inés fue sublime: pretendía ella que siendo la suya y el alma de don Juan una sola alma por virtud del amor, eran indivisibles, y donde fuera la una —gloria o infierno—, habían de ir las dos. Esta candorosa tesis, sustentada con vibrante energía, produjo honda emoción en todos los oyentes. ¡Sí, en todos; menos en Don Juan que apenas si la escuchó!

El, en tanto, pensaba que había hecho pésimo negocio no bautizándose musulmán; porque, en verdad, ¿qué era



el cielo de los cristianos, sino una fastidiosa continuación de la Vida con su gazmoña doctrina de los deberes y su sometimiento servil a un insoportable tirano, que todo lo quería para él, para su alabanza, para su propia y férvida contemplación, para su propio y único amor? En fin, este mismo juicio que se estaba celebrando a costa suya, ¿en qué se diferenciaba de los cien sainetes, enteramente iguales, que él había presenciado en la tierra, sino que allí, para alcanzar absolución a cualquier crimen, pagábanse onzas de oro, y aquí se exigían lágrimas convertidas en perlas?

¡Lágrimas!... Vaya una tontería incomprensible, pero sobre cuya realidad no podía abrigar ni un átomo de duda. ¿Acaso no había él presenciado, allí mismo, antes que este suyo, el proceso de otro pecador y su fácil liberación? ¡Y qué pecador! Además de concupiscente hasta la médula de los huesos y jugador fullero, había sido asesino y ladrón. En el platillo de las culpas, tras un crimen espantoso, caía otro crimen más espantoso aún, mientras el platillo de las buenas acciones permanecía en completa desolación. ¡Nadie daba un tomín por el alma del truhán! Sin embargo, el bondadoso Arcángel San Rafael hizo un último esfuerzo:

—¿No tienes nada que ofrecer, hijo mío? Registra bien...

Y el miserable, ya en el paroxismo de la desesperación, metióse instintivamente las manos en los bolsillos. En uno de ellos encontró algo que puso con timidez en la balanza.

—¿Y esa perla?

—Una lágrima... La única lágrima de mis ojos cuando murió mi madre a causa del pesar que le ocasionara mi primer crimen.

—Es la cristalización de un gran dolor, dijo el Supremo Juez, y esa perla te ha salvado.



Y don Juan sonreía un tanto irónicamente al recordar esa escena del plenario anterior, mientras acariciaba con mano distraída su escarcela llena de perlas, que habían sido lágrimas derramadas por él en sus comedias del amor.

Así, cuando el bondadoso Arcángel preguntóle a su vez:

—¿No tienes, hijo mío, nada que ofrecer?

—¡Oh! sí; tengo lágrimas, muchas lágrimas...

Y con impertinente ademán arrojó su rebosada escarcela sobre el platillo desnudo.

Mas ¡ay! que al caer en la balanza no causó alteración alguna. Porque las lágrimas de la hipocresía son falsas perlas, huecas y vacías, sin valor y sin ponderación.

Se produjo un pesado silencio de angustia.

Don Juan estaba condenado.

Un Arcángel de flamígera espada acercóse para escoltar al réprobo hasta el Puente de los Suspiros, por donde se caía a los Infiernos. Irguióse él cuan esbelto y arrogante era. Como en un manto de púrpura cesárea, envolvióse en su orgullo, dirigió una última mirada de conmiseración desdeñosa a la teoría de Santas y Elegidas que se agrupaban junto al trono del Señor, y con paso firme se adelantó al Arcángel.

Uno como murmullo doloroso de ayes y gemidos apagados acompañó su salida de los Campos Elíseos. Era la ardorosa compasión que provocaba la suerte de tan bello pecador en el alma sensible de las Bienaventuradas; y, quién sabe si, también, la secreta indulgencia que inspiraba el género de sus crímenes.

Bajo la mirada de Jesús cargada de dulcísimo reproche, apaciguóse gradualmente el rebelde murmullo femenino, disolviéndose por fin, mustia y acongojada, la seráfica concurrencia por los floridos jardines celestiales.



Mas...

Transcurrido un raudo escuadrón de minutos ¿qué lejano rumor, semejante al batir de muchas alas presurosas, déjase oír?

¿Batir de alas tan sólo?...

No; que también se perciben, aunque apagados por la distancia, los múltiples ecos apretados de un formidable estruendo. Era, como si a un torrente arrollador quisiera oponérsele la eminencia de un dique, y por encima de él saltara la rugiente onda tumultuosa.

¿Qué ocurría?...

Lívido el rostro, hirsuta la barba, en completo desorden la dignidad del traje, llega ahora, en carrera jadeante, el venerable Guardián de las puertas celestiales.

—¡Señor! ¡Señor!

—¿Qué pasa, mi buen Pedro? ¿De dónde proviene aquel insólito alboroto? ¿Por qué tu agitación?... ¿Acaso es tan crecida ya la cantidad de pecadores procedentes de la tierra que no bastan tus murallas para contener el número de los prevenidos, y forzado han sus prisiones? ¿Intenta de nuevo el miserable barro humano la loca aventura de Babel? ¿O es Satán, quien, siempre ensoberbecido, ataca las diamantinas entradas del Paraíso?

—No, Señor: mi tribulación la produce escándalo de mayor magnitud.

—¿De mayor magnitud? Habla, di, ¿qué sucede?

—Don Juan...

—¿Cómo? ¡Don Juan! ¡Don Juan todavía!... ¿Y qué? ¿Resístese el insolente a pasar el Puente de los Suspiros?

—Acaba de atravesarlo, Señor.

—¿Entonces?...

—¡Ay, que tras él se han ido las Once Mil Vírgenes!...



S O I K A

A Agustín Acosta

«London Tavern», en la ciudad anseática de Hamburgo, trataba de justificar su nombre por la presentación aparatosamente británica de su personal, de su excelente cocina, de sus severas costumbres y de su moblaje. Allí todo era inglés, rígidamente inglés; desde la altiva sencillez del decorado, hasta la literatura del menú: carne, sangre, brasas. Y bastaba con atravesar el ancho portal de entrada, para respirar ya el neblinoso ambiente de los más afamados restaurantes de Piccadilly St. o de Trafalgar Square, y sentirse de inmediato, por dentro y por fuera, un auténtico vasallo de su Majestad George V.

Desde luego, en «London Tavern» nadie alzaba la voz, ni reía con franca risa hamburguesa, ni, mucho menos, era osado a pedir «Wurstbrot», a pesar de que esta salchicha de Franckfort, bien calentita y chorreando grasa dentro de sus dos tapas de dorado trigo, era, es, y siempre será, uno de los guisos más incitantes y sabrosos del arte culinario alemán.

¿Por verdadera atracción, o por pueril anhelo de grandeza? No sé; no lo sabría decir ahora; pero, lo cierto es que aquel recogimiento de iglesia que se observaba en «London Tavern», me encantaba. Y si a esto se añade que sus beefsteacks y roast-beefs procedían de legítima ternera recién sacrificada, que su «chicken with rice» era exactamente nuestro arroz con pollo, y que su trucha



«broiled fresh» —¡oh qué ricas las truchas asalmonadas del Lago de Lemán!— ha sido, toda la vida, mi plato favorito, creo que habré dado razones suficientes para que os expliquéis por qué, no obstante el abusivo costo de sus platos, había yo elegido aquel restaurant para gustar, en paz y tranquilidad, mi comida de las 7 p. m.

Además, yo amo la elegancia del porte, el tono reposado de las conversaciones aristocráticas, las maneras sutiles y refinadas de las damas del gran mundo; y todo esto se advertía de inmediato al franquear los umbrales del «London Tavern».

Y ahora, figuraos, como un contraste al ambiente que acabo de describir, la presencia asustadiza de una muchacha que se había colado hasta allí, frente a mi mesa, sola, y en espera, sin duda, de algún olvidadizo galán que no acababa de llegar, mientras ella no sabía qué hacer con sus manos aprisionadas en un par de toscos guantes, ni de sus pies escondidos bajo las faldas, con tan poca suerte, que dejaban al descubierto dos punteras de zapatos gruesos y enlodados.

Por segunda vez el mozo de servicio se le acercó para dirigirle con voz sorda esta pregunta, que en esencia era una áspera intimación a desalojar el puesto que ocupaba:

—¿Qué desea usted?

Ella tartamudeó una respuesta que fue como una angustiosa súplica rompiéndose en llanto.

Su honda aflicción se me entró en el pecho, despertándome uno de estos impulsos tan súbitos y tan míos, que sin ellos mi vida habría sido otra existencia, diametralmente contraria a ésta que he vivido.

Me puse en pies, fui a su mesa y le extendí mi diestra francamente abierta.

Ella me miró estupefacta; después, vacilante, temblorosa, en duda quizá de mi buena fe, o cohibida por el temor de que mi acto encerrara la equivocada consecuencia de un engaño por confusión de persona, poco a poco



fue alargándome su pobrecita mano gélida, hasta posarla tímidamente en la mía. Mas, cuando la benevolencia de mi sonrisa y el calor con que acogí su apocado ademán, hubieron disipado todos sus temores, alzóse de su asiento, tomó mi mano entre las dos suyas, y en una evidente actitud de prosternación, la besó, una, dos y tres veces con muestra del más intenso de los agradecimientos.

Tal vez a los ojos de la remilgada concurrencia que nos contemplaba, aquella escena pudo aparecer incongruente y hasta ridícula. ¡No importa! De mí, sé decir, que aun ahora, después de tantísimos años como han transcurrido desde aquella noche, siento en el pecho un limpio frescor de regocijo al memorar esta trémula demostración de humildad, gratitud y simpatía con que fue premiado mi generoso impulso.

Efectuada la mutua presentación, sentéme a su lado y di mis órdenes al mozo que nos atendía. Y poco después, servido ya el bien escogido menú, fue un nuevo galardón para mi jovial espíritu de esa noche el infantil asombro que agrandó las pupilas de mi invitada, cuando hizo su aparición el champagne.

¡El champagne!...

¿Lo sabéis vosotros? Así como del negro y escondido carbón de las minas, surgió, límpida y brillante, la gema emperatriz de las joyerías; así de la uva negra de Epernay, puesta a podrirse, brotó en chorros burbujeantes este oro líquido y ardiente que es el más gallardo, poderoso y magnificante de los oros. Gracias a él, Francia es Francia, y París la capital maravillosa de la Alegría, el Amor y la divina Locura. Y, si no, veamos: ¿Cuál es el carro más rutilante de los que van de noche por el espacio desempedrando las nubes del cielo? ¿Venus, con su femenino voluptuosidad de zafiro? ¿El orgulloso Júpiter, tan pagado de su carrocería de estrellas? ¿O el taimado Saturno con sus cinco ruedas de repuesto? Sea el que fuere; éste, aquél, o el de más allá, si no lleva champag-



ne en profusión, mucha champagne con que llenar sus tanques de jocunda energía, tales vehículos, por muy potentes y lujosos que desde aquí nos parezcan, siempre serán tres humosos y rezagados carricoches, indignos de entrar en estruendosa carrera de alegría y jovialidad con nuestro planeta, tan chiquitín como es, cierto; mas, gracias a su uva negra de Epernay, siempre desbordante de risa, insensatez y esplendor...

Pero, aplaquemos, por ahora, nuestra exaltación báquica y volvamos a mi heroína.

Era rusa y se llamaba Soika. ¿Soika de qué?... Se lo pregunté y no me lo quiso decir. Tampoco insistí yo en mi curiosidad. ¿Sus padres? ¡Bah! ¿qué me importaban sus padres?

Fue la cuarta o la quinta copa del chispeante licor la que alcanzó a desatar todos los amarres con que la propia timidez mantenía en yugo de silencio su franco ingenio, su bulliciosa risa y la dulce gracia de sus dieciocho años. Su belleza, casi inadvertida al principio —por efecto de la equivocada apreciación a que me habían inducido la miseria de su traje y el avergonzado recogimiento de su persona—, resplandecía ahora, a mis ojos, con un fulgor extraño de exotismo que la claridad de la piel hacía aparecer como encerrada en el cristal de un candidísimo blancor de nieve.

Y mientras ella con tierna locuacidad contaba cien episodios ingenuos de su infancia en Saratof, yo la despojaba en mi imaginación de su burda indumentaria para hacerla vestir a mi antojo, ora un traje de la Fronda —¿La duquesa de Chevreuse? ¿La de Longueville?— ora, uno de la época del Rey-Sol, mucho más adecuado para su suave belleza: el de Luisa Francisca de La Baume, Marquesa de La Valliere.

Y no pudiendo ya, por más tiempo, soportar su ruín apariencia de aquel momento, sin transición alguna, ni



advertirla, tampoco, de mis intenciones, púseme en pies e imperiosamente le dije: ¡Vámonos!

La brusquedad de mi determinación decapitó como un hacha su inocente charla y puso una repentina sombra de angustia en sus claros ojos. Mas, sin vacilar un segundo, se calzó los guantes, abandonó su asiento y se aprestó a seguirme.

Ya en la calle, la suavidad de mi tacto, acariciándole la piel del brazo, tranquilizó su ánimo; por lo que, de trecho en trecho, se detenía un minuto y posaba su frente en mi hombro para hallarme en los ojos la luz de mi contento.

Y así llegamos al término de mi excursión que ella ni por asomo sospechaba. Era la tienda de un judío a quien, para sus ventas, nada le importaban las horas, ni reconocía espesor de noche ni dulzuras del sueño. Di tres toques acompasados y tras breves segundos la puerta se abrió sigilosamente.

Y a poco, ya teníamos por delante cuanto habría sido menester para ataviar la completa desnudez de cien mujeres a un tiempo.

Bajo el silencio de un asombro que no encontraba sus límites, Soika contemplaba mis propósitos, y cuando la invité a escoger cuanto le fuera necesario, hizo sus designaciones con tantísima mesura y apocamiento que, al fin, resolví apartarla de tales empeños y hacer la elección de acuerdo con las exigencias de mis gustos y ambiciones.

Ella, en tanto, me miraba hacer, y con inocente disimulo trataba de secar en sus ojos las perlas vivas del agradecimiento.

Hecha la compra a mi plena satisfacción, puse el paquete en las manos de mi compañera y me dispuse a salir; pero, al llegar a la puerta detúvome mi astuto vendedor para desplegar ante mis ojos la magnificencia de un precioso abrigo de púrpura, que me deslumbró por completo, y que adquirí en seguida, no obstante la exor-



bitancia de su costo y la porfiada negativa de Soika en aceptarlo.

Al fin nos encontramos otra vez en la calle, camino, ahora, de mi apartamento. Yo iba trazando en silencio mis planes, que eran —lo confieso sin rubor— de los más risueños y encantadores.

Y Soika, sin duda, llevaba también los suyos, a juzgar por algunas interjecciones pronunciadas en un dialecto eslavo, y, también, por el cálido apego con que, de cuando en vez, se estrechaba a mi persona.

Mas, he aquí que al llegar al portal de entrada se me echa encima, me besa repetidas veces en los ojos, en las mejillas, en la boca, da un salto atrás, y, con su paquete debajo del brazo, emprende carrera tendida hasta perderse a lo lejos en la sombra.

Quedé estupefacto. Después, con una gran tristeza apesentada en el pecho, entré en mi alcoba y me tiré en la cama.

Mi sorpresa fue grande cuando, el siguiente día, al penetrar en «London Tavern», divisé sentada en la mesa que siempre se me tenía reservada, una dama tan elegante y bella como no había otra en el salón.

Fue el propio mayordomo del establecimiento quien vino a mi encuentro y con la mayor respetuosidad me advirtió:

—Desde hace algún rato la señorita le aguarda.

—¡Cómo... Era Soika!

Al verme, prorrumpió en una viva exclamación de gozo y se puso en pie para recibirme.

Altivo y ceremonioso, me acerqué a ella, le ofrecí el brazo, la conduje hasta la calle y con acento que tenía el filo de un cuchillo, díjele:

—Perdón, señorita; pero, sin duda, usted se ha equivocado. Yo no la conozco.

Y sin querer oír sus explicaciones ni reparar en sus pupilas cuajadas de lágrimas, le volví la espalda y entré



de nuevo en el restaurant, satisfecho de mi valor y mi firmeza.

¡Oh, mi valor! ¡Oh, mi firmeza!... Y aun no había transcurrido una veintena de minutos, cuando ya me hallaba yo tan arrepentido de mi acción que poco faltó para que, sin probar bocado, me lanzara a la calle en busca de Soika.

Pero, ¿dónde hallarla?

Y me la representaba ahora en brazos quizá de otro galán, bien dichoso, por cierto, gracias a mi torpe grosería.

Y tal sospecha clavada en mi carne como un garfio, me puso de un humor negro, por lo que hallé detestable la comida, pésimo el servicio y el ambiente que allí se respiraba, tan bochornoso y sofocante que me hizo tomar el sombrero y echarme a la calle en busca de aire puro para mis pulmones.

No había dado cincuenta pasos, cuando vi destacarse de entre la sombra de un árbol de la vecina alameda la figura de una mujer que se adelantaba a mi encuentro. ¡Era Soika otra vez! Pero, en lugar del rico traje que una hora antes la ataviaba, presentábase ahora envuelta en sus míseros trapos de la víspera.

Al juntarse a mí, me extendió un paquete y con voz ahogada por los sollozos, me dijo:

—Y ahora que le devuelvo sus regalos, ¿querrá usted reconocer a la pobre Soika?

Por toda respuesta la tomé en brazos, la metí en un auto que pasaba, y allí, bajo la tierna sombra de la capota cubrí de besos su linda cara.

Y Soika, llena el alma de contento, lloraba y reía a la par.

Pero, aún así, completamente solos dentro del auto, yo no hallaba que estuviéramos suficientemente solos, y ordené al chófer conducirnos al Alster, el romántico ca-



nal de Hamburgo sobre cuyas tranquilas ondas tantísimas páginas de amor se escriben cada noche.

En sus orillas alquilé un bote, hice entrar a Soika, tomé los remos y me la llevé río abajo, bien abajo, donde la soledad era un templo, y la luna una dulcísima oración que se alzaba en el espacio.

¡Qué silencio tan profundo nos rodeaba! ¡Y cuán felices éramos!

Súbito, se alzó Soika de mi lado, tomó un pañuelo y sonriendo con tierna picardía, me cubrió los ojos e hizo prometerle que permanecería así vendado hasta que me diera aviso.

Transcurrieron algunos minutos lentos, tardíos, perezosos... Al fin, oí su voz que me gritaba:

—¡Mira!

Y miré... Y vi... Vi a Afrodita que había surgido de la blanca espuma del mar, y allí estaba, de pie en la proa triunfal de nuestra esquife. Sí, era Afrodita... ¡La misma Afrodita con su carne florecida de albos lirios, encendidas rosas y ramitos de madreSelva!... Un manto de púrpura caído sobre la espalda, daba trágico esplendor a su olímpica desnudez.

Y al verla tan bella, el envidioso Marzo, ya de retirada para sus cuarteles de invierno, retrocedió en su ruta, tomó de su seno un puñado de nieve y, como si fuera un ramo de azahares, lo deshojó sobre la frente de aquella novia feliz.

¡Oh, qué siniestro homenaje fue el tuyo, pérfido mes de Marzo!

Y pasó un día entero, con sus veinticuatro horas desesperantes, sin saber de Soika.

Y pasó otro.

¡Y otro más!

Al cuarto, recibí un sobre que contenía estas breves palabras: «Ven pronto. Soika.»

Debajo había una dirección de suburbio.



Tomé un auto y volé a su casa. En un cuartucho negro, sucio, mal oliente, pavoroso, la encontré tirada sobre un inicuo jergón.

Al lado de ella, fingiendo una solicitud y un cariño muy distantes de ser verídicos, se destacaban una pareja de viejos sórdidos y repugnantes.

Ella, al verme, dio un grito, se alzó en su lecho y se arrojó en mis brazos.

—Mi pobre Soika, ¿qué tienes?

—Mira, esta es mi casa, mi hogar; y esos dos dizque son mis padres. No lo creo. No lo puedo creer. ¡Han sido siempre tan malos conmigo! Ayer mismo, apesar de la fiebre que me consumía y del horrible dolor que me doblaba la espalda, me hicieron salir bajo la lluvia a mi empleo, para no perder ni un penique de mi sueldo de este mes. Dales un poco de dinero y que se vayan.

Hícelo así, y los dos viejos, disputándose por las monedas, se fueron a la calle y nos dejaron solos.

Entonces reparé en una mancha que Soika había dejado en la pechera de mi camisa.

Me estremecí y le pregunté:

—¿Qué es esto, Soika?

—Sangre. Esta mañana la arrojé a borbollones. Me siento morir y por eso te llamé a mi lado. Quiero expirar en tus brazos. ¿Lo consientes tú?

—¡Oh!, Soika; espera, espera.

Y con la ropa que me indicó y su abrigo de púrpura, cargué su cuerpo y lo metí en el auto.

En la puerta, los dos viejos quisieron oponerse a nuestra marcha; pero, otro miserable puñado de dinero los puso en razón y nos dejaron partir.

En el hospital el examen fue largo y minucioso. Al terminarlo, el doctor vino a mí y me estrechó la mano en silencio. Bien comprendí yo la muda elocuencia de aquel compasivo ademán.

Volví junto a Soika. Ella me miró, sonrió plácidamen-



te, me atrajo a sí, hizo que me sentara en su propia cama, puso su cabeza en mis piernas, me pidió que la besara, intentó decir una canción, murmuró mi nombre... Y se quedó dormida... ¡Dormida para siempre!

Y aún así, me sonreía...



VENUS INDOMITA

A Miguel A. Carbonell

Es la hora del crepúsculo. Por la llanura azul del mar triscan mil «carneritos» blancos.

Las nubes que se extienden por el espacio son como las sábanas del lecho maculado de sangre en que agoniza el sol.

Una pareja se destaca en la cubierta del «Tritón». Sobre ambas cabezas cierne sus angustiosas alas un silencio de pesadumbre.

El es moreno, delgado, nervioso. Sus músculos distendidos deben ser cuerdas de acero. En los pliegues de la frente y en la apretada contracción de los labios, adviértese, desde luego, la jadeante labor de una idea fija y torturadora.

Ella... A pesar de la palidez que destiñe sus mejillas; a pesar de la aflicción que marchita sus ojos; de la inquietud que embarga la gracia de sus movimientos; del espanto que, a manera de una sierpe de hielo, se enrosca en su corazón; ¡qué insólito prodigio de hermosura es ella! ¡Qué florido arbusto de tentaciones! ¡Qué fino vaso de un aroma turbador, embrujador, enloquecedor!

Súbito, él llama al capitán y da una orden. A poco, el «Tritón» cruje, se detiene, retrocede, vira casi en redondo, da dos tumbos a los lados y endereza proa al sur.

Tímidamente, con acento que es apenas un rumor de



súplicas empapadas en lágrimas, ella insinúa una pregunta.

—¿Qué a dónde te llevo? —respóndele el otro, triturando las palabras con sus dientes envenenados de rencor...— ¿Qué a dónde te llevo? Escúchalo, criatura insensata. Te llevo a un apartado peñón del Africa, que el europeo, el hombre de civilización y refinamientos desecha de su paso con supersticioso temor. Isla tórrida, aciaga y miserable, donde la juventud tiene la duración efímera de una flor, y donde sólo viven míseros negros libertos, abandonados en ella al doloroso contagio de las llagas y a la impotencia de la ancianidad.

—¿Y nadie más vive allí?

—¡Ah sí!, también la habitan panteras y leones.

Ella permaneció muda y aterrada breves instantes. Después, con un repentino deslumbramiento de locas esperanzas en los ojos, inquirió ansiosa otra vez:

—¿Y los leones, son jóvenes y hermosos?...



MANZANAS EN SAZON

A Armando Leyva

¡Oh, Frina!

¡Oh, Rina!

Y se abrazaron y se besaron con la íntima fruición de dos antiguas compañeras de colegio a quienes cinco años de vida ardorosa por el mundo habían mantenido separadas en absoluto; pero, sin poner la más diáfana niebla en sus recuerdos, la levedad de un copo de nieve en sus cariños.

La mujer es espíritu de contradicción; quién sabe si la base más sólida de esta preciosa amistad, pudiera encontrarse en las desigualdades físicas y mentales que la naturaleza había sembrado entre las dos. Salvo en la fina voluptuosidad de las líneas y la elegancia del talle, no podría existir, en verdad dos seres más distintos que Frina y Rina.

Frina era rubia, de un rubio de sol temprano que se reflejaba en sus carnes para darles esa tonalidad rosa-azul del ópalo ardiente, que es el más bello y límpido color de tez. Altiva, reposada y soñadora, ponía en todas sus acciones un sello especial de discreta elegancia que era como el blasón bien conocido de su abuelo azul.

En cambio, Rina era morena de color marfileño, ojos de terciopelo verde y cabellos negros y ondulados. Al aspecto frío y arrogante de la otra, oponía ella el ímpetu de sus movimientos, al par que una mimosa graciosidad



felina, esparcida por todo su cuerpo y en todos sus gestos, la hacía irresistible en el ruego, invencible en sus deseos.

Como había de ser natural, dos temperamentos de impulsos tan contrarios, manifestábanse, así mismo, muy opuestos en sus ensueños de amor y en sus ambiciones matrimoniales.

A Rina le gustaban los hombres fuertes y dominadores; los hombres *hombres*, como decía ella. El héroe de su novela interior era un bravo militar con el rostro constelado de cicatrices y en la voz aquel firme y rudo acento superior que no admite réplicas. ¡Oh, con cuánto orgullo sería ella la hembra de un tal varón!

—¿Su hembra o su esclava, Rina? —le interrumpía Frina.

—Sí; ¿por qué no? ¡Su esclava! Una esclava rebelde a veces, pero sólo por breves momentos, hasta provocar su terrible cólera y oírle tronar con su imperiosa voz de mando... y entonces someterme a todos sus caprichos, aún los más brutales, y con mis súplicas empapadas en llanto y mis ardorosas caricias de enamorada, aplacar, enternecerlo, y rendirlo al fin sin fuerzas sobre mi seno.

Diríase que Rina gustaba de exagerar sus ensueños de amor para exasperar a Frina, quien, ya furiosa, la apostrofaba con estos modos:

—Estás loca, Rina, ¿o es que dentro de tu maravilloso cuerpo de odalisca, agazapada aún, vive el alma de un harén? ¿Cómo podrías amar así a un hombre desprovisto en absoluto de cortesanía, suavidad y delicadeza? Aunque no se exprese en versos, un sincero amador es siempre un poeta, un fino poeta, que al encontrarse, pongo por caso, con la dama de su pensamiento en un rincón de nuestro solitario parque conventual, bajo el silencio cómplice de la noche, la entretendría, desde luego, en un delicioso coloquio, cuyas ardientes excitaciones al amor



serían los decires de un dulcísimo poema que le embriagaría los sentidos hasta hacerla caer rendida entre sus brazos... No, tu héroe, tu varón, como lo has llamado tú misma, nunca sería capaz de una tan dulcísima hazaña; sino que, bárbaro como ha de ser, sólo vería allí una plaza que ha de tomar, cuanto antes, a sangre y fuego.

—¡Oh, ser tomada a fuego y sangre, qué inmenso placer!

—Pero, Rina, ya sólo te falta ponerle a tu domador una fusta en la diestra.

—¿Una fusta?... ¡Quién sabe!

¡Desgraciada!

Y las otras compañeras de colegio se divertían de lo lindo con estas disputas, que unas veces terminaban en suspiros y lágrimas, y otras en besos y risas, con gran alborozo de Fru-Fru, la perrita blonda y zalamera que vivía entre las dos, y una mañana amanecía vuelta un ovillo de oro a los pies de Frina, y otra, una mota de polvos en la cabecera de Rina.

Y tras la tierna reconciliación de las dos amigas, ¡qué de promesas infantiles!

—Frina, te lo juro; yo no me casaré sino con un hombre que sea de tu agrado.

—Lo mismo te juro yo, Rina.

Paréceme a mí, que para celebrar la naciente hermosura y la púdica gracia de una doncella en su temprana adolescencia, no hay símil más apropiado que el de una rosa en botón; porque la tímida fragancia que expide es siempre candorosa y delicada, ánfora de inocencia su corola, y el contacto de sus pétalos es de una suavidad tan exquisita que la atracción y simpatía que ejerce se ven siempre matizadas del más tierno respeto.

Tales eran Frina y Rina en sus quince abriles, cuando las hallamos pensionistas en el Colegio de Santa Teresa de Jesús.

Pero, ahora, al encontrarlas en el *lobby* de un suntuo-



so hotel y en todo el esplendor de sus cálidos veinte años, la comparación que bien les sienta es el de dos magníficas manzanas en sazón, frescas, lozanas, encendidas, apetitosas.

Ambas están casadas, y, no obstante sus mutuos juramentos de previa consulta al escoger esposo, ninguna de las dos sabía nada del matrimonio de la otra.

—¿Y cómo es él, Frina?

—Pues, precisamente, el tipo opuesto por completo al marido que, candorosamente, yo me había forjado en mi romántica imaginación de colegiala.

—Pero, entonces, Frina, te has casado...

—Sí, Rina, con tu héroe. Un militar, alto fuerte, hermoso y un tanto autoritario.

—¡Estupendo, Frina, estupendo!, porque yo a mi vez me he casado con tu poeta.

—¿Con mi poeta?

—Sí, el que tú me describías con tantísimo entusiasmo en el Colegio. ¡Ah! cuántas veces de brazos con mi Conrado, en tierno coloquio por los campos, bajo el silencio absorto de los árboles, al escucharle, embebecida, sus ardientes poemas de amor, he pensado, Frina, en ti y en aquellos dulces idilios que tu imaginación creaba. ¿Te acuerdas?

—¡Oh! todos esos romanticismos y fantasmagorías de mi vida de colegiala me parecen bien frívolos y ridículos, ahora que he conocido a mi fuerte Aquiles, con sus dos gloriosos costurones en el rostro y su irresistible voz de mando que me tiene esclavizada.

—¿Esclavizada, tú, Frina?

—¡Sí, esclavizada!... Al principio de nuestra unión hubo sus pequeños disentimientos y disturbios; pero, poco a poco, dominada por su arrogante presencia y la energía de sus razonamientos, me fui sometiendo, uno por uno a todos sus caprichos.



—¿La energía de sus razonamientos?... Dime, Frina: ¿acaso tu bravo militar usa fusta?

—Sí; algunas veces...

—¡Oh! Frina, qué cambio en nuestros gustos. ¿Y dónde vives?

—Aquí mismo; en uno de los suntuosos apartamentos de este hotel.

—Encantada; pues, desde ayer, aquí también vivo yo; piso 4.º

—Es el mío; pero, escucha, Rina, no nos trataremos muy visiblemente.

—¿Por qué?

—Porque a mi Aquiles no le agrada que yo sostenga intimidades con nadie.

—¿Ni aún conmigo?

—Mucho menos. Nuestra antigua amistad del colegio lo pondría en ascuas, y lo haría ásperamente suspicaz; pero, por fortuna, en el curso entero de este mes la inspección del nuevo armamento comprado para el ejército lo retendrá en el cuartel todas las horas del día. Y de tu Conrado, ¿qué me cuentas?

—También es celoso. ¡Oh!, qué ridiculez la de estos hombres espiándonos de continuo y sospechándonos hasta en nuestros menores movimientos. Y a la vez, ¡qué imprudencia!, porque de mí sé decirte que es tras una de estas irritantes escenas de celos, cuando mi carne se despierta ávida de infidelidades...

—Sí; así es... Pero, en fin, pensemos en nuestro asunto, ¿qué haremos para juntarnos y conversar sin temor alguno de ser sorprendidas?

—Oye: se me ocurre un expediente.

—¿Cuál?

—¿Tienes tú doncella?

—Sí, una provinciana, por cierto bastante torpe. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque habrá que despedirla.



—¿Y qué más?

—Y entonces, en tu apartamento yo seré tu doncella y en mi apartamento tú serás la mía.

—¡Magnífico!

Y las dos amigas se separaron con besos efusivos.

Pero...

Bien sabido se tiene que por ley de la naturaleza inquebrantable, la mujer es curiosa como un rayito de sol, y mudable y fugaz como las nubes del espacio.

Algunos añaden que es páfida como la onda del mar.

No me atrevería a decir tanto...

Sin embargo, escuchad hasta su fin esta verídica historia, que os cuento como si fuera, en realidad, un cuento.

Desde aquella conversación en el *lobby* del hotel, Rina no cesaba de pensar en Frina, y Frina no cesaba de pensar en Rina.

Y por primera vez había un poco de resentimiento en el corazón de Rina y un grano de amargura en el corazón de Frina.

Rina comentaba para sus adentros:

—Y he ahí a la altiva castellana convertida en la sierva sumisa de un soldadote.

Y Frina, a su vez, decía *in pecto*:

—He ahí, a quien cifraba su ambición en ser la hembra de un hombre *hombre*, convertida ahora en la meliflua compañera de un lindo alfeñique hacedor de versos.

Y entre ellas la conversación siempre iba a parar en ellos.

De modo que, a la semana de estos íntimos coloquios, ya Frina, doncella de Rina, conocía tanto al poeta en sus gustos y costumbres, como Rina, doncella de Frina, conocía al bravo militar en sus rudezas y caprichos.

Y Rina un día, más franca e impulsiva que su amiga, se lanzó así:

—Por lo que he podido notar, Frina, tu Aquiles se hace cada día más insoportable con sus celos.



—Así es, Rina; pero, lo mismo he podido advertir en tu dulcísimo poeta.

—¿Y no sientes tú, como lo siento yo, el ardiente deseo de castigarlos en sus irritantes sospechas?

—Pero, ¿de qué modo, Rina?

—Pues, dándoles motivos reales y verídicos a sus celos.

—¡Oh! no, Rina; a eso no me atrevería nunca.

—¿Ni aun con... mi Conrado?

—¡Qué dices, Rina!

—Lo que oyes. Tú y yo somos de un mismo tamaño, usamos el mismo perfume, y con un poco de mutuo entrenamiento podemos emplear las mismas caricias. Figúrate tú que una noche la alcoba nupcial queda en completa sombra, porque el conmutador no funciona, que tu esposo llega, que yo me encuentro allí, y lo recibo como tú lo recibirías... Mientras tú, en mi alcoba, también en sombras, recibes a mi poeta como yo lo recibiría...

—¡Oh Rina, eres el diablo!

* * *

No fue, sin duda, ni cansado ni largo el entrenamiento convenido entre las dos amigas, porque el entusiasmo que se pone en realizar un empeño de íntima satisfacción abrevia el tiempo y elude la fatiga. Y así, en menos de una semana de amable ejercicio, ya Frina sabía tanto de las pequeñas intimidades del poeta, como Rina de las expeditivas maneras del bravo militar.

Y llegó, por fin, y transcurió toda entera, la anhelada noche en que dos frutas, en pleno y ardoso sazón, prodigaron hasta el derroche sus ambrosías y sus fragancias, sin que los engolosinados gustadores sospecharan la procedencia del cercado ajeno, y menos —¡oh, muchísimo menos!— que en aquel prolongado y tan deleitoso goce se les había infringido un meditado y terrible castigo...



SI RESULTARE

A Ana Moya de Perera

Si, de súbito, resultara esto que nadie se ha atrevido a concebir, porque semejante horror no es posible lo piense jamás sino aquel que tuviere una imaginación absurda y un miserable corazón roído por los celos... Pero, en fin, si resultare que una tardecita, en la hora más temprana del crepúsculo, se apagara la sonrisa de aquella que es la alegría del Universo, y cerráranse sus párpados y para siempre cesara de latir su corazón ingenuo... ¿Qué sería de la vida?, ¿qué color tomarían los cielos? ¿Alumbraría el sol? ¿Regaríanse las estrellas por el espacio infinito? ¿Perfumarían las flores?... ¿El agua de la fuente seguiría siendo diáfana y fresca, o trocaríase en linfa salobre como la onda del mar?

¿Qué diría el céfiro? ¿Qué pensaría el ruiñeñor en su repentino silencio lleno de pavor? ¿Qué la gaviota desde su agrio peñón solitario?

¿Y los campos?... ¿Cómo se vestiría la campiña? ¿De un raso verde al igual que ahora, o estrenaría, quizás, una bata de terciopelo oscuro? Y mientras a lo lejos se escuchara el rumor melancólico de todas las esquilas que agitarían manos invisibles de ángeles, de la copa de los árboles rodarían las frutas lentamente, lentamente, como lágrimas... ¡Y como ellas, también amargas!

Sólo un ser, agarrotado hoy por la impotencia y roído de celos, se alzaría, entonces, radiante y magnífico, de



igual a igual con el más orgulloso monarca de la tierra, creyendo ocultar dentro del ávido corazón que está en su pecho, la imagen esplendorosa de la Amada, ya para siempre suya, suya... ¡No más que suya!

¿El nombre de este miserable? No; no lo diré, porque todos me mataríais...



RIVALES

A Alfonso Cravioto

Cábeme hoy la honra de presentaros a doña Sol-Irene-Sofía-Honorata, Condesa viuda de Montefiori. Tiene treinta y dos años, noble reputación, inmensa fortuna y dos hijas gemelas: Blanca y Gabriela. Su esposo el Conde de Montefiori, Embajador del Rey de Italia, se había hecho matar en duelo cuando aún no contaba dos años de casado, lo que fue —al decir del señor Canónigo tío de la Condesa—, una genialidad tan ridícula como oportuna.

No obstante esta maligna opinión del señor Canónigo, si el matrimonio de doña Sol no se podía incluir entre los enlaces de amor, sí se le podía clasificar en las uniones de inclinación; pues a los quince años de edad, cuando su blanca mano le fue concedida al Conde, la única descendiente de la antigua raza de los Berenguer nada tenía que envidiar a cualquiera otra rica hembra de la Corte, y si los Montefiori se enorgullecían contando un Guelfo y dos Médicis en su abolengo, los Berenguer tenían en sus venas sangre real de Aragón, y su linaje remontaba directamente a la rancia estirpe de los Condes de Barcelona.

Pero, en fin, ¿cuál había sido el móvil, cuál el interés que había conducido a doña Sol hasta las gradas del altar con aquel novio que la triplicaba su edad?

—Para tener más castillos que el Rey —murmuraban



sus amigas, enumerando con envidia los palacios del consorte.

—Para oírse proclamar la madona más bella de Italia, después de haber sido la más linda virgen de España —afirmaban sus admiradores.

—Fantasía de chiquilla romántica, que ama los parques sombríos, los monumentos adustos y los viejos corceles de pura sangre —insinuaba el señor Canónigo, entre dos sonrisas enigmáticas.

Empero...

Engañáronse cuantos no conocían el alma de doña Sol y esperaban que los crespones de su duelo se trocarían, en breve, por los riquísimos encajes de Flandes, ostentados en las recepciones de la Corte. Y hasta el mismo señor Canónigo, tío de la Condesa, hubo de cambiar al fin sus sonrisas epigramáticas por un marcado gesto de asombro al ver a doña Sol, un año después del trágico suceso que la dejó viuda, vender sus carruajes de lujo y sus famosos caballos, cerrar el palacio de la Castellana y emprender viaje a Italia para fijar residencia definitiva en el apartado castillo de Montefiori, sobre el Adriático, y concretar desde entonces toda su vida al cuidado y educación de sus dos hijas: Blanca y Gabriela.

Estas ahora contaban dieciséis años de edad.

De las dos, quizá la más bella era Blanca.

Se diría una flor; una de esas flores cándidas y frágiles que aparentan rehuir los rayos del sol como un peligro de fuego, y hasta la caricia del céfiro, en un temor instintivo de ultraje. Con ella, la cercanía nunca era proximidad. Se la veía, se respiraba su ambiente, se la llevaba del brazo por el parque alfombrado de florecitas de oro; pero la impresión de distancia no desaparecía, siempre era igual; la de un perfume que pasa, la de un sonido armonioso que se deslía en el aire, la de una estrella que se aleja en el espacio. Su espíritu parecía inclinarse al claustro, no por ardiente fervor religioso, sino



en una aspiración imprecisa de paz, serenidad y sombra; y tal anhelo, manifestado en ocasiones diversas con la tímida insistencia de una vocación melancólica, había encontrado secreto apoyo en la Abadesa de Montefiori, en cuyo Convento de las Afligidas solía Blanca pasarse breves temporadas de aislamiento y oración.

Si Blanca era una flor delicada y fina, si semejava un pálido lirio, Gabriela se imponía como una esplendorosa rosa todavía en botón, o más bien, como una deidad cuyos atributos fueran la hermosura, la gracia, el talento, la espiritualidad. En su roja y ardiente boca hasta el agudo epigrama era un tierno madrigal. Diana, en la caza, habríale envidiado arrogancia, destreza y agilidad; así como una ribereña del Termondonte, su audacia y firmeza para regir la carrera impetuosa del más indómito corcel. Y si, nadadora intrépida, se lanzaba a las ondas y hendía las aguas del azul Adriático, los ojos que la contemplaban llenos de admiración, buscaban en su redor de espumas el séquito radiante de náyades que, según la fábula griega, había rodeado el nacimiento de Venus Afrodita. Sólo una ligera nube empañaba luego sus orgullosas pupilas y tornaba mustia, por el breve espacio de un relámpago, la gloria de su sonrisa: era el recuerdo de París; de aquel rancio faubourg de Saint Germain, donde los Condé, los Montmorency, los Bussy d'Amboise no habían hecho sino cambiar de traje, no de gentileza, no de bravura, no de fina y sutil cortesanía; y del Bois de Boulogne, donde veinte caballeros constituidos por el amor en sus guardias de corps, seguían ávidos la brillante constelación de su carruaje a la Daumont.

Para combatir la vocación de Blanca al claustro, y entretener las ansias impacientes de Gabriela por volver a París, la Condesa de Montefiori, siguiendo el consejo de su tío el mundano Canónigo, había abierto de par en par las puertas de su castillo a la nobleza que residía



en los dominios vecinales. Fue un chorro de esplendor, gallardía y hermosura que inundó los artesonados salones y los numerosos departamentos de Montefiori. Viéronse allí llegar blasones de cuatro cruzados que habían asistido a la toma de Jerusalem, y de dos Colonnas, y de un Borgia.

Entre las damas esplendían : Flor de Cariñán, llamada la Gioconda a causa de sus manos candidísimas y de la sabia y sutil crueldad de su sonrisa enigmática, por la que habíanse batido recientemente en duelo enconado un Saboya y un Orleans ; la provocativa Condesa Giulia que a los veinte y siete años era viuda dos veces y casada tres ; Carola de Verona, arrogante y desdeñosa cual cabía a la descendiente de un Dux de Venecia, y blanca y fría como el mármol ; lady Devonshire, inglesa de alta alcurnia y exiguo patrimonio, de quien se murmuraba que su dote única eran las quinientas mil libras esterlinas en que se derrochaba al sol su espléndida cabellera de un oro sin rival ; y por último, Soika Orloff, la extravagante baronesa rusa que disipaba en costosísimos caprichos y excen-tricidades los inagotables proventos de sus minas del Ural. La albura de su tez era un deslumbramiento de nieve, y el fulgor bermejo de sus cabellos un incendio de claveles, de donde le naciera un mote, aceptado por ella con tal beneplácito que de ese mote hubo de servirse para bautizar su yate de excursiones y recreos : «El Volcán de Hielo».

¡Ah, pero me olvidaba! Es tan modesta y tan delicada esta linda Marta de Segovia ; rehusa con tanta insistencia el homenaje de los galanes y el esplendor de los salones, que nunca se la veía en el primer plano de ninguna escena, sino en los casos en que su hermano Rodolfo pudiera ser protagonista forzado en drama de peligro ; entonces, abandonaba de un salto la penumbra para colocársele delante, pretendiendo, ella tan débil y



tan frágil, defenderlo, protegerlo, ser su escudo y su ceta, de él, ¡tan fuerte, tan ágil, tan bravo!

Este amor de Marta por su hermano rayaba en una especie de ardiente adoración que la maledicencia de sus amigas no perdonaba; y si las calumniosas conjeturas quedábanse, temblorosas, a flor de labio, se las veía asomar, emponzoñadas de malicia, a los ojos de todas aquellas damas; con tanto más motivo, cuanto que el caballero de Segovia fingía inadvertir de continuo las insinuaciones y los flirteos con que ellas le provocaban al amor y sus aventuras.

Rodolfo de Segovia, primo de doña Sol, había sido por mucho tiempo su cautivo caballero y su esforzado paladín. ¿Cuándo? Pues cuando doña Sol era apenas una tempranita y sonriente alborada, cuando aún no contaba sino diez años de edad, y once, muy escasos, su primo. Juntos pasábanse las veladas en ardorosa lectura de los libros más estupendos sobre aventuras heroicas y rendidas pruebas de amor: Tristán e Isolda, Orlando enamorado, el Amadís de Gaula, algunas de las leyendas de los Caballeros de La Tabla Redonda y los ardientes poemas de Ossian a través de Macpherson. En cuanto al día, las horas libres de estudio veníanles breves para corretear por el prado, y aun deslizarse al cercano bosque donde él asaltaba árboles gigantes y robaba nidos que ofrecía a su compañera, a falta, sin duda, de otras empresas de mayores riesgos que acometer «por su Dios y por su dama».

La memoria de doña Sol estaba poblada de esos recuerdos de su dulce niñez y su intimidad con Rodolfo. Una tarde de lluvia, acogidos a la biblioteca de la mansión solariega, encontraron un maravilloso libro, cuyas páginas fueron durante muchos días el recreo favorito de la gentil pareja. Intitulábase «Los Tres Mosqueteros». Su lectura, sin embargo, originó entre ellos la primera disputa. Rodolfo, que amaba el fausto, las riquezas, el



poderío, pretendía ser el muy gentil y magnífico Jorge Villiers, duque de Buckingham, y que su prima fuera la arrogante reina Ana de Austria; mientras ella, más tímida y poética en sus anhelos, atribuíase el alma tierna, candorosa y enamorada de Constanza Bonnacieux, y adjudicábale a Rodolfo el corazón amante y el brazo intrépido del caballero d'Artagnan.

También recordaba la hora triste de la separación, cuando Rodolfo, cumplidos ya sus trece años, hubo de ingresar en un colegio de París: penetró él de puntillas en su dormitorio encontrándola aun en el lecho; la abrazó, la besó repetidas veces y, sin decir palabra, se fue, dejándola bañada en lágrimas.

Y he aquí que ahora sus dos hijas habíanse apasionado del antiguo mosquetero de Luis XIII: Blanca, con un amor que era como el perfume de las violetas, como el ternísimo arrullo de una tórtola escondida en el bosque, como el cándido fulgor de una mañana primaveral; y Gabriela, con el esplendor de un incendio, con la impetuosidad de un torrente, con el instinto apresador de un águila.

¿Hacia cuál de las dos gemelas inclinábase el corazón de Rodolfo?

A ciencia cierta nadie podía decirlo. Sus complacencias más delicadas y sus más tiernas solicitudes y desvelos eran, sin duda, para Blanca; pero su admiración y sus entusiasmos, avasallábanlos las inclinaciones artísticas, el carácter resuelto y el ansia indefinida de un más allá, siempre más allá, que hacía de Gabriela, tal vez, la ideal compañera, animosa y firme, de un político como el caballero de Segovia, agujijoneado por las más nobles y audaces ambiciones.

Y es ahora el caso de decir que doña Sol no se encontraba exenta por completo de responsabilidades en el conflicto que la abrumaba: si Blanca y Gabriela habían adquirido el más alto concepto de las brillantes do-



tes del caballero de Segovia antes de conocerle personalmente, debíase a los encendidos elogios de doña Sol, que no se recataba al proclamarle el más noble y cumplido caballero de su época; y si Rodolfo había accedido, por fin, a pasarse una temporada en Montefiori, se debía también a la insistencia con que había sido invitado. Todo ello bajo el móvil secreto y maternal interés de atraerlo a un enlace con cualquiera de las dos gemelas.

Por fortuna, el invierno, adelantándose aquel año, venía a disolver rápidamente las reuniones de Montefiori. Algunos de los huéspedes habían partido ya, otros se preparaban a abandonar el castillo, dando así esperanzas de que la sorda rivalidad de las dos hermanas no trascendería, para vergüenza y confusión de doña Sol, al mentidero de su propio salón.

Pero, el conflicto, no por oculto era menos doloroso ni menos exigente. La mañana misma de este día en que la Condesa de Montefiori se entregaba a tan angustiosas reflexiones, Blanca, en una explosión de celos y dolor, anegada en lágrimas y ahogada por los sollozos, habíase arrojado en sus brazos para impetrar su asentimiento a la resolución que había tomado de encerrarse en el Convento de las Afligidas, lejos de Gabriela y más lejos aún de Rodolfo. Y doña Sol le había rogado esperar un día más.

Era, pues, de necesidad inaplazable afrontar el conflicto y recorrer con mano firme el cortinaje de la realidad, por pesado y sombrío que fuera.

La Condesa tocó un timbre. Su docella acudió.

—Infórmese si el caballero de Segovia está en su departamento.

—No, señora Condesa; le he visto salir al parque y dirigirse al estanque de los cisnes.

—¿Solo?

—Sí, señora Condesa, solo.

—Está bien.



A maravillas veníale el apartado rincón para encontrarse con él y provocar, claras y precisas, las explicaciones.

Arreglóse delante del tocador sus hermosos cabellos rubios con aquella encantadora negligencia que era como el sello especial de su graciosidad, dióse una mano, casi imperceptible, de polvos en las mejillas y en la garganta, animó con una viva presión de los dedos el carmín de la barba y de la fina oreja, se envolvió en un vaporoso chal de seda que hacía resaltar entre un nimbo de espumas la sonrosada blancura de su tez, y se encaminó al parque.

Cincuenta pasos no había andado quizá sobre el mulrido césped, cuando alcanzó a ver la enérgica silueta de Rodolfo recortada sobre el fondo oscuro del paisaje que se extendía a lo lejos. Pero, no estaba solo. A su lado y apoyando la cabeza en su hombro, destacábase una figura de mujer.

Doña Sol se estremeció... ¿Blanca?... ¿Gabriela?... No; ni la una ni la otra. ¿Quién podría ser? Tal vez la fatalidad la había traído al parque para que sus propios ojos descifrasen el enigma que mantenía en suspenso la preferencia de Rodolfo hacia una de sus dos hijas...

Mas, a poco de avanzar, descogió el entrecejo; era la señorita de Segovia. ¿Cómo no la había conocido antes? Y pensó sonriendo: ¡Verdad que la suspicacia es maliciosa y ciega!

Al acercarse doña Sol, Marta se desprendió de su hermano, hizo una turbada reverencia y se alejó rápidamente.

Tal conducta causóle a la Condesa de Montefiori alguna extrañeza y no poca contrariedad: ¿Por qué tanta precipitación en irse y dejarla a solas con Rodolfo? ¿Acaso esta chiquilla había penetrado también en la rivalidad de las dos hermanas y presumía de lo que se iba a tratar?

—Buenas tardes, Rodolfo.



—Muy buenas tardes, Condesa.

—¿Soy inoportuna?

—Sí, como pudiera serlo el astro de vuestro nombre para los campos y el rocío para las flores.

—¡Hola! mucho me complace, primo, hallaros en tal humor de galantería, por lo mismo que será grave el tema de conversación que os traigo.

—¿De veras, prima?

—Muy de veras.

Y se adelantó hasta alcanzar uno de los tres bancos de piedra que rodeaban el estanque de los cisnes; sentóse en él y con gracioso ademán invitó al de Segovia a tomar sitio a su lado.

Mediaron minutos de hondo silencio. Luego, doña Sol, con una entonación de voz que hizo estremecer a Rodolfo, trayéndole un puñado de recuerdos infantiles, y tuteándole por vez primera después de más de veinte años, le preguntó:

—¿Dime, Rodolfo, conoces a mi Blanquita?

—Sí...

—¿Verdad que es muy ingenua y dulce?

—Sí...

—¿Y sabes, Rodolfo, de su amor por ti... Y que es muy frágil, y que... se me podría morir?

—Condesa; yo sé que Blanca es cándida y delicada como un lirio, y pura y suave como una plegaria... Pero yo no puedo aceptar su amor, porque sería de mi parte un engaño, sería un fraude, sería tal vez un crimen contra ella y contra mí.

Doña Sol inclinó con tristeza la frente. Mas, instantes después la alzó para inquirir de nuevo:

—¿Y Gabriela?... Tan inteligente, tan altiva, tan espléndidamente adornada por la naturaleza y la educación...

—Sí, Gabriela está magníficamente dotada para ser la compañera de un hombre superior... Pero tampoco



debo aceptar su corazón. No, yo no puedo unir mi suerte ni con Gabriela ni con Blanquita.

—¿Y por qué ni con la una ni con la otra?

—Porque al corazón no se le manda, doña Sol, y mi corazón...

—¿Ama?...

El silencio de Rodolfo fue una afirmación.

—¿Aquí en el castillo?

Nuevo silencio afirmativo.

—Pero, ¿a quién, Dios mío? ¿A cuál de estas frívolas mujeres, preparadas más bien para las aventuras galantes que para el amor, has creído digna de ti? ¿Cuál ha podido seducirte? ¿Será esa Flor de Cariñán cuya única misión en la vida parece ser la de sembrar rivalidades y odio entre los hombres; intrigas, celos y dolor entre las mujeres?... ¿Quizá Soika Orloff, tan insaciable en sus amores como en sus ambiciones?... ¿Lady Devonshire tal vez?... ¿La presuntuosa Carola de Verona?... ¿Habla, di, Rodolfo, quién es?

Y como él permaneciera siempre en silencio y con el rostro entre las manos, ella se le acercó, y, cogiéndoselas cariñosamente, con el acento mimoso de otros tiempos le suplicó al oído:

—Dime a mí, Rodolfo, quién es ella; no se lo diré a nadie.

—¡Imposible! No puedo, no puedo —murmuró éste, soltándose de la dulce presión que le retenía las manos, y cubriéndose otra vez el rostro como si su escondida pasión le causara vergüenza.

Súbito, por la mente de doña Sol cruzó un relámpago de fuego, y la silueta de Marta huyendo, turbada, a su presencia, se le presentó ahora en una siniestra visión.

—¡Ah, no puedes decir su nombre; esto es, no te atreves a pronunciarlo! ¡Oh, qué horror para mí que le que-
ría como al más bueno de los hermanos y el más puro y el más hidalgo de los hombres!... ¡Pero, sí; desgracia-



do, sí, es necesario que hables, que te confieses, que esa espantosa verdad desaloje tu corazón, sea desterrada de tu pecho, huya para siempre de tu carne y de tu alma!... ¿Rodolfo, di, quién es ella?

—¡Ah, tú lo quieres, tú lo exiges, me lo mandas tú, tú!... Pues bien, sí, salga al fin de mi pecho este abrasador secreto de toda mi vida. ¡Te amo! ¡Te amo!

Ella dio un grito, trató de levantarse y no pudo... No pudo desasirse de los brazos que la estrechaban dulcemente contra el corazón, ni de los besos que, a manera de una lluvia infinita de pétalos, cubríanle la frente, los ojos, las mejillas, la boca...



LA CITA

A Enrique Cazade

Esbelta, frágil, nerviosa, con aquella gracia llena de volubilidad y estremecimientos impacientes que se revelaba en el andar, en la mirada, en la voz, en su impremeditada risa cristalina; en sus mínimos ademanes, Clara de Soto apareció en el peristilo del Hipódromo, donde esa tardecita fresca y olorosa de Mayo se celebraba la tómbola de los Niños Huérfanos.

No obstante hallarse allí, en rumorosa colmena, las cien mujeres más bellas de la Habana, al aparecer Clara un impetuoso murmullo de admiración partió de todos los palcos, y, como alegre homenaje, voló a acariciar su oído y a besarla en los pies.

Cierto que estaba preciosa. Su traje violeta, elaborado con discreto lujo y pródiga elegancia, hacía aparecer más alta, más gentil, más aristocrática que de costumbre, cuidando de realzar, bajo el lindo sombrero de primavera, sus cabellos —un prodigio de oro oscuro y fulgurante—, y el griego perfil de medalla antigua que era su cara iluminada por las pupilas, dos zafiros orgullosos que un soplo de cálida brisa interior transformaba, a veces, en risueñas amatistas transparentes, y, otras, en dos húmedas esmeraldas piadosas.

Nadie podía precisar con exactitud el color firme de los ojos de Clara, y hasta sus mismos enamorados disputaban al pretender resolver este detalle. En lo que sí es-



taban unánime las opiniones era en asegurar que nunca Circe alguna guardó, bajo el arco perfecto de las cejas, dos gemas iguales a aquellas pupilas, tan ardientes y prometedoras cuando decían «Sí»; tan frías, crueles e implacables cuando afirmaban «No».

Tres pasos no había avanzadò por el amplio corredor, y ya la rodeaba toda una corte de donceles, pretendiendo cada uno ser su afortunado galán de aquella tarde. Mas, ella, inclinando levemente la cabeza, a todos esquivó.

—Oh, no —pensaba—; antes que él me hable, ni un saludo de los demás. Tal es la consigna... Mas, ¿por dónde irá este bendito Gastón de mis delicias y mis tormentos? Sin duda que el caballerito está de *flirt* con cualquiera de mis amigas, loca por arrebatármelo... No importa; él es mío, únicamente mío y yo muy su dueña. Así pues, dispuesta estoy a defender mi conquista, cueste lo que cueste... ¡Sí, ya puedes asaltármelo en los bailes y en un furioso vals estrujar tu opulento escote contra su pechera, oh, Blanca de Alvarado!... Y tú, exangüe y sentimental Natalia Cortés, con tus marchitas ojeras de golondrina y tu palidez de cirio, para fingir con él la leyenda del azahar que se desmaya, y agoniza, y muere en una terrible ansiedad de rocío y sol, es decir, de amor y de caricias. ¡Oh, estas impacientes vírgenes histéricas!... Y tú también, trágica viuda que pareces una fatídica mariposa negra revoloteando incesante en torno de un incendio, y cuyo nombre no me atrevo a pronunciar por temor de que me alcance alguna terrible desgracia, hoy que me siento tan alegre y tan feliz...

—¡Clara!

—Caballero.

—Si usted supiera...

—¡Oh, sí, sí, sí, ya lo sé! Con usted no hay lugar a olvidarlo: me ama, me ama. Lo ha repetido usted tantas veces ya...



—No, Clara; no se lo he dicho ni una sola vez, porque usted nunca me quiere escuchar; pero si supiera cómo la amo, cómo la adoro, cómo la sigo por todas partes, y penetro hasta en sus más recónditos secretos...

—¡Eh!... ¿Qué dice usted?...

Y los dos límpidos zafiros tornáronse, de repente, sombríos y amenazadores.

—No son mis pasos, Clara, sino mis pensamientos, mis adivinaciones, mis desvelos, los que siguen a usted a cada hora por todos los senderos que atraviesa, para sufrir cuando usted sufre, y muchas veces, ¡Dios mío! muchas veces gozar dolorosamente mirándola gozar.

El altivo ceño se había ido replegando pensativo.

Hubo un silencio.

Súbito, las dos amatistas se bañaron en un rápido y sutil fulgor de epigrama.

—¿Aún cuando mis goces dependan de una ternura que no es la de usted?...

Tan cruel e inesperada ironía lo hizo estremecerse de dolor, como bajo el golpe de un puñal a traición; mas, reponiéndose en seguida, su voluntad suprema pagó la cobarde herida con esta copa fragante de miel:

—¡Aún entonces, Clara!... Siempre, siempre me bastará con que usted sea dichosa para sentirme feliz.

—¿Pero, es eso posible?

—Sí, es posible... Y quién sabe, ¡ay! quién sabe si es donde se desliza, tímido, dentro del pecho, el único rayo por ahí, por esa horrible puerta de la desesperación, por de mis esperanzas.

—¿Sus esperanzas?

—De mis hondas esperanzas; porque usted nunca podrá llegar a mí sino purificada por el dolor...

Y había como un temblor de lágrimas en la voz que así se expresaba.

—¿Es decir, por el arrepentimiento, no es verdad?... Gracias, caballero, a ese precio guárdese usted su amor.



—¡Ah! no se enoje, Clara; pero, ¿acaso ha pensado usted que yo la amo al igual *de los otros*?

—¿Y cómo me han amado *los otros*?

—Los otros la han querido a usted, Clara, como usted ha querido a los otros.

—¿Y ese amor es?...

—La hora que pasa.

—¿Y el amor de usted?

—¡Mi amor, señora, es la inmortalidad!

Y sacudió con arrogancia su larga cabellera.

—Verdaderamente; ya había olvidado que usted es un artista, un soñador.

Y Clara, en un risueño y bullicioso despliegue escarlata, mostró la fúlgida maravilla de todos sus dientes.

—Sí; por el amor de usted soy un artista. Su perfil fue mi primer boceto grabado en una piedra del camino y desde aquel día que la vi, mi mano aprendió a tallar su hermosura. Ella resplandece en todas mis obras como resplandece en todos mis ensueños, y donde ella no está ya no hay campo para mi inspiración.

—En efecto, muchos de mis amigos me han hablado con cálido entusiasmo de sus esculturas y del extraño parecido que las anima; de modo que desde hace algún tiempo me siento aguijoneada por la curiosidad hasta el punto de tener hecha ya la resolución de ir a contemplarlas; pero no a sus exposiciones del Ateneo.

—Entonces, es a mi casa, en mi propio taller de artista a donde irá usted a verlas.

—Sí, es a su taller de artista a donde quiero ir, porque también he sentido vivísimo interés en verle trabajar.

Como si temiera que aquella radiante e inesperada promesa pudiera deshacerse en el aire, arrancó él rápidamente una hoja de su cartera, llenóla con dos renglones y, trémulo, se la extendió a su interlocutora.



Ella leyó por dos veces: «Luis García Haro. Cosmopolita 45», y, sonriente, se la devolvió.

—¿No quiere usted conservarla?

—No; porque aún no ha llegado para mí la hora de la purificación por el dolor.

Y tras una nueva explosión de risa, le hizo con la cabeza una altiva señal de despedida.

Dobló él la frente humillado bajo el rigor de aquel gesto inexorable; mas, a poco volvió a alzarla enfrentándosele ahora en una actitud sorprendente de supremo orgullo, y le dijo:

—¿Sabe usted, señora, quién la recibiría en mi casa?

—¿Quién?

—¡Mi madre!

Y se inclinó para alejarse en seguida, pálido y tembloroso.

Y al contemplarle de espalda, con su ridícula melena hasta los hombros, el traje pasado de moda, los zapatos en descuido, el andar zafio y fluctuante, Clara de Soto no pudo contener otra de sus alegres carcajadas.

—Pero, Dios mío, este chico está loco de remate. ¿Cómo es posible que un ente de tal figura pretenda suplantar a mi Gastón, tan hermoso, tan gallardo, tan lleno de vida, de juventud, de esplendor?... ¡Pobrecito! Si tentada estuve de ofrecerle mi portamonedas... Y, sin embargo, hubo un instante en que su palabra ardorosa y triste entraba en mi corazón como el aliento de un jardín primaveral cuyo aroma despertara en el alma la dormida emoción de un inocente retozo de mi niñez. ¡Loca de mí! Siempre fui soñadora. En aquel entonces, yo tomaba mi nombre y mis novios en los libros que leía. Yo era Blanca Flor; yo era Isolda; yo era Julieta; yo fui la Beatriz del Dante; la Laura del Petrarca. Y en el soneto de Rubén: «¿Recuerdas que querías ser una Margarita Gauthier?» Yo respondía desfallecida de amor: —«Sí, me acuerdo; sí, me acuerdo»... ¡Ah los artistas!... ¿Será



cierto que ellos aman de un modo distinto a los demás? Al menos, en el lenguaje que emplean para decir sus amores hay siempre un fino candor y una dulce convicción que los otros hombres no tienen. Ved, si no, lo que este escultorcito acaba de decirme: que él es feliz con solo mirarme gozar, aunque mi dicha provenga de una ternura que no es la suya. Sublime, ¿verdad? Y decíalo de tal modo... ¡Bah! Palabras, palabras, palabras, como clamara Hamlet... Además, a mí, ¿qué me importa?... Pues, nada; porque a mí lo que me importa ahora muchísimo es saber dónde está mi Lohengrin... Sí, ya lo sé; ya lo sé; mi príncipe entretiene sus ocios en algún *flirt*. ¡Siempre, siempre en un *flirt*! Y he ahí el único punto sombrío en el cielo de mi dicha, que mi señor es muy codiciado y que a él le encanta dejarse querer... Así son los hombres... Y así somos las mujeres: es mientras el objeto de nuestra pasión está en disputa, cuando más caro nos es, cuando más nos aferramos a su amor... Y, resultado muy natural, que ellos se erijen en sultanes y a nosotras nos tratan como odaliscas... ¡No en cuanto a mí!... ¡No y no!... Pero, ¿no es él, a quien veo allí en un cónclave de faldas que preside Blanca de Alvarado? ¡Sí; él es! Voy a sorprenderle.

Y se encaminó con planta ágil y resuelta hacia el grupo rival.

—Buenas tardes, Gastón.

—Muy buenas tardes, Clarita. Un minuto. Estaré con usted al instante.

—¡Oh, no hay prisa!

—Adelante, Clara.

—Gracias, Blanquita.

—Mire, Gastón, que Clara se desespera.

—No, Blanquita, ¡lo creo tan seguro al lado tuyo!...

—Pero es que también está Natalia aquí.

—Lo que no hace sino redoblar mis seguridades.

—¿Tan esclavizado tienes al galán?...



—Pues ya lo creo, si son de flores mis cadenas.

—¿De flores? ¡Qué frágiles!

—¿Lo crees así, Blanquita?... Pues bien, prueba a romperlas y verás cuán inútiles resultan tus esfuerzos y qué locas esperanzas son las tuyas.

La oportuna intervención de Gastón puso final a aquel sutil duelo a punta de alfileres.

—Vamos, Clarita.

—Vamos, Gastón.

—A los pies de usted, Blanquita. Adiós, Natalia. Señoritas...

—¡Cómo! ¿Se despide usted Gastón? ¿No lo veremos más en esta tarde?

—Sí, Natalia, ya volveré; hasta luego, pues.

Y se alejaron.

El ceño de Clara no daba lugar a engaños; allí, detrás, había una tempestad.

El le dijo, mimoso:

—¡Cuánto te agradezco vinieras por mí!

—Y yo, ¡cuánto siento haber venido por ti!

—¿Estás enojada? ¡Qué boba! ¿Acaso no eres tú la única en mi amor?

—No, Gastón; y hablemos con seriedad; ¿piensas volver al palco de la Alvarado?

—Ya ves que lo he prometido; pero en cambio, esta noche, ¡cuán felices vamos a ser en el oculto nido que he preparado para nuestro amor! Ya sabes; hay dos entradas; la tuya es por Embajadores 64...

—Sí, ya lo sé, ya lo sé... Pero, dime otra vez: ¿volverás al palco de la Alvarado?

—Amor mío, si eso te contraría...

—Sí me contraría.

—Pues bien, Clara, no iré.

Sin embargo, en su voz había un ligero tinte de inconformidad, de rebeldía, de ira quizá, que no pasó inadvertido a la sutil percepción de Clara.



Esta le tomó la diestra y se la acarició con un suave contacto de terciopelo; mas él la retiró con brusquedad.

Por los ardientes zafiros cruzó un relámpago; y como pasara entonces Octavio Aguilera, ella le atrajo con un leve ademán de su fina diestra enguantada, hizo una reverencia a Gastón y se dispuso a abandonarlo.

Suavemente él la retuvo, y al oído, con voz que era apenas un murmullo, le dijo:

—Ya sabes, Embajadores 64... Al toque de oraciones. Antes que cierre la noche... ¿Irás?

—Sí.

Y dos sonrisas brotaron a la par. La de él era de orgullosa e íntima satisfacción. La de ella... ¡Quién sabe lo que dice a veces una sonrisa de mujer!

Del brazo de Aguilera volvió a su palco. Allí se le reunió un enjambre de jóvenes amigas. A poco la charla era de las más interesantes y variadas. Se habló de trajes, de peinados, de carreras, de las fiestas caritativas que habían quedado muy lucidas, del próximo baile del Club Unión, del futuro enlace de la C. con un palurdo richachón, del divorcio de la H. y de muchas otras frivolidades que son, precisamente, los acontecimientos de mayor relieve en una sociedad que se tiene por civilizada.

El tiempo corría. Sonaron las seis. Hubo un movimiento general. Algunos autos impacientes hicieron oír sus roncas bocinas. Clara se puso en pie. Sus amigas la imitaron.

Al descender la gran escalinata del centro, topó con Gastón que acababa de despedirse de Natalia Cortés. Dos rápidas miradas se cruzaron. En las pupilas de él hubo una ansiosa pregunta; en las de Clara una afirmación.

Y mientras el automóvil se acercaba, ella repetía como en un sueño:

—Natalia Cortés... Natalia Cortés... ¡Ah el pérfido!
Dos lágrimas asomaron a sus párpados, detuviéronse



al borde de las pestañas, y fueron cada una de ellas, bajo las ardientes pupilas, límpida gota de rocío iluminada por un carbunclo de extraño y sombrío fulgor.

El chófer abrió la portezuela.

Con un rápido movimiento que dejó ver toda la aristocracia de la pierna, Clara de Soto subió al Packard, abrió su bolso, se miró al espejo, se enjugó los ojos, dióse una mano de polvos en las mejillas y en la garganta, dos toques de carmín en los labios, corrigió un ricillo sobre la frente, reposó la mirada en el cristal y sonrió enigmática y satisfecha.

Las pupilas eran, ahora, otra vez, dos amatistas risueñas y transparentes.

De pie, recto, casquete en mano, el chófer esperaba órdenes.

—¿Qué dirección, señora?

—Embajadores... No, no; espera... ¡Ah! ya recuerdo: Cosmopolita 45.

Y, cerrada la portezuela, vibró dentro del auto su altiva carcajada cristalina. Tal, indómito clarín de guerra que, luego de enterrar a uno de sus muertos muy queridos, torna a la ardiente lid, haciendo resonar sobre la marcha sus notas más orgullosas de reto, conquista y triunfo.



EL SENDERO ABANDONADO

A Gloria Borrell

Anoche, un ansia insensata de abrirme el pecho y estrujarme la llaga oculta que llevo en el corazón, me empujó por la solitaria alameda que *Ella* y yo solíamos recorrer, con paso indolente, mientras en sus labios florecían risas locas y dulcísimas palabras sin sentido que el viento arrebatava con ávido ademán.

Y en los murmullos del silencio, yo volvía a oír su cálido acento musical, como si el viento, al llevarse palabras y risas, hubiera dejado prendidos en el ramaje de los árboles, el eco de su voz y las risueñas vibraciones de su garganta.

También el banco de piedra que más de una vez suspiró bajo el éxtasis de nuestros besos largos y callados, conservaba aprisionado el recuerdo de aquellas horas tránsfugas. Ya los dos amantes no se estrechan ardorosamente para ser uno sólo en la carne y en el alma; pero ¡ay! las dos sombras unidas que proyectaban su cuerpo y mi cuerpo, allí están aun, formando, bajo el banco de piedra, una sola sombra...

Y hasta el escondido sendero que noche por noche grabaron sus pasos y mis pasos en el mullido césped, corrió a mí, como un perrito anhelante me besó los pies, y al verme, solo, me preguntó sorprendido:

—¿Y ella?

—¡Ella! ¡Oh pobrecito sendero abandonado!



SUBASTA DE AMOR

A Conrado Massaguer

El, afectando una cortesanía absolutamente impropia de la situación, llamábala doña Elvira.

Mientras ella, al nombrarle con su dulce voz llena de vibraciones mimosas, decía Rey, por Reinaldo, o bien, primo, como antes de ser esposos.

Pues estaban casados, perfectamente casados.

Y era esto lo que él no podía perdonarle, que ella le hubiera hecho caer de bruces, como un infeliz neófito, en la execrada y ridícula trampa del matrimonio.

Sin embargo.

Si alguien tenía la culpa de aquella lamentable caída, no sería en modo alguno la inocente muchacha.

Llamada por la tía Beatriz, ella acababa de llegar del colegio con sus quince años por delante, como se lleva un henchido cesto de frutas, sanas, frescas, olorosas, incitantes: dos rojas cerezas en los labios, dos radiantes melocotones en las mejillas, dos erguidas peras en el seno y una pudorosa manzana escondida en el regazo.

De todo ello se prendó Reinaldo con aquella voluntad violenta y dominadora de su carácter a lo don Juan, que le hacía lanzarse a la conquista de cuantas hembras veía y fueran de su agrado, para gozar sus encantos, y abandonarlas después, no importándole un ardite de sus imprecaciones de cólera o de sus ruegos desesperados.

Y una noche tras otra noche, dejábalo él todo en ol-



vido —bulliciosa cena con amigos, mesa de baccarat, salón de orgía— para llevarse a su prima de paseo por el rudo parque ancestral cargado de sombras cómplices y murmullos misteriosos, en donde le aturrullaba los oídos con sus ardientes frases de amor y sus mentidos juramentos de fidelidad. Y así resultó que una de aquellas noches el apasionado coloquio tuvo su desenlace natural: la incauta doncella, enloquecida esta vez, no por palabras y juramentos más o menos ardorosos, sino por besos, y besos, y más besos que le abrasaban la frente, los ojos, la boca, la garganta, sin darle paz ni respiro, resbaló de los brazos que la aprisionaban y cayó de espalda sobre el mullido césped.

Presuroso por ampararla quizá, Reinaldo cayóle encima en el momento preciso en que hacía su aparición frente al enlazado grupo de los dos amantes, la austera figura de la tía Beatriz.

Más piadosa que el terrible arcángel de espada flamígera, cuando, por una caída igual, echó del paraíso a nuestros primeros padres, la anciana señora, por todo ademán, al siguiente día mandó en busca del cura y del oficial civil y ante una alborozada concurrencia de jóvenes del uno y otro sexo que miraban con envidia a la gentil pareja, Reinaldo de Montiel tomó por esposa a su prima Elvira. La dote de la novia, suministrada por la tía Beatriz, consistía en casi todos los bienes de su extenso patrimonio.

Y este fue otro de los motivos de recóndito agravio que Reinaldo sintiera contra su prima, ya que, educado desde niño al lado de la generosa anciana, habíase acostumbrado a considerar como suyas todas aquellas riquezas. Y ahora, si era dueño de ellas, éralo, tan sólo, a título de consorte de doña Elvira de Montiel, su absoluta y legítima propietaria.

* * *



Han transcurrido dos años.

Poco, muy poco había variado Reinaldo en su tren de vida al tomar estado. Sus deberes maritales quedaron reducidos desde un principio a acompañar a su esposa a bailes, espectáculos teatrales y reuniones de sociedad, terminados los cuales, despedíase de ella en la puerta de la alcoba nupcial, cuyo umbral no traspasaba nunca. De allí, volvíase a su apartamento de soltero, situado en el ala opuesta de la señorial mansión, o bien, lanzábase de nuevo a la calle para finalizar la noche en una de esas fiestas que casi siempre tienen por epílogo la más desenfrenada orgía.

Fue en una de estas licenciosas bacanales, donde hizo irrupción cierta noche de carnaval una alegre y gentil mascarita, disfrazada con el clásico traje de Diana Cazadora: túnica corta, pierna desnuda, saeta en mano, carcaj sobre la espalda. Su gracia juvenil, su talento mordaz, la oportunidad y picardía de sus contestaciones, su risa siempre sarcástica y, sobre todo, la belleza de sus formas, que la trasparente gasa sólo recataba para hacerla más provocativa e incitante, atraieron desde luego la curiosidad y el interés de los concurrentes.

¿Quién era? ¿Cómo había llegado? ¿Quién la había traído? Nadie sabía nada acerca de ella. Ansiosos de poseerla, los hombres la rodearon en cerco apretado, ase-diándola con sus invitaciones y galanteos; pero, la tai-mada mascarita, tan pronto escogía uno, se arrancaba de éste para lanzarse en brazos de otro. Si por momento fingía alguna preferencia, a poco, su burlona carcajada convertía la envidiada selección en desengaño cruel. Y así iba por todo el salón, dando brincos, gozando su triunfo, burlándose de todos.

Las otras mujeres la miraban con no disimulado encono y rabia.

De improviso, la mascarita dio un salto y trepó en



el piano. De pie, con la aljaba en la mano, el pecho palpitante y erguida cuan esbelta y graciosa aparecía, era en verdad la misma Diana invencible.

—A ver, caballeros, me pongo en subasta. Quien de vosotros ofrezca más, ese me llevará a su lecho, con una sola condición.

—¿Cuál?

—Que el ganador no intentará quitarme este antifaz mientras haya luz.

—¡Aceptado! ¡Aceptado!

—Y bien, principia tú, jovencito imberbe. ¿Cuánto das por mí?

—La vida, porque no tengo otra cosa que ofrecerte.

—Gracias. ¡Es mucho! ¿Y tú?

—¡Mil francos!

—¡Dos mil!

—¡Cinco mil!

—¡Diez mil!

—Llegó tu ocasión, poderoso señor. ¿Cuánto pagarías por una noche de amor conmigo?

La provocativa interrogación iba dirigida a un opulento banquero.

—¡Cien mil francos!

Todos enmudecieron ante aquella suma brutal, ofrecida en cambio de algunas horas de placer con una mujer desconocida y cuyo rostro había de permanecer oculto mientras hubiera luz. ¿Quién había de ser tan temerario e insensato que osara superar aquella enorme cantidad?

Y, sin embargo, una voz vibrante de pasión incontenida gritó:

—¡Doscientos mil francos!

El círculo entero, empujado por el estupor, se hizo atrás, y quedaron frente a frente la interesante mascarita y su audaz subastador.



Era Reinaldo.

—Doscientos mil francos es poco —dijo ella—. Veamos qué otro tesoro pones encima de tu puñado de oro.

—Esta sortija de desposada y mi corazón.

—Aceptados sortija y corazón; no tus doscientas mil monedas, que es suma vil para pagar mis caricias. Pero eres joven y gallardo y me has gustado. Dime pues, ¿con sortija y corazón me darás tu amor todo entero, como a una novia feliz?

—Lo juro.

—¿Y me llevarás a tu propio hogar?

—Sí, te llevaré a mi propia alcoba de soltero.

—Soy tuya. Tómame.

El auto, gobernado por la mano impaciente de Reinaldo, devoraba el espacio. Al fin llegaron. En el portal de entrada, él la tomó entre sus brazos y en un santiamén trepó los escalones que conducían a su dormitorio.

Mas, al querer arrancarle la máscara, ella le detuvo.

—No, mientras haya luz; recuerda nuestro compromiso —le dijo.

—¿Y el cuerpo?

—El cuerpo te pertenece.

Con dedos entorpecidos por la emoción, fue él quitándole sus escasas ropas. No lo hacía con apresuramiento, sino como quien gozara en dilatar la grata operación. Tardábase en desprender un alfiler; en quitar un velo, en deshacer un lazo. Tan pronto descubría un nuevo encanto, lo besaba una y cien veces. Ya era un breve lunar, ya un gracioso hoyuelo, ora un montoncito de sombras. Y ella reía, reía como una chicuela a quien hicieran cosquillas. Al fin la tuvo completamente desnuda bajo su extasiada contemplación.

—¡Oh! ¡Qué hermosa eres! ¡Qué hermosa eres! Mas, ¡ay! ¿cómo besarte en la frente, en los ojos, en la boca, si aún conservas puesta esa horrible careta?



Con rápido ademán ella mató la luz, arrancóse el antifaz y se arrojó en sus brazos con el ardiente impulso de una novia feliz...

Y a poco comenzó el ardiente coloquio de los besos, los suspiros, las frases entrecortadas...

Súbito, ella preguntó:

—¿Me amas?

—¡Oh, sí; te amo, te amo más que a mi vida!

—¿Me permites hacerte una pregunta?

—Hazla.

—¿Soy yo acaso tan bella como tu esposa? Me dicen que es incomparablemente hermosa.

El tuvo un movimiento de mal humor.

—Por Dios, no me hables de esa mujer a quien odio, por lo menos, tanto como te amo a ti.

—¡La odias!... ¿Por qué?

—¡Qué sé yo! ¡Por gazmoña tal vez, tal vez por insulsa!

Ella se rió; se rió alegremente, como una chicuela a quien hicieran otra vez cosquillas. Claro era que le complacía oírle hablar de su esposa con palabras de tantísimo encono y menosprecio.

Después hubo un prolongado silencio. ¿Se habían dormido?

No en este momento... Ni en muchas horas más... Hasta que por fin, ella, en el transcurso de uno de aquellos dulcísimos letargos en que él se quedaba sumido, bajó sigilosamente del tálamo, se enfrentó al tocador, avivó con dos golpes de peine la ensortijada cabellera, tiró de las espesas cortinas del ventanal para darle paso a un bullicioso sol de primavera, y en una alegre cargada que le sacudía el cuerpo, gritó:

—Rey, mi Rey; mírame ahora y dime cómo me encuentras, si muy gazmoña o muy insulsa.



El dio un salto al oírse llamar de este modo, se res-
tregó los ojos y exclamó:

—¡Cómo! ¡Eres tú!... ¡Tú!... ¡Oh, Elvira, mi mujer-
cita adorada, qué hermosa eres!... ¡Y cuán exquisita!

Y comenzó de nuevo el coloquio de los besos, los sus-
piros, las frases entrecortadas...



CLEOPATRA

A Ramón Catalá

No obstante mi propósito formal no de detenerme en New York sino el tiempo preciso de efectuar mi traslado al «Mauretania», que partía de inmediato para Europa, la afectuosidad de los amigos que fueron a recibirme al muelle de la Clyde, torcióle rumbo a mi voluntad y quedéme por dos días para darles gusto y satisfacer, además, el reclamo de los recuerdos que desde la víspera me asaltaban con cien preguntas a la vez.

De estas, una había, sobre todo, que me tenía en suplicio la imaginación: ¿Qué había sido de Lucy, en los tres años transcurridos después de nuestra cena de despedida en Rector's?

Y su figura esbelta, fina, soñadora y enigmática, atravesaba mi cerebro de una manera aguda, como aquellos alfileres largos y brillantes con que ella se prendía el sombrero cuando nos conocimos.

Y no sólo en ese momento de mi arribo a la férrea ciudad del Hudson, era obsesión de mi espíritu su recuerdo, sino que siempre, siempre, había intrigado mi curiosidad la suerte de Lucy. Y ahora, en mi memoria, veíala pasar por delante de mí con todos los atributos caprichosos y fantásticos de su personalidad.

En el trato era inasible como el agua, como el viento, como un perfume. Su cuerpo podía ser poseído; su alma



nunca, a pesar de que en amistad parecía darse por entero.

En cuanto a su figura, no sería fácil de trazar ni para el pincel de un pintor, ni para la péñola de un poeta. No obstante, intentaré daros un medallón de su hermosura, aunque sé muy bien que si diez de sus amigos escritores —a veces su chalet se veía colmado de ellos— ensayáramos hacer su retrato, no habría uno solo que alcanzare el parecido; ni dos que se asemejaran entre sí. En fin, para comenzar, os diré que sus pupilas eran un par de miosotis húmedos, cual si en ellos brillaran sendas gotas de rocío... o de llanto. Sí, dos fúlgidas lágrimas que, lejos de invocar compasión, impusieran secreta inquietud. Y aquellas pupilas de un azul tierno como es el miosotis, estaban engarzadas en la suavidad de un jazmín que el negror de las pestañas y las cejas ribeteaba de tinta china; por lo que aparecía, siempre como de improviso, su contraste con los cabellos, oro cruel y ardiente como una llama; y con los labios, más encendidos aún, y, si ungidos de miel, también de escondida ponzoña.

Pero, lo que había en Lucy de mayor singularidad y de más vehemente atracción, no era su cara, ciertamente de un óvalo perfecto y más perfecta aún en sus facciones; sino su andar. Aquellos pasos eran —¿cómo diré?— ingrávidos, flotantes, inadvertidos. ¿Me he hecho entender? Sospecho que no. Pues bien, explicaré que en su andar los pies no parecían ser el elemento conductor de la persona. Lo que se movía y avanzaba, acercándose en una vibrante ondulación de serpiente, hasta envolvernos en su presencia, era su cuerpo todo entero. Era aquella garganta que había arrancado su hechizo hierático a los cisnes del Central Park; eran sus hombros, en los que todo movimiento delataba la mutilación de las alas; era su seno, adelantándose a nuestro encuentro, como la prora siniestra y triunfal de una galera de Caronte; era su



vientre, cuajado de ritmos armoniosos, provocadores e insaciables...

¿De dónde había venido? En el campo de los desechados por sus desdenes, corrían tres versiones desiguales e inaceptables las tres. Una, hacía la llegar mugrienta, raída y miserable de las estepas rusas, nihilistas y sanguinarias; otra, del fondo pringoso de los Balkanes; y la tercera, de la abigarrada gitanería andaluza. En tanto, sus admiradores creían haber encontrado los orígenes de su vida tormentosa en tres fuentes, también distintas, pero todas de orgulloso curso señorial. Estos, descubríanla archiduquesa Hapsburgo, fugitiva a la imposición de una odiosa coyunda matrimonial por inicua razón de Estado. Esotros, la proclamaban viuda de un poderoso nabab, escapada por fuero de hechicería a la terrible ley Manú y su ardiente hoguera. Mientras que conmigo estaban los que pretendían remontar las sagradas corrientes del Nilo, para hallarle progenie en los Ptolomeos, dada su identidad de cuerpo y de alma con la deliciosa reina que había subyugado a César, y esclavizado a Marco Antonio. En verdad que el parecido era extraordinario e impresionante.

Y para mayor confusión, he aquí que Lucy hablaba todos los idiomas civilizados con la misma elegante imperfección con que se expresaba en inglés. Su vida, envuelta siempre en el prodigio y la leyenda, aparecía constelada de costosísimas extravagancias y de un montón de aventuras trágicas.

Yo conocí una de estas; la del pobre Willy, violinista en los conciertos del Cabaret Woolf. Era zíngaro. Tal vez trató a Lucy mucho antes que todos sus admiradores, y aun se decía que habían llegado juntos a New York, y que ya desde Europa, el amor había lo convertido en la sombra infatigable y atormentadora de nuestra heroína. Una noche en que ella vino al restaurant Churchill con su amante de esos días, el arrogante Al Spencer, millonario



y derrochador por los cuatro costados de su herencia, allí se le plantó Willy, con su frac raído, su cabellera hirsuta y el rostro desencajado y pálido de las tragedias, por lo que todos nosotros nos pusimos en sobresalto. Lucy lo miró fijamente y cuando lo tuvo subyugado, atrájolo junto a sí con un ademán de su mano enguantada. Acercóse él tímidamente, como un perro que espera el puntapié. Y hablaron de este modo:

—Oye, Willy, esto no puede continuar; me fastidias y me desesperas. Dime, pues, ¿qué he de hacer para echarte por siempre de mi lado?

Y como él, sin comprenderla, permaneciera extático, mirándola con sus ojos llenos de llanto, ella le habló de nuevo:

—Vamos, di, ¿qué quieres?

—Un beso, señora.

—No, un beso no te bastaría; dime: ¿te conformarías, ya para siempre, con una noche de amor?

—¡Oh, señora! Sí, sí, sí.

—Y después, ¿qué harías si no te quisiera más?

—Me pegaría un tiro, señora.

—¿Lo juras?

—Sí, lo juro.

—Y bien, trato hecho. ¡Vamos! Y se puso en pie.

Spencer quiso detenerla; pero ella, con una sola mirada de sus ojos en cólera, que brillaron como dos carbunclos, lo contuvo. Seguido metió su brazo ya desnudo por entre la manga mugrienta del violinista y se lo llevó. Todos nos quedamos mudos y desconcertados.

Por dos días no supimos nada de Lucy. Al tercero apareció en Woolf y allá corrimos todos sus amigos. Al ver nos se internó en el grupo. Estaba deslumbradora de hermosura, aunque sumamente pálida. Bebía champagne y reía... Reía con aquella risa suya que hacía daño oírlo. Por la madrugada se puso en pie, tomó del brazo a Spencer con la naturalidad de quien reanuda una conversa-



ción recién interrumpida, salió a la puerta e hizo llamar su carro. Al poner pie en el estribo, todos la rodeamos. Pero, en ese momento sonó un disparo y el cuerpo de un hombre rodó por el suelo. Lo levantamos. Era Willy... ! De un salto Lucy se echa sobre él; lo toma en sus brazos; lo besa en la frente, en los ojos, en los labios. Recoje, así, pegada boca a boca, sus últimos estertores. Después, entró en el auto. Tras sus faldas lánzase Spencer, a quien ella rechaza con un violento empujón. Dicta órdenes al chófer, y parte en carrera desalada. He ahí a Lucy.

Ahora, me falta decir que de todos sus amigos era a mí a quien ella prefería para sus juegos y sus paseos, para sus carreras a caballo, para sus días de neurastenia, y sus noches de mal humor, risa y champagne. Y nada más. ¡Nada más!... De todos sus amigos, era yo el único que no había penetrado en su alcoba, que no conocía su tálamo, que no había visto nunca la maravilla de su cuerpo desnudo, que ni una sola vez había sido su amante.

Y cuando yo, de rodillas, le preguntaba :

—¿Pero, por qué, Lucy, no me quieres?

Ella, entre un beso y un suspiro me contestaba invariablemente :

—Pues, por eso precisamente, porque te quiero.

Figúrense mis lectores si tendría yo empeño en llamarla la noche misma de mi arribo a New York.

Mis amigos me llevaron a Mouquín, que, según ellos, era ahora su campo de entrenamiento.

Allí la encontramos.

Quise acercármele; pero, la frialdad de su continente me detuvo. Tomé asiento en una mesa cercana a la suya y hablé con los amigos.

—¿Quién es ese que la acompaña?

—Lord Quidney; su nuevo amante.

—¿Y Spencer?



—Helo ahí, frente a ti.

—¡Cómo! ¿Ese guiñapo humano? ¡Imposible!

—Pues ese guiñapo es él. Desde la muerte de Willy, Lucy lo apartó de su lado, y más nunca quiso recibirlo, ni aun como esposo cuando él se lo propuso; por lo que se dio al whisky, a la cocaína, al opio, al diablo, y ahí lo tienes: ¡un guiñapo!

En tanto, ella frente a nosotros bebía champagne, copa tras copa, sin mirar ni una vez hacia mí. Y sin embargo, yo presumía, mejor dicho, yo sabía por la inquietud de sus hombros, que ella no perdía palabra de cuanto se decía en nuestro grupo.

Por tanto, mi aire de indiferencia se hizo cada vez más marcado.

Hacia la madrugada se puso en pie, tomó su chal y me miró. Temblé... En aquellos ojos había una orden, que desde luego juré dejar incumplida. No, no iría a su casa. ¡No y no!

Pero, diez minutos más tarde, allí estaba, en su portal, donde ella me esperaba.

Sin decir palabra, me tomó de la mano y me condujo hasta su alcoba que pisaba por primera vez en mi vida.

Y, también, por primera vez en la vida, vi correr sus lágrimas y escuché sus sollozos.

Para acallarla y enjugar su llanto y ocultar mi propia emoción, llena también de inextinguible angustia, me lancé a ella y la cubrí de besos...

Fue en la prima noche cuando regresé al hotel. Mi equipaje no estaba allí. Alguien lo había hecho trasladar esa misma tarde al «Lusitania», cuyo viaje estaba anunciado para la mañana del siguiente día.

Y con la aurora, allá fueron mis amigos a despedirse de mí.



Uno de ellos puso, silenciosamente, en mis manos la edición matinal del «The World».

Di un salto y di un grito. En la primera página aparecía el retrato de Lucy: ¡muerta!

Debajo del seno izquierdo los médicos habían encontrado la huella cárdena y emponzoñada de un áspid.



EL NABAB

A Arturo Roselló

No había yo terminado mi relato acerca de Lucy, cuando se me enfrentó «El Nabab» con esta pretensión:

—Esa aventura es, sin duda muy emocionante y simpática; pero algo podría yo contar de mi paso por New York que la superaría en interés y novedad.

Ya lo esperábamos todos, pues siempre era así: ¿Qué acontecimiento le había ocurrido a cualquiera de nosotros, por inaudito que pareciera que «El Nabab» no lo dejara supeditado con otro relato más extraordinario aún? ¿Dónde hubo aventura de amor trágico, terrible duelo a cuchilladas, sangrienta caza de fiera, conflicto de hambre y sed en el desierto, o bien horrisono episodio en el aire, en el mar, en las entrañas de la tierra, que no quedara de inmediato ahogado y barrido completamente de toda emoción, por algo que «El Nabab» había presenciado, convirtiéndose al contarlo en el personaje céntrico de tal hazaña, en su héroe principal?

¿Fanfarronerías? Sí, señor; así también lo creíamos nosotros al escucharle en sus primeros relatos; pero, frente a las pruebas positivas e inequívocas, que él, luego, acumuló ante nuestros ojos asombrados, fuerza nos fue reconocer su absoluta evidencia, por desmesuradas e imposibles que tales hazañas parecieran.

¡Oh, aquel archivo del «Nabab»! Además de cien ejemplares de periódicos y revistas de todos los países, que



en notas sensacionales prestaban raíces de fe indestructible a sus estupendas narraciones, había allí, perfectamente documentados, una henchida porción de autógrafos de los personajes más influyentes en la vida internacional de este primer tercio del siglo que vivimos: de Clemenceau, de lord Churchill, del rey Alberto I, del Kronprinz, de Joffre, del mariscal Haig, del milagregro Starests que fue amo y señor de la Rusia imperial, etcétera. Y aparte, muy aparte, un sobrecito coqueto y misterioso, resguardado bajo sello inviolable, como para mantener en ascuas nuestra curiosidad; hasta que al fin, una noche de lluvia triste y *brandy* enloquecedor, saltó el lacre. Era de la Mata Hari. ¡De la Mata Hari!... ¡Oh, qué envidia para todos! ¡Qué envidia de aquel plieguecito, escrito con miel picante y que aun conservaba entre sus cuatro páginas el aroma exótico, embrujador y exquisito que la famosa bailarina exhalaba de su cuerpo, y que, según su biógrafo, fue el hechizo irresistible con que ella atrajo al pecado y rindió a la indiscreción a tantos bravos militares y a tantos políticos eminentes que por aspirar ese satánico perfume se perdieron!

El nombre del «Nabab» era... era... No; no lo recuerdo ya; o bien, nunca sus amigos le conocimos a ciencia cierta sino por su hermoso apodo, más verídico, o, cuando menos, más firme que cualquier otro; ya que según nuestros cómputos, él solía mudar de nombre a medida que sus actividades cambiaban de campo. Y esa había sido su existencia, la de un nabab arrogante, fastuoso y derrochador; si en algunas ocasiones faltó hasta de un maravedí, en otras —las más de las veces— arrojando un Pactolo sobre cualquier azar: paro y pinto, cara o cruz, sota contra rey. Y casi siempre la buena suerte precipitábase de su lado, como si la diosa Fortuna se complaciera en rebosarle la escarcela a este loco insigne para que continuara haciendo de las suyas.

Mas, ¿qué estoy hablando? ¿Acaso se trata hoy de re-



latar la historia del «Nabab» o bien, de contar una de sus mil historias?

Sea como fuere, ahí queda grabada a grandes rasgos, la fisonomía del héroe de esta aventura.

Ahora, oigámosle :

—Iba para Europa. Durante la travesía de La Habana a New York me ligué en agradable amistad con Mrs. Smith y sus dos hijas, Katy y Lillian. Aquella tocaba el piano con notable maestría. Esta cantaba como un pájaro, y era un primor de mujer : lirio el cuello, clavel la boca, miosotis los ojos, enredadera de oro fulgurante los cabellos. Sí ; ya sé que esas comparaciones han quedado en desuso ; pero, francamente, no de otro modo sabría pintar con exactitud la exquisita belleza de Lillian. Y, sin embargo, no era de mi entero gusto esa belleza. Encontrábala incompleta, inacabada. Como si el buen Dios, al formarla, se hubiera detenido un instante a contemplar extasiado su linda obra y que la chiquilla, vivaz como era, se hubiese escapado en un salto a gozar del mundo, sin esperar los últimos lineamientos de su hermosura. Sonrióse de la travesura el Supremo Artista, y al alcance de Lillian lanzó a Katy recargándola con los retoques que a la otra faltaban. De ahí que ésta tuviera, tal vez en demasía, lo que se echaba de menos en Lillian ; avance triunfal en los pechos, ritmo provocador en las caderas, amplitud en los muslos. Al verlas venir, era Lillian quien primeramente llamaba la atención, con sus rubios encantos primaverales ; pero, cuando ya habían pasado, tras Katy se iban, con impulso irresistible, las miradas golosas, los deseos incontinentes, los comentarios henchidos de ardor y de envidia. Así también, cuando las dos hermanas exhibían sus habilidades artísticas, si los dulces trinos de Lillian nos mecían en un mórbido ensueño romántico, a poco, Katy, sentada al piano, nos arrancaba del tierno éxtasis, para precipitarnos en el oleaje tumultuoso de sus vibraciones cromáticas, cuyos compases as-



cendentes seguíamos ávidos en la rítmica ondulación de sus caderas.

Paréceme que fue ya frente a la estatua de la Libertad donde Katy y yo nos juramos amor eterno. ¿Demasiado tarde? Sí, convengo en ello; y para recuperar el tiempo perdido, accedí, por fin, a las insinuaciones de Mrs. Smith, quien durante toda la travesía no había cesado de ponderarme las excelencias del *boarding* que en Park Avenue y frente a frente de su propio apartamento, regentaba una amiga de infancia, venida a menos: Mrs. Taylor.

—Allí no tendrá usted por qué abrigar temor alguno contra ladrones y rateros —añadía ella— pues en el mismo edificio vive el temido capitán Castillo Brown. ¿Lo conoce usted?

No, personalmente yo no conocía al famoso guerrillero mexicano que entonces ocupaba una posición prominente en la Oficina de la Policía Secreta de New York; pero, por la prensa sabía de sus hazañas y las de su perro Leal.

Sin duda que era un *boarding* muy confortable el de la señora Taylor: Servicio de elevador hasta la medianoche, lujoso salón de recibo, buenos baños, variado y apetitoso menú, y para mi mayor contento, frente a frente, el apartamento de Mrs. Smith y de sus dos hijas.

Pero...

Cuatro días habían transcurrido ya desde mi llegada a New York y mis estratagemas amorosas no habían alcanzado otro galardón que algunos besos y apretones cambiados furtivamente con Katy, por lo que resolví dar a los diablos aquella estéril aventura y reanudar mi odisea hacia El Havre a bordo del «Ile de France» que partía en la mañana del siguiente día.

Y esa última noche de permanencia en la ciudad-cílope, la dediqué a rodar de café en café con los amigos y de trago en trago, hasta las dos de la madrugada, hora en que tomé un auto y regresé a mi alojamiento.



Fue al descender del vehículo, cuando hube de notar un cambio operado en mi vestimenta; el sobretodo que traía no era el mío. Procedí a registrarlo. En el bolsillo interior hallé una voluminosa cartera con cifra en oro E. S. y que contenía cartas, cuentas, algunos billetes de banco y dos cheques de gran valor extendidos a la orden de Bartham, Suárez & Co. Diablo de mozo tan distraído aquel del Café Imperator; pues, ¿no había cambiado mi capa con la de don Emilio Suárez, el fastuoso petrolero colombiano? Y ahora, ¿qué hacer?

Este percance me produjo alguna alarma, pues podía dar lugar a una investigación policial contra mí, y consecuentemente al retardo indefinido de mi viaje.

Y así, echando pestes y maldiciones contra el atolondrado sirviente y contra mis tragos excesivos, subí —no sin algunos traspiés— las escaleras del *boarding-house*.

Y he aquí que, al tratar de poner el llavín en la cerradura, la puerta se abre sigilosamente; una mano suave y tibia se apodera de la mía, y llevándome tras sí, háceme entrar en una pieza contigua cuyo ambiente cargado de perfumes exquisitos denuncia a mis sentidos la alcoba de una mujer elegante.

—Katy...

—¡Chis!... ¡Borracho!

Dios mío, este acento netamente español no es el de Katy. ¿Dónde, pues, me encuentro y por quién se me ha tomado? ¿Por un amante furtivo, o por el hijo pródigo de la casa a quien la hermana cariñosa quería precaver contra el furor paterno?...

Sin perder tiempo, mi incógnita compañera me arrebató el sobretodo que tira en cualquier parte; empújame blandamente hasta hacerme caer en una cama que la oscuridad no me había dejado ver; quítame los zapatos e intenta despojarme de mis otras prendas de vestir, a lo que me opongo temeroso de una sorpresa fatal. Mu-



sita ella algo que no logro percibir, y sin otro preámbulo se acuesta junto a mí... Mi emoción es enorme. Luchan en el pecho, temor y audacia. ¡Qué olor tan grato el de este cuerpo protegido apenas por un leve peinador de gasa y que se me arrima de espalda sin prevención alguna! La tentación se hace insofrenable... Suavemente, y como al descuido, poso mi mano aquí, allí, más allá... Ella se estremece, me da un manotón y vuelve a decirme:

—¡Borracho!

Y yo pienso: Sí, sí, estoy borracho; pero, ahora, no es de *whisky*, ni de *brandy*, ni de licor alguno; sino del olor de este cuerpo casi desnudo que tengo junto a mí; del contacto de esta carne que se me pega más y más y que no me atrevo a tocar por miedo, sabe Dios a qué peligro inmenso.

Nos aquietamos. Minutos después la siento dormir... Mi mano vuelve a extenderse poco a poco, quizá por sí sola, sin ningún mandato de la voluntad. Se alarga. Hurga. Encuentra, por fin, la juntura del peinador. Lo entreabre. Toca un globo mórbido y henchido. Toca el otro. Prodígales sus más tiernas y suaves caricias. Después, el leve tacto se desliza, baja lentamente... ¡Qué suavidad la de esta piel!... Mas, me detengo temeroso... La escucho suspirar. Se vuelve hacia mí, y... abre los brazos...

—Sí, sí; pero, dime: ¿Quién eres?... ¿Quién eres? Dime, ¿quién... eres?

¡Oh! el deleitoso momento de esa ansiosa pregunta que yo no pude contestar ni entonces ni en otros momentos después...

Súbito, se oyen los ladridos de un perro. Mi compañera me dice con suma sencillez:

—Es Leal.

¡Virgen santa! ¡Leal! ¿El famoso *bull-terrier* del capitán Castillo Brown?... A duras penas logro esconder mi pánico; pero la sangre se me hiela en las venas. Los ladridos continúan cada vez con más furor. ¿Me habrá



olfateado ese bandido? Una ronca voz de mando acalla al perro. Reina de nuevo el silencio en mi redor, mientras aquí, dentro del pecho, el corazón es un péndulo desordenado que se me quiere saltar por la boca... Y así transcurren los minutos, lentos, pesados, angustiosos...

Rendida, mi compañera se duerme como un niño. Con suma cautela retiro mi brazo de su talle. Poco a poco me levanto. Tomo mis zapatos. A tientas encuentro la puerta de la alcoba. Me deslizo hasta la otra puerta. La abro, salgo. Nuevo estrépito furibundo de Leal. En tres brincos bajo las escaleras. Ya estoy en la calle. Un reloj público suena cinco campanadas. Me calzo. ¡Gracias, Dios mío!

¡Oh, qué feliz me sentí, qué tranquilo cuando dos horas después, el «Ile de France» recogió sus amarras, levó anclas, dio sus últimos pitazos y pasó frente a la estatua de la Libertad! Nunca ésta me había parecido tan hermosa. Desde el ancho puente de la nave le hago un saludo que ella corresponde con un guiño malicioso. Sin duda quiso recordarme mis juramentos de amor a Katy. ¡Bah, *Good by!*

* * *

Entregado ahora a su añoranzas, «El Nabab» parece no darse cuenta del agudo interés que su relato ha despertado en nosotros, ni de la ansiedad con que esperamos su continuación; hasta que, por fin, alguien, haciéndose eco del pensar de los demás, le interrogó de esta manera:

—¿Y nunca más supiste de aquel sobretodo abandonado en la alcoba de tu Psiquis?

—¡Ah! sí. Una tarde, al regresar de las carreras de Longchamps, entro en el Café Riche. Delante de mí dos personas toman puesto después. Parecen marido y mujer. Esta me da la espalda, pero queda tan próxima a



mí que casi toco su asiento con mis rodillas. Hablan en castellano con el meloso y cálido acento de nuestras tierras de América. Repentinamente me invade una inquietud; el olor que mi vecina expide de su cuerpo provoca en mí ser una rara sensación de recuerdos dormidos en la subconciencia y que ahora se despiertan con la intensidad de una obsesión. Sí; yo he sentido en otro momento este mismo olor humano que en mis recuerdos es único. Reparo detenidamente en los contornos del cuerpo que exhala tal aroma... Oh, esta espalda... este talle... esta cintura... esta hermosura toda entera, yo la he tenido junto a mí, la he tocado con mis manos, la he estrechado en un abrazo infinito...

A su vez mi vecina, como atraída por un imán irresistible, se vuelve hacia mí, me lanza una mirada rápida y profunda y seguido torna a ocupar su actitud anterior. Pero, vano es que su compañero le hable. Ella no responde. No le atiende. Tal vez no ha podido oír lo que él le dice, entregada como está, por completo, a las llamadas evocadoras de su instinto, a su inquisitiva interior, a sus recuerdos entre sombras... Su turbación se evidencia hasta en el oscuro silencio en que se ha sumido. Por fin, se alza de su asiento. Ya no puede más con los pensamientos que la asaltan. Vuélvese. Me mira otra vez con un incendio de rubores en las pupilas, y roja hasta querer saltársele la sangre, toma su abrigo, y seguida de su hombre, se lanza escalera arriba al refugio de sus habitaciones.

Acércome al registro del hotel. Hojeo. Busco. Leo: «*Mr. et madame Suárez-Castillo*».

¡Pues, claro! El famoso *bull-terrier* había descubierto al dueño de la capa abandonada...



PLEGARIA DE UNA MARGARITA

A Marina Soler

Cual un Centauro que en contenida fuga dejara rodar sobre la humeante grupa su manto de sombras bordado de oro y teñido en sangre, arrastrándolo por encima de malezas que son bosques de robles corpulentos, y entre pedruscos que son montañas; así, paso tras paso, el Crepúsculo se alejaba para hundirse en los abismos del espacio.

Sólo el aliento entrecortado del jardín —un jardín rebosante de rosas, gardenias, claveles, jazmines, flores todas de voluptuosidad y amor— interrumpía aquel silencio que nos rodeaba como los tapices de una alcoba cómplice.

Ella permanecía muda, abstraída, casi adusta. Su frente, tan pálida que imponía tristeza, era una breve y atormentada flor de lis agitada de continuo por la impiedad de vientos encontrados.

Como en las páginas de un antiguo breviario de marfil —ya recorrido otras veces en pleno sol, y que ahora lo iluminaran dos cirios en agonía, ¡sus ojos!— yo leía en los angustiosos pétalos de la pálida flor de lis: al amor sucedía el espanto, al espanto otra vez el amor... Y sus labios, fina margarita, parecían deshojarse en un leve murmullo: Sí... no... sí... hasta convertir los últimos pétalos en un desesperado ruego a Dios, al Destino, a la Fatalidad: Sí... sí... sí...



ESQUIVA

A Ana María Garasino

Sería una divertida historia de volúmenes la que se escribiera sobre mis olvidos y distracciones, algunos de ellos tan risibles que, al comentarlos mis amigos con exageraciones y burlas, yo mismo he fingido celebrar sus ocurrencias, para no dejar en descubierto mi incomformidad con este ancho y espeso vacío que con harta frecuencia se produce en mi cerebro.

Y como muestra, os brindaré este botón de mis veinte años :

Cierta noche recibí de mi sastre un chaleco blanco de rigurosa etiqueta, que me llegó en el preciso momento en que daba comienzo a los afanes de mi toilette para un baile del Club Unión, en cuyos salones, esa misma noche, según promesas del pícaro Eros, había yo de alcanzar uno de los triunfos más resonantes de mi presentuosa vida a lo Don Juan. Interrumpí mis labores de arreglo personal para probarme la flamante pieza. Con su lenguaje de éxtasis el bruñido cristal de mi tocador elogió la elegancia del corte, y satisfecho de esta aprobación, reanudé los esmeros de mi acicalamiento. Ya, cuidadosamente rasurado y empolvado y perfumado, púseme el pantalón, la bien planchada camisa, el erecto cuello, la impoluta corbata. *¡All right!* Ahora, venga el chaleco... pero, ¿dónde está?... Y busqué. Y rebusqué. Volví la alcaoba de abajo para arriba. Sudé a mares. Eché pestes. Mal-



dije mi estrella. Todo fue inútil. La escondida prenda no apareció por ninguna parte. ¿Qué hacer, entonces, sino apelar al viejo chaleco que, por sus nobles y muy prolongados servicios, ese mismo día yo había relegado al cuartel de los inválidos? En fin, vestido con él, me presenté en el Club.

Allí, en corro de amigos, mientras escanciábamos una segunda copa de champagne, hice cuento del inaudito percance. ¡En mal hora tal hice! Con razonamientos de aparente lógica, todos dieron por sentado que el mismo mozo que había traído el chaleco, de nuevo había cargado con él. Y como en el fondo de esta aseveración palpitaba una enojosa sospecha contra mí, con acritud no disimulada los increpé de esta manera:

—¿Os habéis vuelto sordos o estáis borrachos ya? ¿No os he dicho que fue después de la salida del mozo, cuando me probé el chaleco?

—¡Ah! entonces, espera un momento —me replicó, vivaz, el más íntima de ellos.

Y con dedos ágiles que no me dieron tiempo a percatarme de su intención, me tentó los costados, me desabotonó el chaleco, abrióme la pechera. ¡Fullerías del diablo! Allí, debajo de la camisa, apareció la rebuscada prenda, tan orondamente, que todos entendieron bien que se estaba burlando de mí.

En alas de dos minutos, el cómico incidente recorrió todos los ámbitos del salón; lo que advertí de inmediato al reparar cómo mi abdomen se había convertido en punto de mira para cuantos ojos maliciosos allí estaban, los de mi adorada Dulcinea entre ellos.

Corrido y malhumorado, tomé el sombrero y volví a casa.

* * *

Sin embargo...

No son los de este género estupendo y casi inconcebibles que os acabo de contar, los olvidos y distracciones



que mayores trastornos y más hondas cavilaciones me han causado en la vida; sino otros, muy simples al parecer, y hasta muy comunes en cualquiera existencia humana.

Por ejemplo: los lentes que no encontraba en el momento preciso de valerme de ellos; la navaja con que ya había comenzado a afeitarme y desaparecida al darme jabón de nuevo; el interesante libro recién abandonado para encender un cigarrillo; la pluma con que escribía hace un instante. Y así, la corbata, el bastón, el sombrero. ¡Qué se yo!

Y todo aparecía al fin, tras la incesante búsqueda, en cualquiera de los lugares más notorios a mi vista: sobre el tocador, el lavabo, la mesita de noche, la cama, el escritorio... Como si alguien los hubiera escamoteado por un momento, sólo para hacerme desesperar y rabiar, colocándolos después, a hurtadillas, allí, debajo de mis ojos, para reírse entonces de mi sorpresa y confusión.

Por supuesto que muchas veces estas pérdidas de tiempo en la búsqueda de un objeto absolutamente necesario, se prolongaban hasta hacerme faltar a la palabra empeñada para una cita, o hacerme perder la oportunidad de un buen negocio; lo que, naturalmente, prendíame la sangre en ira.

Y los que entonces me sorprendían en uno de estos raptos de incomodidad contra mí mismo, y escuchábanme proferir pestes y hasta interjecciones de blasfemo, explicábenselo todo con decir: ¡Cosas de poeta!

¡Cosas de poeta!... Y en tanto, yo percibía, muy distintamente, en cada uno de aquellos percances trastornadores, la risa suave y bien timbrada, pero, siempre pícara y burlona, de quien me escondía los lentes, la navaja, los cigarrillos, el libro cuya lectura paré por un momento, la carta recién llegada y no leída aún. Y era muy natural que en tales casos yo prorumpiera en denuestos contra el burlón.



Sí; al principio, su fina carcajada resonaba en mi oído con la expresión desesperante de una burla mordaz. Pero, a medida que las facultades sensorias de mi subconciencia normal fueron aguzándose, otros matices de su risa se hacían más diáfanos y claros a mi percepción; hasta que, al fin, sus ritmos vibratorios llegaron a resonar en mi oído como el blando murmurio de un arroyuelo deslizándose por entre guijas blancas y caracoles sonrosados. Y así, también, el escamoteo de objetos que antes tanto me irritaba, trocóse en la inocente travesura de una mujer amada, que se complaciera en provocar un fugaz enojo de minutos, para tener ocasión de borrarlo con su ternura.

¿Una mujer?...

¡Sí; una mujer!

Pero, ¿quién era ella? ¿De dónde venía? ¿Qué vínculos o conocimientos anteriores la unían a mí? ¿Por qué nunca se dejaba ver, y siempre la sentía a mi espalda?

Como habéis de comprenderlo, desde que estas interrogaciones se me abrieron en la mente, todas mis facultades de investigación se agruparon en torno del interesante fenómeno que se producía en mi alcoba, casi a diario, y preferentemente en las mañanitas.

En sus comienzos, mis ardorosas pesquisas, empujadas por las corrientes de la época, lleváronme a los centros espiritistas; y durante semanas y semanas fui el neófito más asiduo a sus sesiones de invocación y experimentos.

Pero, a medida que iba penetrando en los misterios de esta cábala, mis entusiasmos se iban enfriando gradualmente; hasta apagarse por completo, cuando, por toda explicación de mi caso, se me afirmó repetidas veces y en diversos centros de sus estudios, que yo era la víctima incesante de un espíritu rencoroso y fisgón, quién, por no sé qué venganza del pasado, complacíase, ahora, en hacerme dar traspiés. Y ante la persistencia de seme-



jante patraña, los di al diablo a todos ellos: sus magnetizadores, sus sensitivos y sus mediums.

¿Venganza de un espíritu fisgón, aquel juvenil retozo en el que ella me escondía los objetos de mi uso, para ponerlos, después, a mi vista, mientras el candoroso murmullo de su risa se me entraba en el pecho como una alegre alborada de Pascua? ¡Vamos, señores espiritistas, no seáis tan simples!

¿Y cómo admitir ahora, tras las experiencias adquiridas en sus mismos centros de invocación, que ella pudiera ser un espíritu de ultratumba? ¡Claro que no! ¿Acaso un alma ida de la tierra podía guardar dentro de su sombra incorpórea el suave olor humano que la delataba, inconfundiblemente, al acercarse a mí? ¿Ni la tierna vibración de su risa jovial? ¿Ni su aliento que yo sentía detrás de mis hombros en ritmo acompasado y tranquilo; pero, que, en otras ocasiones, se hacía rápido e insereno, cuando la agitaba una honda emoción de descontento?

¿De descontento?

Sí; porque es hora ya de deciros, mal que le pese al orgullo de mi propio decoro, que en más de una vez hube de sentir el duro agobio de su enojo por algunas acciones mías; de esas que los hombres, atraídos hacia un interés mezquino de la vida, solemos cometer y que siempre —como todo motivo, impuro— dejan en vergonzoso desamparo la justicia de una causa, o la honestidad de un proceder.

En tales ocasiones, alejábase ella de mi lado con un brusco movimiento de repulsa, que me ponía en el corazón la garra asfixiante de una cruel congoja. Se iba... Y el tremendo castigo de su ausencia se prolongaba por dos, por tres, por cuatro días inmensos... Para aplacarla y atraerla de nuevo a mi alcoba, había yo de apresurarme a corregir las consecuencias de la injusticia cometida, o a



renunciar a las sórdidas ventajas de mi deshonesto proceder.

Retornaba ella entonces... La sentía llegar. Percibía su olor; su aliento. Y sentía también el leve roce de su mano sobre mi espalda; tal un breve ademán que esbozara un perdón. Pero, permanecía triste, triste, triste. Como si mis arrepentimientos no bastaran a desagruar toda la pesadumbre de mi inconducta. Y en esa mañana de su retorno, no había risas, ni escamoteos, ni demostración alguna de su espíritu candoroso y jovial.

Otras veces, en estas ocasiones de sus enojos, era de noche cuando creía sentirla a mi lado, sentada en mi propio lecho si estaba enfermo. Entonces no me la denunciaba su perfume natural, el suave olor de su persona, sino cierto ambiente de exotismo y lejanía que llegaba con ella, y la envolvía como un cendal flotante de azul y de inmensidad, dándome con ello la sensación de venir de muy lejos, a través de los mares profundos y las más erguidas montañas.

Y entonces volvían a florecer en mi espíritu, como botones de fuego, las interrogaciones. ¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Qué nexos la unían a mí? ¿Por qué se mostraba siempre esquivada a mis ojos?

Cierto que ahora ya sabía yo del fenómeno psíquico en virtud del cual se producía su presencia en mi habitación. Era un caso bien definido —aunque siempre ignoto en su esencia— del desdoblamiento de una persona. Sin duda que en éste que os relato con absoluta sinceridad, las manifestaciones no aparecían en la forma imprecisa que cien autores han anotado, sino tales como yo las presencié. Cuento lo que he visto, lo que he vivido, no lo que las experiencias de los demás me han enseñado.

* * *

Y resultó que una noche, cinco compañeros de mesa alegre y champagne embriador, nos fuimos a epilogar



nuestra alborozada cena a uno de los cabarets más en boga de los altos arrabales de la ciudad.

Cuando llegamos, ya los tizones de la bacanal ardían en los cuatro puntos cardinales de aquel templo esplendoroso del vino y la lujuria. Se bailaba, se cantaba, se decían a voces chistes obscenos, se reía a carcajadas. Aquel contento general era, a la vez, formidable y espantoso. A pesar de nuestro champagne, al entrar quedamos deslumbrados y cohibidos. Mas, a poco, ya éramos de los más intrépidos en las falanges del escándalo; y la mesa que se nos asignó, vióse, al punto, rodeada de las mujeres más bellas e impúdicas del salón, que se nos sentaban en las rodillas y nos hacían beber, mezclados y confundidos, todos los licores, hasta no poder más.

Súbito, al lado mío, una mano da una bofetada. Otro esgrime con terrible acierto una botella de whisky. Sale a luz un puñal. Se oye un golpe. Resuena, angustioso, un grito de mujer. Un cuerpo humano rueda al suelo. Cien botellas vuelan por el aire. Se apagan las luces... No sé más. No sé más...

Cuando llegué a casa, el alba sonreía en los balcones. Con precauciones de ratero, abrí la puerta y me deslicé hasta mi alcoba. La hallo abierta. ¿Quién está ahí? No; no hay nadie. Entro. Como un autómatas avanzo sobre la mullida alfombra y me detengo frente al tocador. ¡Dios mío!, ¿soy yo ese que está ahí, sin sombrero, sin cuello, sin corbata? Sí; soy yo. ¡Soy yo! La fuerte caña, asida aún por el regatón, ha quedado en flecos. Bandera de girones es el frac. La cabeza sangra por más de una herida. Sobre el ojo izquierdo florece un cardenal.

Súbito, oigo un suspiro. Rápido estremecimiento recorre todo mi cuerpo dejándome la sangre en hielo. Ella estaba ahí. ¡Me esperaba! ¡Ella!... Habría querido que me tragase la tierra; que me fulminara un rayo...

Se hace un profundo silencio, tan espeso como si todo él envolviese a la tierra, y ya no hubiera brisa, ni pája-



ros, ni flores, ni gente. Como si este estupor fuera, él sólo, el mundo entero.

Pero, no; aquel silencio tan espeso, hizose así para dejarme oír el hálito de su respiración, preñada de reproches que me bañaron la nuca con la inconfundible expresión de su disgusto... Y su ademán de repulsa, esta vez fue tan violento, que casi sentí su mano empujándome por la espalda al apartarse con repugnancia de mí.

Ante ese gesto de tantísimo desprecio y en el que yo adiviné una implacable resolución de abandono definitivo, sin poderme contener, lancé un sollozo. ¡Un sollozo!... El más intenso y el más triste y doliente de los sollozos...

Como tocada por un resorte, ella se detuvo inmediatamente. Volvióse atrás. Apoyó sus manos en mi espalda, y alzándose por encima de mis hombros con un impulso de infinita piedad, trató de ver en mis ojos las lágrimas...

Y sucedió lo inesperado; el milagro portentoso de mi vida entera. Allí, en el espejo, como un relámpago, radió su figura.

No importa que aquel relámpago tuviera la brevedad de un segundo. ¡No; no importa! ¡Ya la he visto! La he visto con una percepción tan lúcida y reconcentrada de mis sentidos, que podría detallar todos los encantos de su figura, si tales encantos cupieran en el lenguaje tosco y ruin de los hombres.

* * *

Desde aquel día ella no ha vuelto más; pero su figura está aquí, delante de mí y a toda hora, con aquella expresión de infinita piedad y ternura que tenía su semblante la única vez que la vi.

* * *

¿Volverá? Sí; infaliblemente. Yo la espero. Vendrá un día de silencio en torno mío. Los cirios arderán en el



altar. Mis amigos estarán tristes. Mis deudos en llanto. Sólo yo estaré radiante sin que nadie lo pueda notar, porque aun entonces yo esconderé en lo más hondo del pecho la alegría de su presencia. Llegará, como siempre, calladamente. Se acercará a mi lecho y nadie la verá. Sus brazos rodearán mi cuello. Su frente, blanca y pura como un lis, se posará en mi frente. Y sus labios, junto a mi boca, por tres veces repetirán una palabra sin sonido para los demás:

¡Tuya! ¡Tuya! ¡Tuya!



LAS MANZANAS DE MEFISTO

Al Dr. Felipe Salcines

La comunidad de bienes e intereses entre Adolfo y Gastón, había quedado establecida desde el colegio, donde ambos hicieron sus primeros estudios. La geometría de Adolfo era de Gastón, la gramática de Gastón era de Adolfo; y así todos los objetos que poseían, hasta el traje nuevo y la ropa blanca. En cuanto a sus relaciones con los demás compañeros, sabido era que las diplomacias estaban encomendadas a Gastón, mientras guerra y marina era asunto de Adolfo, porque tenía fuertes los puños y poderosos los bíceps.

Empero: nada más distinto y opuesto que esos dos mozos en sus gustos y ambiciones: Gastón elegante, esbelto y refinado, amaba apasionadamente todas las manifestaciones del arte y los placeres: la música, el baile, el canto, las mujeres bonitas; en tanto que a Adolfo —quizás un poco tosco y desaliñado en su apariencia— solo le atraían los ejercicios corporales que requieren fuerza y resistencia; un día completo de caza trepando montes y saltando abismos o una noche entera de remos dominando el ímpetu de las olas en un mar tempestuoso. Y de acuerdo con sus inclinaciones había adoptado cada uno su carrera por el mundo; Gastón se hizo Abogado; Adolfo, Ingeniero de minas.

Esta diversidad de profesiones no aflojó ni un milímetro el estrecho lazo contraído en el colegio, sino que





FABIO FIALLO

CUENTO

Las
Manzanas
de
Mefisto

LA HABANA

1 9 3 4



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

por el contrario los aunó más en la vida. Tomaron casa e instalaron el mutuo hogar, si pequeño, confortable y coquetón, gracias al buen gusto de Gastón quien llevó al saloncito de recibo, su piano, dos cuadros de buenas firmas, una bella vitrina colmada de Sévres históricos y costosas chinerías y algunos muebles raros y lujosos procedentes de la herencia materna.

Por supuesto que estos detalles nada tenían que ver con los derechos de propiedad, pues todo en la casa seguía siendo, por igual, de Adolfo y de Gastón.

Sólo que Mefisto —a quien repugnaba aquella perfecta amistad como una audaz contravención a sus pragmáticas de perfidia— andaba ya en acecho de los dos amigos, con su cesto de manzanas debajo del brazo.

Sus manzanas...

Desde los tiempos de Troya, y también desde Adán, secreto es a voces que no hay pecado mortal ni conflagración por el mundo en que esta apetitosa fruta no ande por medio.

Y un día que el ingeniero, casi en la hora del ocaso, se entretenía en medir con su tránsito la distancia que lo separaba de cierto punto lejano, he aquí que su línea de apreciación fue violentamente interrumpida por un bulto multicolor que se interpuso ante su cristal.

Mefisto acababa de arrojar en mitad del camino una de sus manzanas.

¡Y qué manzana ésta!... Sin duda la más fresca, la más olorosa, la más incitante del henchido cesto.

Y Adolfo, que tras un largo día de brega por entre pedrejones y zarzales debía sentir un apetito devorador, tomó de un salto la inesperada ofrenda, estrechóla con ávida ternura en su pecho y, sigilosamente, se internó con ella en lo más umbrío de la floresta.

Dejémosle allí, entregado a su deliciosa faena y no provoquemos su justo enojo con nuestra indiscreción. Bástenos saber que está a su gusto.



Y tan a gusto pasó la noche entera, que hasta la hora del alba no se presentó en el cariñoso hogar donde le aguardaba, impaciente, su compañero.

Remordimientos, no; sí un poco de rubor empurpura-ba la frente de los dos amantes al encontrarse con Gastón; mas, éste, lejos de contrariarlos con algún reproche, lanzó por todo comentario una alegre exclamación que traducía bien su agradable sorpresa:

—¡Cáspita! ¡Qué linda es la chiquilla!

Y en festejo del inaudito acontecimiento ejecutó en el piano la marcha nupcial de Mendelsohn. Después, preguntóle al avergonzado amante:

—¿Cómo se llama tu mujercita?

Pero él no supo decírselo. Sin duda en toda la noche no había tenido tiempo para inquirirlo. Entonces ella, también un poco turbada, buscó en su memoria y dijo llamarse Mimí.

Desde ese momento quedó perfectamente instituido entre ellos esta nueva vida de tres que seguían, como antes, sumando dos. Y de tal modo Mimí logró incrustarse en las costumbres del risueño hogar, que éste sólo experimentó un leve cambio en su ambiente, porque ahora había allí más música, más baile, y más risas.

¡Natural! Pues Mimí, como obsequio de Mefisto, había sido fabricada con esa madera alegre, sonora y exquisita que sólo se encuentra algunas veces y tras búsqueda afanosa, en las encantadoras márgenes del Pecado.

Y así, a poco de estar allí en la amable compañía de Gastón, ya cantaba como una calandria, bailaba como una sílfide y decía cosas de tan amena picardía y tan sutil ingenio que Adolfo, siempre esquivo a la malicia, apenas si llegaba a entenderlas, mientras Gastón se ponía en ascua, y Mefisto, desde su apartado rincón, hacía guiños y sonreía.

Y una noche de canciones pimentosas y vals enloquecedor, Mimí se detuvo de súbito, y llevando consigo a



Gastón, se acercó a su amante y le hizo esta pregunta un tanto enojosa:

—Dime, Adolfo, ¿a quién quieres tú más, a Gastón o a mí?...

—A ti —irrumpió Gastón, como para dictarle la respuesta a su amigo.

—No —replicó éste—, yo quiero más a Gastón.

—Pues entonces, yo quiero también más a Gastón —dijo ella, con el aire candoroso que adoptan las mujeres al clavar hondamente un largo alfiler.

Adolfo sonrió y complacido replicóle:

—Haces muy bien Mimí; quiere mucho a Gastón que es mi hermano.

Pero ella, que no había agotado aún su carcaj de pérdidas insinuaciones, volvióse a Gastón e inquirió mimosa:

—Y tú, Gastón, ¿a quién quieres más, a Adolfo o a Mimí?

—A Adolfo —respondió Gastón sin vacilar.

—Sí —murmuró ella despechada—; ya sé que aquí nadie me quiere.

Y fingió sofocar un sollozo de tan dolorida expresión que su amargura penetró en el pecho del abogado hasta inundarle la entraña de piadosa simpatía.

Después, alejóse ella enjugándose dos lágrimas.

Pero Mefisto —que no había perdido detalle de la escena— insinuó a su protegida una visita al tocador: y allí, empleando para ello todos los recónditos recursos de su propio elemento, que es el fuego, la retocó en su belleza y multiplicó sus encantos.

Ahora, la blonda cabellera irradia como un espléndido rosal convertido en hoguera y cuyas retorcidas espirales conservaran matices del primitivo color y la exquisita fragancia del jardín; dos candelitas azules, imitación engañosa del límpido fulgor de una estrella, son los ojos; roja llama es la boca, ávida y rebosante a la par de besos devoradores; y en el escote, agrandado con



intención provocativa, la golosa admiración advierte pronto que la candidísima nieve amontonada en el corpiño sirve de artístico engarce a dos orgullosos carbunclos, repujados sin duda en las resonantes fraguas del Averno. ¡Ay! de tal manera aparecen encendidos y atrayentes.

Y el mismo Mefisto quedó extasiado ante la hermosura de Mimí.

Al salir de la alcoba, volvió a ofrecerle el brazo a Gastón, quien se estremeció profundamente con el solo contacto de su piel desnuda. Y como la vez anterior, lo arrastró sin resistencia hasta donde fumaba su pipa el imperturbable ingeniero.

—Otra pregunta, Adolfo.

—Hazla, Mimí.

—¿A quién pertenece todo lo que hay aquí?

—Qué ocurrencias tienes hoy, Mimí. ¡Todo lo que hay en esta casa es de Gastón!

—Y de Adolfo —corrigió éste.

—Sí, de Gastón y mío.

—Entonces, ¿todo lo de Gastón es tuyo y todo lo tuyo es de Gastón?

—Sí, Mimí; todo aquí es de los dos por igual. Siempre ha sido así.

—¡Oh, qué buenos amigos sois los dos! —exclamó ella. Y lanzó al aire una estridente carcajada cuyas vibraciones sarcásticas no pudieron escapar a la fina percepción del abogado.

Seguido, tomó a éste de la mano y se lo llevó al otro extremo de la sala.

Y allí, estrechándolo entre sus brazos, como cuando iban a iniciar uno de sus vals embriagadores, le murmuró al oído:

—De modo, Gastón, que yo soy tuya y tú eres mío.

—¿Qué dices, Mimí?

—Pues, repito lo que vosotros dos acabáis de asegurarme. Si todo lo que hay aquí de Adolfo, es tuyo tam-



bién; ¿por qué quieres tú excluirme del generoso acuerdo? A menos que una invencible repugnancia te obligue, cruel, a rechazarme. ¡Ah si eso fuere así, qué infeliz me consideraría yo entonces!

—Pero, Mimí; Adolfo nunca ha pensado que tú pudieras entrar en nuestra comunidad.

—¿Cuándo expresó él tal excepción?

—No; no había de expresarla por lo mismo que la daba por sobreentendida.

—Entonces, voy a preguntárselo.

—¿Estás loca, Mimí? Por Dios; no hagas tal cosa.

—¡Oh! aplaca tus temores, alma pusilánime: ya sé cómo he de interrogarle. Pero, a su contestación, cual que sea, negativa o afirmativa, ¿juras tú someterte?

—Desde luego; pues estoy seguro de que Adolfo nunca accederá a semejante cosa.

—Está bien.

Y, rápidamente, se acercó al escritorio y trazó algunas líneas que metió en un sobre.

Después, atrayendo a Gastón, se acercó a Adolfo.

Este, con algunos bártulos de su profesión en la mano y el capote al hombro, parecía dispuesto a salir.

—¿Me traes una nueva pregunta, Mimí?

—Sí, Adolfo, la última.

—Pues, date prisa, porque se me ha hecho tarde y el amanecer ha de hallarme en los terrenos de la nueva mina.

—¡Oh! seré breve. Aquí tienes mi pregunta dentro de este sobre; ahora, contéstala por adivinanza.

—¿Cómo?

—Pues, respondiendo simplemente sí o no.

Tan extraño capricho pareció encender en la mente del ingeniero el fulgor siniestro de un relámpago que era una dolorosa sospecha, y, sin pensarlo más, gritó:

—¡No, no, no!

Después avergonzado de que tal idea se hubiera apo-



sentado en su corazón leal, soltó una ancha carcajada, los abrazó a los dos y corrió escalera abajo.

Gastón estaba radiante.

—Ya lo ves, Mimí; Adolfo adivinó tu pregunta, y por tres veces gritó que no.

—En efecto, Gastón, por tres veces él dijo que no. Ahora... lee mi pregunta.

Y con sigilo, sacó del sobre una estrecha tira de papel que alargó a Gastón.

Este leyó asombrado:

—«Dime, Adolfo, ¿te opones tú a que yo sea también de Gastón, al igual que todos tus objetos?»

Y mientras él repasaba aquella sutil interrogación que lo entregaba al dulce amor de Mimí, ésta le echó los brazos al cuello y lo inundó de ternezas.

Y Mefisto, acariciando con dedos complacidos las hermosas manzanas de su cesto, sonrió a los dos amantes y abandonó el salón. La fraterna amistad había sido vencida.

Sin embargo...

Algún escrúpulo parecía haberse quedado escondido en el pecho de Gastón, pues, al despertar en la mañana, puso cuidadosamente a un lado de la almohada los tiernos brazos que aún lo aprisionaban, saltó a la alfombra, buscó la cartera de Mimí y de ella extrajo una segunda tira de papel que decía:

«Dime, Adolfo, ¿aceptas tú que yo sea también de Gastón, al igual que todos tus objetos?»

—¡Ah, pícara Mimí!

Y se volvió con presteza hacia ella; pero, al verla tan linda, lejos de reconvenirla, se le echó encima y la cubrió de besos.



EN EL BALCON DE LOS RECUERDOS

La mañana del 28 de diciembre de 1903, la capital dominicana amaneció ardida en alborozo bélico. Los «bolos» capitaneados por Navarro del lado de Los Alcarrizos y Luis Pelletier por Haina, venían a ponerle cerco a esta capital que nosotros los «rabuses» habíamos atrincherado desde San Gil hasta el Conde, y desde el Fuerte de la Concepción hasta San Diego.

—¡Cada cual a su puesto! —fue la consigna que se nos dio, y allá íbamos todos, remington en mano, al fuerte que a cada uno correspondía según el barrio de su residencia.

A mí me tocaba el Conde, y allí me presenté gallardamente armado de un precioso remington, pavón argenteo, que me había sido regalado por mi amigo el General Guelito Pichardo, y era la envidia de los demás.

A poco, vibrantes toques de llamada se hicieron oír desde la esquina de la Gobernación, y transcurrido no más de quince minutos, vimos avanzar, en fila bulliciosa, un pelotón de voluntarios horacistas, todos *gentes del bronce*, que entre hurras y vítores a Horacio Vásquez y al Presidente Morales, llegaron junto a nosotros y se hicieron abrir los portones del Baluarte. Comandados por los Generales Eliseo Cabrera y Hermógenes García, iban aquellos bravos a *tirotear* al enemigo, ya acampado en San Gerónimo.



—¡Adelante! ¡Marcha! ¡Viva Horacio Vásquez! ¡Abajo los bolos! Y salieron.

Como a cien pasos detrás, seguía yo para mirarles marchar. Una ardiente curiosidad de verles romper fuego, guía mis pasos cautelosos. Así llego frente al Cementerio... Suenan los primeros tiros. Me detengo un tanto nervioso e inicio mi regreso.

Mas, he aquí que entre el Cementerio y el Conde —cuya cumbre alcanzaba a ver cuajada de gentes—, era yo, en ese momento, el único ser viviente. Y entonces me di cuenta de la comprometida situación que mi imprudente curiosidad me había creado. Pues ¡claro! Tal regreso no podía ser considerado sino como el retroceso de un cobarde. Y vendrían las burlas y rechiflas de todos aquellos espectadores que, sorprendidos, veríanme llegar, plateado remington a la espalda y frente enrojecida por el bochorno. ¡No, y no! ¡Imposible! Y, para darme ánimo clamé un estentóreo ¡Viva Horacio! Y me lancé tras los otros.

En avances enardecidos a *punto de guerrilla* y estratégicos repliegues, transcurrieron dos horas de porfiada lucha. Las filas de los contrarios se henchían de refuerzos a cada instante, Al fin, abrumados por el número, hubimos de retroceder, paso a paso al principio, en precipitada fuga desde la estancia del Carmelo hasta el Conde.

Mas ¡ay! yo nunca he sabido correr y de ahí los mo-
tes de *Buey Cansado* y *Pilón con Chupa* que me habían regalado en la adolescencia mis compañeros de banco escolar.

Y fue, precisamente, de esa incapacidad de mis piernas para correr a la par que los demás, de lo que se valió mi buena estrellita, siempre fiel, para hacer de mí, en aquel momento, el *héroe* glorioso de la jornada. Corría, corría, desalado y acezoso detrás de los otros que con



alas en los pies acrecían, más y más a cada minuto, la distancia que nos separaba. Y, sin duda por inconsciente espíritu defensivo, de cuando en cuando cargaba mi remington, y sin volver cara, disparábalo hacia atrás.

Llegué ¡por fin! al baluarte, con bastante retardo respecto a mis compañeros; y la muchedumbre amontonada en la cumbre, al verme arribar el último, atribuyó a inaudita valentía aquel retraso mío —que no era, en verdad, sino ineludible consecuencia de mi propia debilidad— y, delirantes de entusiasmo, clamaban los más exaltados:

—¡Miren a Fabio Fiallo! Fue el último en huir haciendo siempre fuego en retirada. ¡Qué toro!

En tanto yo sonreía a diestro y siniestro; y no sin un montoncito de rubor en el pecho, que me decía a mí mismo:

—He ahí cómo, a veces, se escribe la historia de un héroe.

Mas, el entusiasmo bélico de los horacistas no se había apagado con aquella derrota, sino que, al contrario, ardió en punto de honor para acudir a la revancha.

Y volvimos a salir, esta vez apoyados por una reluciente ametralladora manejada por un aguerrido capitán de artillería; y en la vanguardia, con el flamante General Tulio M. Cestero a la cabeza, este grupo de *bisoños tigrillos*: Porfirio Herrera, Osvaldo Bazil, Eduardo Vicioso, Panchito González y Talo Ramírez.

Esta vez nuestra artillería se impuso. Ante sus repetidas descargas los «bolos» se mostraron un tanto prudentes en el avance, dándonos así lugar a recoger el cadáver del General Casimiro Soto, muerto en la acción anterior, y con él al hombro, regresamos al Conde al son de nuestras cornetas victoriosas. ¡Cuántos vítores!, ¡cuántos hurras!



Y el 29 de diciembre, en premio a mi heroicidad del día anterior, el Presidente Carlos F. Morales se dignó nombrarme Subsecretario de lo Interior y Policía.

¿Y después?

¡Oh! Después hube de mantener con acciones resonantes mi renombre de «bravo entre los bravos». Tal fui proclamado por el propio Mon Cáceres, desde Santiago, al transmitirle al Presidente Morales los detalles de la sangrienta batalla del 14 de febrero de 1904, que hizo época en aquella valiente ciudad, como la más encarnizada que allí se hubiera presenciado. En efecto: fui yo quien lanzó a los bravos de Santiago a esa desesperada batalla de trescientos contra mil, en la que tomé parte principalísima con mi indómita guerrilla, medio a medio de la calle San Luis: *Pa-lante, muchachos, pa-lante*. ¿Verdad, Miguelito Reinoso?

Y tal fui también, dos semanas después, al tomar a La Vega en reñida pelea de esquina tras esquina, vadeando arroyos de sangre.

Al día siguiente de esta victoria rompí las puertas de la cárcel donde los nuestros habían amontonado decenas y docenas de sus rendidos adversarios y los puse en libertad. ¿Te acuerdas tú, Mon Casado? De esa hora data la página más bella de mi combatida vida política; mi Proclama a los vencidos.

Oídla:

«Veganos: No soy un vencedor porque no reconozco vencidos. Aquí y allá los que están en armas, son mis hermanos y son hermanos entre sí. Aquí y allá es necesario deponer el instrumento fratricida y estrecharse lealmente las manos en señal de mutuo perdón. Que no haya júbilo de triunfo en los unos, para que no abriguen tristeza de derrota los otros. Y si hay una alegría que sea ésta de la reconciliación general. Y si queda algún dolor, que sea ese de tanta sangre vertida.»



¡Basta! Ya lo véis: dictadas por mí, mis hazañas bélicas podrían emular, sin desventaja alguna, a las del invencible Aquiles, o, mejor aún, a las de Bayardo, «el caballero sin miedo y sin tacha».

20 de mayo de 1941.



MI PRIMER ENCUENTRO CON EL GENERAL LILIS

Estábamos en 1887. Mi escenario representa un refulgente salón de baile en San Miguel, barrio en ese entonces el más festivo y resonante de esta capital. Algunas de aquellas damas —mulaticas casi todas, de caderas sandungueras— ostentábanse orgullosas de brazo con mozos de nuestra élite social para quienes el tonel de cerveza, abierto desde el atardecer, parecía no haber encontrado su llave de contención.

Yo era del apretado grupo de los «mirones» en la puerta principal, y comentaba con los otros los incidentes que entre danzas, vals y polka, ocurrían en el salón de baile, con brotes a veces, de posible reyerta.

Súbito para mí, resuenan las doce campanadas de la media noche. Forzoso es abandonar mi puesto de primera fila, para recogerme al severo hogar paterno. Con dos violentos empellones me abro paso y emprendo la marcha solitaria de mi regreso. Mas, he aquí que a poco andar, siento las pisadas sigilosas de alguien que me viene a la zaga. Me alcanza. Se me pone a la derecha. Háblame.

—¿Qué te parece, amigo, esa animación que se trae don Lorenzo Fajardo con su baile sin ningún dique en la bebía... no cree usted que ahí se va a aimai un reipepero...?

Sin contestar palabra examino de soslayo a mi interlocutor. Es hombre de color bien oscuro; y por indu-



mentaria trae cachucha negra, chamarra y pantalones de fuerte azul, cachimbo en la boca, y en la mano derecha creo divisar, medio oculta, una corta chambra de trabajo.¹

—¡Anjá! Usted no me quié contestai. Quizá no le ha gustao mi frescura de llamarle amigo; pero, óigame: No crea que ha sío poi parejería, sino que nojotro en los campo, titulamo asina a cuaiquiera que topamo en nuestra vereá, aunque no sepamo su nombre.

—No señor —le dije—, eso no es nada.

—Bueno, antonse tenga la bondad de desime su gracia. Se lo pido humildemente.

—Me llamo Fabio Fiallo.

—¡Aaah! ¿Usted e el poeta Fabio Fiallo?

—Sí.

—¿El mesmo que escribió uno veiso el año 1886?

—Sí.

—Manífica con el veiso tan tremendo. En ello, sin andaise con reparo ni miramiento pa naide, acaba usted con to el mundo; los menitro, los diputao y jata con el Gobierno. Milagro que no le trujiera algún diguto serio. Yo cuando lo vide pensé a lo meno iría usted a para en Chirona.²

—¿Por qué?

—Pué po to eso que usted dise contra las autoridá.

—Pero ese es mi derecho.

—¡Anjá! Ya salió a lusi la palabrita: El derecho. A mí me guta mucho; pero creo que en veidá de veidá, ella vale muy poco. Al meno, allá en el Cibao la tenemo aplatá con otra ley ma positiva. Allá desimo: Quien manda, manda, y caitucho en el cañón.

—Eso será en el Cibao; aquí no.

1) Chambra: Machete corto.

2) Chirona: Cárcel.



—¡Anjá! ¿Con que aquí no? Pue no lo entiendo. La nasió e una sola, y en brueba de ello, aquí memo en la capitai, opi desí que ete maichante que ahora tiene el podei en la mano no se anda con belita de sebo a San Antonio, ni meno pone reparo a algusia de abogaíto, pa jasei lo que le da la gana; y asina manda a metei en la caise ai má pintao, y le pone gierro en la pata, y jata, jata ¡...jum...! má vale callaise que en boca serrá no entra moca, poique se le puén voivei un avipero... No lo cree usted asina?

Sin contestarle, apuro el paso con propósito de apartarme de aquel negro que así podía ser un locuaz campesino como peligroso agente provocador. Por sus trazas, le adjudico este último perfil.

Pero él se me cruza por delante y con su entonación más humilde me dice:

—Ruégole me conseda una migaguita de atención. Yo no me le aceiqué pa conveysai de política. Eso no e mi asunto. Yo vivo del sudoi de mi frente, con mi jacha y mi machete. Pero estoi enamora, muy enamora, de una indiesita parejera que a vese me mira y me sonríe con su boquita de gloria, y otra vese no me jace ningún caso. Asina pue, ai sabei que usted e el poeta Fabio Fiallo, me dije: Nemesio, ese e tu hombre; poique me entraron las ganas de pedirle me escribiera un veiso pa mi india que se le meta bien a entro del pecho. Naturalmente que yo etoi dipueto a pagaile su trabajo. Dígame el precio, y si no e muy caro, tal vé le pague ahora mesmo. ¿Como cuánto me va usted a quitai?

—Nada.

—¿Cómo, nada? ¿Y de qué viven ustedes lo poeta? No, no. Yo quiero pagaile ahora mesmo; poi adelantao, pa teneilo má obligao coimigo mañana que no juntaemo pa jacie la caita... ¿O e que usted no quié seiveme?...

—Sí señor: yo estoy dispuesto a complacerle, pero,



sin paga. Procúreme mañana temprano en mi casa, calle del Conde y le haré su carta.

—¡Bueno! Ya veo que usted e lo que yo me había figurao; un joven distinguío y muy amable.

Habíamos descendido casi la cuesta Duarte; pero antes de alcanzar la esquina de Las Mercedes, he aquí que un grupo de cinco oficiales se adelanta y nos rodea con demostraciones de grandísimo respeto para mi acompañante. Me estremecí... Este negro... Este negro...

El se volvió hacia mí y muy sonreído me dijo:

—Bueno, mi amigo; ahora ya lo puedo llamar así, ¿no es verdad?, pues ya usted sabe quién soy yo. En esa casa de alto que está enfrente, me tiene usted a su disposición, para cualquier cosa que se le ofrezca, y sin temor alguno a la Chirona.

Así como usted se halló en buena voluntad de escribirme mi cartica de amor, así quiero yo servirle en lo que pueda. Si algo se le ocurre, lléguese a ese portón, pregunte por el General Lilís o por el Presidente Heurekaux, dé su nombre y a poco ya será usted bien atendido, y sin duda alguna, completamente satisfecho.

Esto diciendo, tomó con la izquierda el machete que hasta ahora parecía mantener en reserva de seguridad personal, y con franco ademán me tendió su diestra mutilada, que desde luego estreché con todo el respeto y la admiración que se había conquistado en mí, no el poderoso mandatario, sino el perfecto caballero que siempre fue él.

Y ya camino de mi hogar, repuesto por completo de la sorprendente emoción que acababa de experimentar —como quien aprovecha su soledad para rendirle justiciero homenaje a un odiado enemigo—, no pude menos que exclamar:

¡Qué hombre tan estupendo es este negro Lilís!

Santo Domingo, noviembre 28 de 1942.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

JUICIOS



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

SUS LIBROS

EL POETA

A Manuel Díaz Rodríguez

*The Critic, with his avid eye for flaw
And measurements of arbitrary law,
Who spends his ineffectual hours and pen
In jeering at the work of other men
Is like the insect, blind and insensate,
That butts at things it never could create.*

JOHN KENDRICKS BANGS

The noble pleasure of praesing. — Swinburne.

En la patria de Andrés Bello publicó Fabio Fiallo, años hace, *Primavera sentimental*, un tomo de versos. En la patria de Edgar Poe publica ahora *Cuentos frágiles*, un tomo de prosa, para el que escribo esta página. Fabio Fiallo ha escrito más versos y más prosa; pero de su obra literaria y poética sólo la antología de estos cuentos y estas poesías ha sido puesta en libro.

En sus cuentos Fabio Fiallo es el poeta de sus versos. Hay en algunos de sus cuentos más poesía que en algunos de sus versos. El no es sino un poeta. Porque es un poeta ha escrito versos, y porque es un poeta ha escrito cuentos. Sus cuentos no son sino la forma amplia, libre,



podría decir humana, de su poesía. Su vida está llena de su pasión poética. Es azul su horizonte, cualquiera que sea el espectáculo sobre el cual se abran sus ojos. El cuadro de cada día no le importa. Se diría que no toma parte en el drama diario. Pasa la vida en su carro ordinario, pasa incesantemente. Su compás, su igualdad, su sordidez, su estupidez, esparcen una sensación de suplicio. Sentimos el ultraje de una degradación sucesiva como los días y como los días, interminable. Se llena el corazón de un gran espanto. Se rompe de angustia el pecho. Es una estrangulación en el abismo por largas y finas y crueles manos de hierro. Fiallo se refugia en las nieblas de una somnolencia invencible. Allí se duerme, allí yace dormido desde que comprendió. Su sonambulismo parecería una filosofía. El carro pasa, no cesa de pasar. Pero él ya no lo ve, ya no oye su ruido, ya no siente su espanto. Su interés en el drama ha terminado. Ha leído el libro, lo ha cerrado, y se ha dormido sobre sus lomos.

No vive de él sino el poeta. Y es el poeta en el desierto, sobre el camello de las caravanas, y en el bosque humano, como en Nueva York, arrastrado en la carrera fantástica de un tren aéreo, o de un tren subterráneo. Para ser el poeta en todas partes basta que sobre el in-mundo carromato de la vida, ante el cual ha cerrado él sus ojos, y cuyo ruido él ya no escucha, esplenda la figura de una mujer hermosa.

Es por la mujer por lo que él es poeta. La mujer es la luz de sus ojos y el sol de su espíritu. La mujer es su musa. Nada vale de la vida sino ella. Forma de mujer tiene para él el ideal. La mujer es el alma y la fuente de su poesía. Entre las cosas y él está siempre la visión de la mujer. Las aguas, los cielos, los horizontes, no son espectáculos de belleza sino como fondo, como escenario, como decoración de la gran diosa. No es el sol quien lo deslumbra a él; es ella.



Todo Fabio Fiallo es una suave roca de indolencia. No hay problema humano ni divino digno de su atención. Urgidos, afanados, oprimidos, van todos. El los mira y sonrío. Sonrío bondadosamente, la más bondadosa sonrisa que he conocido. Esta sonrisa es la luz y la flor de su filosofía. Se asombra él de que haya quien seriamente se apure y se preocupe. Nada vale la pena, parece decir la palabra inarticulada de su sonrisa, mientras interiormente está mirando la tumba de Homero en el lecho de arena.

Su actitud frente a la vida es de extrañeza y de abstención. Su gesto parece reproducir el asombro del mártir; ¿qué hay de común entre tú y yo? Su negligencia, que tal vez es madre en él de la ínclita virtud del desprendimiento, comunica la impresión de una gran sombra. Duermen en esta sombra, duermen sueño irrevocable, las fieras que eternamente estremecen el circo humano. Interés, egoísmo, vanidad, rivalidad, odio, no se incorporaron jamás en su corazón de su sueño de muerte.

Improvisó la sombra se ilumina y el inerte se transfigura. Es que sus ojos están llenos de la aparición de una mujer bella. Vibra entonces todo él como una lira. Vibra toda la lira. Es abril. Cantan pájaros de oro, suenan campanas de pascuas. Verde de los prados, lirios de la espuma, rosas de la aurora, jardines del cielo en los entierros del sol, se hacen notas, se hacen música, y reunidas todas las notas y todas las músicas en el aire azul del sueño, vuelan a las alturas en un himno de gloria y de apoteosis. Cada rayo de sol es un camino que conduce suavemente, en alas blancas, al azur. La tierra ha abierto sus entrañas, y un tesoro de gemas brota de todas partes. Las cosas más burdas, las creaciones más torpes, se afinan, se ennoblecen, visten de ángeles. Todo es alas y pétalos, y ritmo y color. Todo es corola. Cada corola un vaso de fragancia. La vida se llama *Harmonía*.

El poeta bendice entonces la vida desde el fondo de su corazón. En realidad él está de rodillas, y de rodillas



ora. Sus versos son oraciones de admiración y de enajenación. Es entonces cuando él es ruiseñor. El poeta está despierto. No es ninguna de las bellezas preciosas, o grandiosas, o misteriosas del panorama escénico de la Naturaleza; es la belleza de la mujer la magia que realiza el milagro de interrumpir su abstracción, y romper su ausencia, y restituirlo a la vida. Levanta él entonces la cabeza de sobre los lomos del libro, y el entusiasmo, de que de otro modo es incapaz, hincha su pecho como el viento los senos de un velero. A impulsos de este viento, que es el viento del arte, y del águila, y de la historia, boga él hermosamente en mares maravillosos, en mares desconocidos, en que la vida es intensa como el fuego, y leve como la nieve, y sonora como el espacio, y silenciosa como el cielo, y pura, y fecunda, y divina como la fuente más inaccesible del milagro y el misterio.

* * *

Nada hay más claro que la psicología de esta prodigiosa influencia de la mujer en el alma de este poeta. Es en su obra literaria donde hay que buscarla y estudiarla.

El alma de Fabio Fiallo es un alma de belleza. Frente a todas las cosas él no pide sino belleza, expresión de belleza, emoción de belleza. Sus ojos están ciegos para todo lo demás. Su incompetencia para los negocios humanos, su indolencia, así se explicarían. Las energías de su voluntad, o mejor, su voluntad de vivir, termina donde se apagan los esplendores de la belleza. La belleza es la maravilla, y la mujer, la maravilla de las maravillas. La mujer no es para él sino la más palpitante y potencial representación de belleza. Por la forma, por el color, por la gracia, por el misterio, no hay creación de belleza semejante. En esta creación ha concentrado él su culto y su alegría de artista.



Su pasión por la mujer es así alta y eminentísima devoción estética. Es el delirio por el arquetipo. El no es jamás el hombre en este culto, él no es sino el poeta. Para sentir como él siente ante la belleza de la mujer, es necesario ser un poeta muy hondo, muy lírico, muy sensitivo.

Así, su poesía no canta otra cosa que la mujer, la belleza de la mujer, cual si ninguna otra cosa hubieran visto sus ojos. Dieciocho composiciones cuenta el libro de sus versos. No hay una sola en que el motivo no sea una mujer. No hay tampoco en todas ellas una sola en que se perciba el menor estremecimiento sensual.

Su gran mérito como trovador consiste en que en sus trovas jamás están juntos el hombre y el poeta, jamás está sino el poeta. Su poesía está hecha de la visión de la deidad, sin que el infierno del sexo la turbe nunca. No concibe la mujer sino como una idealidad. Por ello su poesía es tan suave, tan dulce, tan noble.

Sus versos son breves, finos y ligeros. Son claros como cielos de mayo, y transparentes como gasas del cielo. Vuelan como alondras en un aire sereno.

Vierte él en la copa del metro una sola esencia, y la vierte en gotas. A las veces una gota es bastante. No hay verso suyo que no sea ave de la más acendrada esencia del alma.

El da su emoción y su concepción en cada momento psicológico de arte. Vemos su manera de percibir y discernir; somos testigos de su inspiración y de su visión interior; palpamos la peculiaridad de su yo artístico. El tiene siempre poco que decir; pero lo que tiene que decir es bueno y hermoso. Su poesía no es concentrada, pero es selecta. Recoge y expresa siempre un instante divino del alma y de las cosas. Por ello cada verso suyo es poesía, y por ello su poesía es sobria, y leve, y radiante, como abejas de oro. Observadores incompletos podrían sospecharlo de esterilidad; pero esta esterilidad sería siempre



su virtud mas tutelar y su más característica prenda de poeta; porque no sería sino su incapacidad para extorcionar la musa y violar las leyes sagradas del misterio del canto, cantando lejos del instante divino de la emoción poética y artística. Cada vez que este instante se produce en su alma, él hará versos; es decir, hará poesía; es decir, como una esencia o como una música la extraerá de su alma, donde ya vuela y vibra, y la encerrará, cual una nueva alma, en la blanca y eterna escultura del verso. En los labios de estas níveas figuras aladas, nobles pájaros líricos, saben beber el néctar de los dioses.

* * *

En el «Atrio», «Rima profana», «Plenilunio», «Rosas y lirios», es donde el poeta revela mejor la verdadera índole de su sentir poético y artístico. Lo más exquisito de su alma, que es la delicadeza, está sublimemente vertido en esas cuatro composiciones que yo amo con predilección en *Primavera sentimental*.

La aparición de la belleza en el atrio del templo determina en el alma del poeta el instante divino de la creación del canto. Su psicología en ese instante no es igual a la de los demás contempladores; es única. Sólo él permanece mudo. Un homenaje le rinden todos, menos él. Después todos viven tranquilos, menos él. Porque él sólo es el que sabe ver la belleza, y él sólo que sabe amarla. Su amor es intensa, inexpresable pasión de admiración. La visión de la belleza lo deja para siempre silencioso y turbado, sin palabra y sin calma. De este silencio y de esta turbación surge luego el ave divina, la divina ave del canto. La poesía es eso. Todos sabemos que el poeta hizo la más linda rosa de poesía que podía cultivarse en ese instante de esplendor del misterio.

Rima profana es menos intensa, menos entrañable; pero la gracia, la elegancia y el corte artístico están lle-



nos de hechizo. Más bella es esta composición por la forma que por el fondo, y su mayor seducción está en su música. Son los versos más sonoros y más rítmicos de *Primavera sentimental*. El templo es también el escenario, y una blanca niña el motivo. El mármol suena como un piano al golpe vivo y ligero del dorado tacón. El agua sagrada se perfuma al contacto del guante. El deseo del poeta es romper con un beso la oración que la blanca niña eleva ante el ara,

*donde un Cristo de marfil
que el fondo oscuro ilumina,
muestra la gracia divina
de su divino perfil.*

Este beso del deseo del poeta no es beso humano. Es castísimo beso de poeta, inefable beso de artista, por más que su poesía nos dé esta vez la impresión de hallarse él de rodillas sobre el «almohadón de rosas de la galantería». En su enajenación, el poeta no encuentra sino el beso para exhalar la dolorosa y sobrehumana epifanía de su alma ante la triunfal belleza de la blanca niña que adora.

«Plenilunio» es una escena inmortal como la del balcón en Julieta y Romeo. En Shakespeare los amantes presintieron la aurora. Aquí

cantaba el ruiseñor.

Es el amor, el amor auténtico, quizás el primer amor, bello de suyo, infinitamente más bello aún en el alma del poeta. Se siente un estremecimiento sagrado, y se muere de emoción. La luna se detuvo. De la propia manera Josué detuvo el sol. Un amor así es el milagro, y no puede sino ocurrir lo milagroso en torno suyo. La emoción del poeta no podía encontrar otra manera de expresión. Es precisamente en lo milagroso donde la poesía alcanza en versos como estos su mayor intensidad. La



fortuna de este poeta es hallar siempre la forma más sobria, más noble y más completa de expresión de una actitud, un sentimiento o una emoción del alma.

«Rosas y lirios» posee el fulgor y la alucinación de los lirios y las rosas. Es toda albura y púrpura en tonos suaves y tersos. No es posible cantar con arte más delicado y elegante la belleza de una mujer. El poeta ha hecho con pétalos y corolas lo que el escultor hace con piedra. La mujer de «Rosas y lirios» es su Venus, la Venus del poeta, frágil, fragante, luminosa, ideal, por la que el poeta no siente pasión, sino culto, fervor idolátrico, adoración sobrehumana. La fascinación que su Venus produce no es la de la estatua, sino la de las rosas y los lirios, caras a los adoradores del cisne.

* * *

Como cuentista, Fabio Fiallo, ya lo dije, no es sino un poeta en prosa. El no ha escrito cuentos sino para encerrar su poesía en un cristal distinto. Por ello los cuentos suyos que yo amo más son los que yo clasificaría bajo el título que Blanco-Fombona dio a su primer volumen de cuentos. Los cuentos de Fabio Fiallo que yo más amo son sus cuentos de poeta. Bajo esta denominación incluyo *El busto de mármol*, *La derrota de Eros*, *La lección del Caos*, *El beso*, *La inolvidable* y otros del propio género. Cuentos breves, como sus versos, finos, ingeniosos, delicados, llenos de arte y de gracia, como sus versos. El motivo es siempre un objeto de arte y de belleza. Mejor dicho, el motivo es siempre la mujer, sin que, lo mismo que en sus versos, el demonio del sexo empañe con su aliento el cristal de su prisma. Es siempre la Venus de lirios y rosas, cuya blancura es un esplendor. Es siempre la concepción artística, el instante divino en el alma del poeta.

Para decir la dureza marmórea de unos senos de mu-



jer, escribe un cuento, y resulta una preciosísima obra de arte, que Mendés suscribiría con amor. Nadie ha hablado así de un seno de mujer.

Quiere comparar con un lirio el pie de la mujer amada, y escribe otro cuento, más bello aún si cabe, lleno del más vivo interés dramático, y desempeñado con un arte, una gracia y una destreza de maestro.

Cuando Díaz Rodríguez leyó *La lección del Caos* dijo que no había leído en muchos años nada igual. Este cuento es original, y su sugestión y su revelación de una elocuencia y de una fuerza insuperables. En este cuento está todo el secreto y toda la emoción de la vida. Contiene íntegra la filosofía de la Naturaleza. No existe una mejor explicación del misterio del caos. La vida es el caos hasta el advenimiento del amor. El amor es la luz. La derrota de las tinieblas vencidas por la luz, eso es el amor.

Tocados con la mano estos cuentos parecen naderías, brillantes y caprichosas frivolidades destinadas al viento en un día de «fiesta en el espacio»; pero en la perspectiva, y en la más alta contemplación espiritual de las cosas poéticas, estos cuentos, por la belleza artística de la concepción, por la gracia que de ellos emana como una luz, son pequeños tesoros literarios. *El busto de mármol* es un hallazgo.

Se diría que *La domadora* es inverosímil; pero lo que ese cuento significa y sugiere es profundamente humano. Como el poeta no es en estos cuentos sino poeta, a él le están permitidas ciertas artes que en sus manos son de un alcance y de una eficacia extraordinarios. Lo malo de este cuento es la forma, porque el asunto no es para prosa, sino para verso. Lo cierto es que la tragedia de los celos jamás como en este cuento tuvo expresión tan intensa y tan conmovedora, ni el corazón de Margarita fue nunca tan abismadoramente denunciado.

Lo característico en Fabio Fiallo como cuentista lo



mismo que como poeta es la sencillez de sus elementos de construcción. Toda su complejidad es inexpresada y psicológica.

El instinto aristocrático es también de su alma de poeta. Su obra literaria está poblada de personajes principescos. Hay condes y condesas. Hay marqueses y monarcas. Hay un príncipe Amor y un príncipe del Mar. No es vano apego a la pompa real; es genuino anhelo de distinción y de elevación, porque él interiormente es señoril. En su corazón hay tanta bondad, y tanta manse-dumbre en su temperamento, que no se descubre en toda su obra de arte un solo ademán de soberbia o de orgullo. Es seda lo que hila su espíritu; y su arte es impersonal y candorosamente aristocrático, como el plumaje blanco de la góndola alada de los lagos azules.

* * *

Otro muy diverso género cultiva también este poeta en el cuento. Son cuentos que tienen algo del espíritu clásico, y mucho del viejo drama español. No son ya, como los otros, poemas en prosa estos cuentos, ni caben como los otros en la olímpica copa. No es ya él en estos cuentos el poeta de los instantes divinos.

La obra de Fabio Fiallo vivirá. Poetas de todos los tiempos sabrán amar la ingenua fuente lírica que canta en sus versos. Almas de belleza sentirán por siempre el contagio de su intuición y su sensibilidad. Y en su patria sus versos y sus cuentos serán para las futuras generaciones espirituales, raro modelo de buen gusto, de sinceridad, de emoción artística, de hidalgo sentir poético, de noble y sereno entusiasmo idealizante.

JACINTO LÓPEZ

Nueva York.



CUENTOS FRAGILES *

Después de *Primavera sentimental*, minúsculo breviarío de un alma en perpetua adoración ante la belleza femenina idealizada a veces con deliciosa vaguedad por su numen de poeta, publica ahora Fabio Fiallo este primoroso libro de cuentos que, considerándolo bien, viene a ser, aunque escrito en prosa sobria y expresiva, como la continuación clara y natural de aquel librito de versos suaves y armoniosos en que se transparenta la exquisita delicadeza de su espíritu noble y generoso, ya que en estos cuentos como en aquellas rimas, resuena, con acentuada vibración, el mismo ideal, idéntico exclusivo culto a la mujer, única musa inspiradora de sus estrofas, arquetipo perenne de su fantasía creadora... Una emotividad poco complicada, superficial por lo común, de un vago sabor romántico, se diluye en sus versos finos y bellos, y se esparce, como polvillo de luz a ratos caprichosamente irisado, sobre muchos de estos cuentos, ligeros, alados, de tenue consistencia, ingeniosos y bellos. Cierta gracia ática, cierta suave atracción de belleza circula por estas páginas, dejando un rastro luminoso de vagas idealidades, de algo refinadamente poético y de realidad ensoñadora que no resiste al análisis penetran-

*) F. García Godoy: *La hora que pasa*, Imp. La Cuna de América, Santo Domingo, 1910, pp. 61-70.



te, esfumándose en tonalidades vagas, en matices raros de tenuidad encantadora...

Poeta de una sola faz, de un solo aspecto lírico, esa misma modalidad de su espíritu se refleja con vigorosa acentuación en todos estos relatos. La mujer, siempre la mujer. En sus poesías como en sus cuentos, una mujer de delicada urdimbre, sin complejidades cerebrales, sin trastornos neurósicos, sin complicaciones sentimentales, marca el acompasado ritmo de su paso entonando bella y armoniosamente la eterna canción del amor. Y este amor, aún ardiente y poderoso, se expande por lo general sencilla y naturalmente, no llegando nunca, ni aún en sus mayores audacias de pensamiento, a traspasar ciertas fronteras, a revestir aspectos marcadamente sensuales, sugeridores de deseos eróticos vehementes y refinados, como bien se advierte en *Entre ellas*, *La condesita del Castañar* y *Las cerezas*, que son las tres narraciones del libro que a mi juicio llaman más la atención por ese concepto. Su concepción de la belleza se cristaliza generalmente en cierto ideal femenino que se encarna en figuras de mujer deliciosamente imprecisas, como si en lugar de proceder de la realidad surgieran al conjuro de su imaginación de mundos de quimeras y de ensueños. En sus producciones resuena siempre la nota íntimamente subjetiva, sin sabor del terruño, como inspirada por una orientación literaria exótica, en la que se particulariza muy distintamente cierto ideal aristocrático, señorial, propio de su gusto refinado, que, en ocasiones, no siempre, imprime a varias de ellas cierto carácter original y atractivo y de veras interesante.

Posee, como *conteur*, facultades muy apreciables y merecedoras de loa. No cansa, ni se pierde en divagaciones pueriles e inoportunas. Hay gracia, intención, sobriedad, positivo interés en algunos de sus cuentos. El corte de éstos tiene algo del de ciertas *nouvelles*, rápidas, concisas, de ligero argumento, exquisitamente bellas. Su



manera de contar es netamente francesa, parecida mucho, en ocasiones, a la de Guy de Maupassant y de Catulo Mendes, tan celebrados por sus cuentos admirables, verdaderas flores de ligereza y gracia. No conserva nada, absolutamente nada del sabor castizo de la tradición española, de la novela y del cuento picarescos llenos de gracejo y desenfado de cierta época del florecimiento intelectual hispano; ni tiene nada tampoco del moderno cuento de otras naciones, el cuento alemán, sin ir más lejos, a lo P. Heyse, perezoso, lánguido, muchas veces de cierta finalidad ética, aunque no por eso desprovisto de cierta belleza peculiar y de cierto interés. El más extraño de los relatos de Fabio Fiallo, resulta, sin duda, *Ernesto de Anquises*, de tonos lúgubres, de estructura macábrica, que hace recordar vagamente ciertas narraciones fantásticas de Hoffman y Edgardo Poe. Revela Fabio Fiallo, a veces, golpe de vista certero para sorprender algunos aspectos de las cosas y encerrarlas en párrafos jugosos, de elegante sobriedad, sorteando temibles escollos hasta tocar el desenlace, aunque éste, tal vez con la mira de producir efectos sensacionales o algo parecido, resulte en ocasiones de muy acentuada inverosimilitud, tal como se nota en *El busto de mármol*, uno de los mejores del libro, y en *La domadora*. La resaltante falta de realidad de algunos finales de sus cuentos no debe, sin embargo, causar verdadera extrañeza a los que conocemos íntimamente la psicología del autor de *Primavera sentimental*. Este, por lo general, siente poco la influencia del mundo exterior, lo ve constantemente según su temperamento de poeta al través de un prisma de lirismos y quimeras, como si su perenne visión introspectiva, su ideal interior, le quitase la noción de lo que pasa en torno suyo, bórrase ante sus ojos las líneas y colores de la realidad circunstante. De todos estos cuentos, aún siendo buenos la mayoría y tres o cuatro excelentes, confieso que miro dos con especial predilección: *El último ramo* por la exquisita



delicadeza del sentimiento que refleja, y *La lección del Caos* por la flexibilidad y soltura y por el alcance del pensamiento que contiene, como flor de suave perfume y de bellas coloraciones en rico y artístico vaso.

No obstante su penuria lexicográfica, Fabio Fiallo sabe siempre expresar artísticamente su pensamiento. Es por lo general diáfano y correcto. Sus cuentos, como sus versos, se leen siempre con agrado sin que produzcan la más leve impresión de fastidio. Narra con sencillez y amenidad, no incurriendo nunca en rebuscamientos que oscurecen o alambican la frase. Su estilo no tiene las retorcidas ni crispaciones en que incurren adrede algunos prosadores modernos impulsados por el propósito de conseguir cierta originalidad, que no es tal originalidad ni Cristo que lo fundó. Lástima que en sus prosas como en sus poesías no surja nunca algo característico, de tinte nacional, que siquiera a ratos descubra que este artista de la frase y del ritmo, tuvo su cuna y tiene radicados todos sus más íntimos afectos en esta hermosa porción del archipiélago antillano.

F. GARCÍA GODOY



INDICE

	<u>Página</u>
<i>Prólogo</i>	
por AMÉRICO LUGO	1
 <i>Un Prólogo</i>	
por ANA MARÍA GARASINO	9
 Yubr	17
Flor de Lago	38
El busto de mármol	47
El último ramo	51
La domadora	54
La lección del caos	58
Tiranías	60
Entre ellas	61
El castigo	66
Ernesto de Anquises	70
El beso	75
El príncipe del mar	77
La derrota de Eros	81
La cicatriz	83
El rayito de sol	86
La condesita del Castañar	89
Vendetta	92
La inolvidable	94
Gloria	100
Las cerezas	102
La última hazaña de Don Juan	107
Soika	112
Venus indómita	122
Manzanas en sazón	124
Si resultare	131



	<u>Página</u>
Rivales	133
La cita	144
El sendero abandonado	153
Subasta de amor	154
Cleopatra	161
El Nabab	168
Plegaria de una margarita	176
Esquiva	177
Las manzanas de Mefisto	186
En el balcón de los recuerdos	193
Mi primer encuentro con el general Lilís	198

JUICIOS

Sus libros

por JACINTO LÓPEZ	205
-----------------------------	-----

Cuentos frágiles

por F. GARCÍA GODOY	215
-------------------------------	-----





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

